TRIXIE BELDEN

9

EL MISTERIO DEL VAGABUNDO



Los Bob-Whites llaman la atención cuando se les da un coche modelo Ford T para subastar en el mercadillo del Hospital, y son ayudados por un desconocido cuando el auto se avería. Cuando el desconocido es atropellado por una furgoneta delante de sus ojos, Trixie está decidida a descubrir quién es el responsable. Pero la víctima no puede ni siquiera recordar su propio nombre, y cuando él desaparece y el modelo T es destrozado, Trixie se convierte en la única que cree que en su inocencia y se compromete a resolver el misterio y encontrar a la víctima desaparecida.



Kathryn Kenny

El Misterio del Vagabundo

Trixie Belden 9

ePub r1.0

Titivillus 19.10.2019

Título original: *The Mystery of the Vanishing Victim*
Kathryn Kenny, 1980

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





La sorpresa del señor Burnside • 1

Trixie tenía prisa por llegar a la casa del señor Burnside, deseosa de conocer el motivo de su llamada.

—¡Pero Jim!, ¿no puedes conducir más deprisa? —se quejó Trixie, saltando impaciente en el asiento trasero del coche. Llevaba las manos apoyadas sobre el asiento delantero y la cabeza inclinada hacia adelante, como si de ese modo fuera a llegar antes a su destino.

—No, sin atentar contra el código de la circulación y el sentido

común —contestó Jim Frayne—. Esta furgoneta, con todo lo manejable que resulta, es insaciable, se bebe la gasolina. Si pasa de 80 kilómetros por hora, se puede ver cómo baja la aguja del depósito.

—Está bien, Jim —dijo Trixie—. No sabía que fueras tan ahorrativo. Después de todo, no vamos a despilfarrar gran cantidad de gasolina de aquí a la casa del señor Burnside, y no puedo esperar más, necesito saber cuál es la sorpresa que mencionó. ¡Se puso tan misterioso cuando hablamos por teléfono…!

Honey Wheeler, sentada en el asiento delantero, junto a su hermano, abrió los ojos al oír mencionar la palabra misterioso; pero el resto de los pasajeros prorrumpieron en una salva de carcajadas.

Eran los hermanos mayores de Trixie Belden, Brian y Mart, además de Di Lych, Dan Mangan y, como es natural, Jim, el conductor. Todos ellos, junto con Trixie y Honey, formaban un club semisecreto llamado los «Bob-Whites de Glen», dedicados a ayudar a los que lo necesitasen. El proyecto que entonces tenían entre manos era un rastrillo destinado a obtener fondos para el hospital de Sleepyside.

Los Bob-Whites también se veían a veces mezclados en algunos misterios. Por lo general, todos se esforzaban en resolverlos, pero casi siempre eran Trixie y Honey quienes los descubrían antes. Su afición por los misterios las llevaba, no pocas veces, a olfatearlos donde el resto de los Bob-Whites no veían otra cosa que acontecimientos normales y corrientes.

—La superdetective Trixie ataca de nuevo —dijo Brian Belden, de diecisiete años, el más estudioso de los Bob-Whites. Solía ser el primero en detectar los puntos débiles de las deducciones de su hermana, alejándola de conclusiones erróneas.

—Nuestra quijotesca sibila acaba de describir un comportamiento sospechoso —anunció Mart, hermano casi gemelo de Trixie, sólo once meses mayor, pero con el mismo pelo rubio alborotado que ella, similares ojos azules y cara llena de pecas. Su uso y abuso de palabras grandilocuentes (según él suponía) le hacía parecer mucho mayor y más complicado de lo que era.

—¡Bueno, bueno! —la voz, generalmente suave, de Honey tenía un deje de exasperación. Era la mejor amiga de Trixie y su más leal admiradora, y le molestaba que le gastasen bromas en ese sentido

casi tanto como a la propia interesada—. Ya os habéis divertido bastante. Ahora me gustaría saber qué ha sido lo que a Trixie le ha hecho sospechar que la llamada del señor Burnside era misteriosa. Por lo general suele saber lo que se dice.

Trixie sintió que se ponía colorada ante las palabras de su amiga, casi tan desconcertantes como las bromas de los otros.

—Lo que es misterioso es que el señor Burnside nos pida que vayamos a recoger un donativo para el rastrillo. ¡No, esperad! —levantó las manos para calmar las inminentes protestas—. Eso no es lo misterioso, ¡y no empecéis a reíros otra vez! Pero me dijo que tenían que estar presentes todos los Bob-Whites cuando lo recogiéramos. Dijo que teníamos que hacernos cargo de su donación en ese mismo momento, aunque la venta del rastrillo no sea hasta dentro de una semana. Y dijo también que debíamos venir en la furgoneta de los Bob-Whites.

—Tal vez vaya a darnos algo tan grande y pesado que se necesite la ayuda de varios de nosotros para llevarlo —aventuró Di Lynch. Con sus ojos violetas y su pelo negro, Di era la más bonita de las muchachas, y también la más frágil. Trixie se mordió el labio inferior para no reírse ante la imagen de Di ayudando a cargar algún objeto pesado en la furgoneta.

—Eso no explica por qué quiere que vayamos enseguida —apuntó Trixie.

—Tal vez sea alguna cosa inútil de la que está deseando desprenderse —dijo Dan Mangan.

—¡Dan! —exclamó Trixie enojada—. Sabes que el señor Burnside no daría nada inútil para el rastrillo. Siempre ha sido muy generoso. Cuando el invierno pasado montamos el festival con el fin de conseguir libros para la biblioteca de la escuela de Méjico, el señor Burnside dio aquel mueble como premio, y… —se calló al observar el brillo en la mirada de Dan; estaba divirtiéndose a su costa. Le hizo un gesto, dándole a entender que había descubierto su juego. Dan era el más tranquilo de los Bob-Whites, y tenía un agudo sentido del humor. Eso era algo que ninguno de ellos hubiera podido sospechar al llegar él a Sleepyside, precisamente cuando estaban en pleno carnaval. Entonces se mostraba huraño y hostil, rechazaba a los Bob-Whites y añoraba su amistad con un grupo de gamberros de Nueva York. Recordando aquel tiempo, Trixie se

sentía orgullosa del cambio experimentado por Dan Mangan.

—Me parece que nadie aporta una explicación convincente sobre la misteriosa petición del señor Burnside —dijo Trixie—. Así, pues, repito que se trata de un misterio, mientras no se demuestre lo contrario.

—Y yo digo que se demostrará lo contrario dentro de poco —dijo Jim, dando al intermitente al acercarse a la desviación de la casa del señor Burnside.

Trixie sintió un ligero estremecimiento en el estómago, que achacó a la excitación y al desconcierto. Estaba ansiosa por saber en qué consistía la donación de Burnside, pero al mismo tiempo quería que la incógnita durase un poco más. Era la misma sensación que sentía en Navidades, cuando deseaba saber qué había en aquellos paquetes colgados del árbol, pero comprendía que la mayor parte de la ilusión desaparecería al abrirlos.

—Cualquier cosa que nos dé el señor Burnside será formidable —declaró Honey—. Y apuesto a que estaremos muy contentos de haber venido con tanta prisa a recogerla.

Trixie miró a su amiga con agradecimiento. Honey era tan diplomática que a veces parecía capaz de leer el pensamiento de los demás. Lo que acababa de decir era lo más indicado para animar a Trixie.

Jim llevó la furgoneta a un lado del paseo circular que había delante de la casa del señor Burnside y paró el motor. Durante un instante nadie habló. Todos miraban la enorme casa de estilo colonial, blanca, y se preguntaban cuál sería la sorpresa que les esperaba dentro. Trixie observó que, como de costumbre, sus amigos estaban tan nerviosos como ella, aunque se creían que ella no lo notaba.

El ruido que hizo Jim al abrir la portezuela de su lado sonó tan fuerte en medio de aquel silencio que Trixie se sobresaltó.

—No sabremos nunca cuál es la sorpresa que nos espera en casa del señor Burnside si nos quedamos aquí sentados pensando en ella —dijo.

Con un eco de: «Tienes razón» y «Vamos», los demás salieron del coche y empezaron a subir las escaleras de la entrada.

Jim tocó el timbre, y segundos después el señor Burnside abría la puerta. Miró las caras ansiosas de los Bob-Whites y sonrió.

—Habéis llegado a tiempo —dijo—. Por favor, entrad —añadió cordialmente.

Los siete jóvenes pasaron a la sala de estar. Comprendían que no habría sido muy educado empezar a fisgar, a ver dónde estaba el regalo; sin embargo, todos echaban miradas furtivas, intentando captar algo que pareciese fuera de su sitio.

Trixie tardó poco en darse cuenta de que allí no había nada especial. La sala estaba decorada con muebles antiguos y bien conservados. La madera brillaba de puro pulida y los cojines ocupaban sus sitios correctos. Las mesas de té resultaban bastante extrañas y atractivas, sin dar por ello sensación de sobrecargadas. Y, aunque todo era muy solemne, parecía cómodo y acogedor.

—Es una sala muy agradable, señor Burnside —dijo Di Lynch.

Éste asintió con la cabeza.

—Es cierto. Y puedo afirmarlo sin pecar de vanidoso, porque en realidad yo no he tenido nada que ver con ello. La señora Burnside es la decoradora oficial de espacios interiores.

Hubo un momento de silencio enojoso. Los Bob-Whites estaban impacientes pensando en el donativo prometido; pero, al mismo tiempo, eran lo suficientemente educados para no agobiar al señor Burnside con su curiosidad.

El dueño de la casa, por su lado, parecía no tener nada de prisa en hacerles saber en qué consistía el regalo. Giró y contempló la sala con placer, como si la viese con nuevos ojos, tras el cumplido de Di. Por último, dijo:

—¿Queréis un poco de soda o algo similar?

Los Bob-Whites se miraron unos a otros. Claro que había algo que el señor Burnside podía ofrecerles, pero no era exactamente soda.

Brian se aclaró la voz y asumió la responsabilidad de portavoz del grupo.

—En realidad, señor Burnside, estamos muy intrigados por su donativo.

En la cara del señor Burnside se dibujó una sonrisa.

—Ya me doy cuenta —aseguró—, y creo que os encantará. No os enfadéis conmigo si le doy toda la emoción que puedo.

La franca respuesta del hombre rompió la tensión, y los Bob-Whites le sonrieron.

—Muy bien —dijo—. Os lo daré. Seguidme —y se dirigió a la parte trasera de la casa, hacia el corral.

En realidad —pensó Trixie—, *corral no es una expresión muy apropiada para la extensión tan cuidada que se extiende varias hectáreas por detrás de la mansión*. Fueron hacia un garaje situado detrás de la propiedad. Trixie se encogió de hombros y miró de reojo hacia la casa. Tal como recordaba, anexo a la casa había un garaje de dos plazas. *Por lo tanto* —pensó—, *será alguna pieza de repuesto o similar*.

El señor Burnside se paró a unos pocos metros del cobertizo.

—Aquí está mi donativo —dijo, extendiendo la mano.

Trixie quedó sumida en una confusión total. No veía allí nada que remotamente pareciese un donativo: sólo el cobertizo, con un coche viejo aparcado en él.

—¡Oh, no! —gritó Brian—. Señor Burnside, no irá a decirme… no será…

Burnside asintió, con aquella amplia sonrisa suya que le llenaba toda la cara.

—Sí —dijo—. Mi donativo para el rastrillo es un Ford auténtico, modelo A, estupendamente cuidado y puesto a punto.

Brian dejó escapar un prolongado y suave silbido, y Trixie echó otra mirada al coche. No se trataba exactamente de un coche viejo, sino de uno antiguo. También era —sin ninguna duda— la aportación más valiosa de cuantas habían recibido nunca para su rastrillo.

Brian, Mart y Jim estaban ya dando vueltas alrededor del coche. Dan Mangan, que compartía con su tío Regan el amor a los caballos sobre el de los automóviles, lo miró un poco menos entusiasmado.

Incluso Trixie y Honey, que estaban muchísimo menos interesadas en los motores que en los misterios, tuvieron de admitir que el coche era una joya. Tenía forma de caja alta y, a lo largo de las puertas, un guardabarros que se curvaba en las aletas anterior y posterior. Las ruedas eran de radios, como las de las bicicletas, y la de repuesto iba colocada cerca de la puerta, en el lado del conductor.

—Háblenos de él, señor Burnside —pidió Brian mientras rodeaba el coche, observando atentamente todos los detalles.

—Bueno, se trata de un coche de lujo, modelo A, de mil

novecientos treinta y uno. Fue construido en el veintisiete, unos meses después del vuelo de Lindberg en solitario a través del Atlántico. Y el coche causó casi tanta sensación como el viaje. En algunas ciudades hubo que llamar a la policía para controlar a las multitudes que se agolpaban, ávidas de contemplar los primeros ejemplares del modelo A.

—Tuvo que causar verdadera sensación, después de los viejos Tin Lizzies —dijo Brian.

—¿Tin qué? —preguntó Trixie.

—Tin Lizzie es como llamaban al modelo T de Ford —explicó Burnside—. Pero era como un animal prehistórico, en comparación con éste. En realidad, a éste lo bautizaron con el sobrenombre de Baby Lincoln, porque se parecía mucho al de esta marca, mucho más caro. Pero el nuevo Ford sólo costaba cuatrocientos treinta dólares.

—El viejo Henry Ford estaba decidido a poner a todo el país sobre cuatro ruedas, ¿verdad? —observó Jim.

—Da toda la impresión —repuso Burnside—. De todos modos, antes de aparecer el modelo A, la Ford Motors había fabricado ya quince millones del modelo T, con lo que ya se encontraba en camino de realizar ese sueño.

—Puede apreciarse la idea de Ford, de diseñar un coche para gentes de ingresos medios, sólo con mirar la altura del modelo A. El piso lo tiene a más de 25 centímetros del suelo, porque Ford pensaba en los que tendrían que conducirlo por carreteras de tierra llenas de baches.

—¿Puedo levantar el capó? —preguntó Brian.

—Adelante —contestó Burnside—. Se abre desde el lateral, con una charnela en el medio. Lleva la transmisión normal de tres marchas y embrague de un solo disco. Los primeros coches del modelo A, los construidos en los años veintisiete y veintiocho, llevaban un embrague de disco múltiple, que resultaba de difícil manejo.

Trixie se encontró de repente transportada a un mundo completamente desconocido para ella.

—No soy capaz de entender una sola palabra de lo que está diciendo, señor Burnside.

—Pues yo sí —replicó Brian—, y es fascinante. Continúe, señor

Burnside.

—Hay otras muchas cosas que contar, pero creo que será mejor dejarlas para otra ocasión. Por el momento —dijo, volviéndose a Trixie—, dejadme añadir que, aunque la empresa Ford afirmaba que el coche alcanzaba los noventa y cinco kilómetros por hora, no pasaba de ochenta.

—Es una hermosa pieza para el rastrillo, ¿no? —preguntó Jim, con gesto de preocupación.

Burnside asintió.

—Este coche vale varios miles de dólares —dijo.

—¡Atiza! —exclamó Trixie. Volvió a mirarlo—. ¿Y cree que habrá alguien dispuesto a dar tanto dinero por él? Quiero decir que no me agradaría venderlo por menos de lo que vale.

—Eso no me preocupa —repuso Burnside—. El modelo A es una pieza muy apreciada por los coleccionistas de coches antiguos. Prácticamente no hay semana en que no reciba alguna oferta de alguien que quiere comprarme el coche, y eso que nunca lo he puesto en venta. Por eso quería que vinieseis a recogerlo inmediatamente. Pensaba que así podríais hacer un cartel informando de dónde y cuándo se venderá. Si lo paseáis por la ciudad unos cuantos días, mientras vais recogiendo otros donativos, conseguiréis llamar bastante la atención.

—Además, así, la gente que vaya al rastrillo a ver el coche, podrá también comprar alguna cosa. ¡Oh, señor Burnside, ha tenido usted una gran idea! —exclamó Trixie—. Me alegra que nos haya metido prisa en recogerlo. A propósito, eso me recuerda que usted dijo que viniésemos todos… ¿pero por qué añadió que trajésemos la furgoneta?

Burnside hizo un gesto de picardía.

—Quería que lo del modelo A fuese una sorpresa en toda regla —dijo—. No deseaba decíroslo por teléfono. Pero no sabía si vosotros podríais llevarlo. Por eso quería asegurarme de que vendría Brian, para conducirlo él. Sé que es muy buen mecánico y estos coches antiguos gastan a veces bromas inesperadas. Diciéndoos que vinieseis todos, aseguraba la venida de Brian, y al pedir que trajeseis la furgoneta evitaba que Brian apareciese con su cacharro, que para cualquiera que no sea él resulta incluso más difícil de conducir que el modelo A.

—Esto aclara el misterio. Enterada —dijo Trixie.

—Bueno, pero creo que ahora hay otro misterio, mayor aún, que resolver —comentó Brian—. ¿Cómo creéis que vamos a salir de aquí con esta pieza de museo?

Burnside se puso serio durante un instante.

—He estado dudando, lo admito —comentó—; pero hay dos razones para que done el coche: la primera es que el año pasado estuve en el hospital un par de semanas y salí con una salud excelente. Regalar el coche es una manera de demostrar mi agradecimiento. La segunda es que quisiera deshacerme de él, porque es una insensatez dejarlo a la intemperie hasta que se oxide.

—¿Y por qué no lo guarda en el garaje? —preguntó Di Lynch.

Burnside perdió su aire solemne.

—El modelo A permaneció en el garaje hasta la semana pasada. Después tuvo que salir… —Burnside se dirigió al garaje y abrió la puerta— …para dejar sitio a éste.

Trixie parpadeó. El vehículo que había allí dentro era la cosa más extraña que Trixie había visto en su vida. También muy alto, como el modelo A, pero sólo tenía dos asientos, y al descubierto. El volante sobresalía desde el frente, con un eje muy largo. Las ruedas eran finas, con radios muy separados, como los de los carros. Debajo del coche vio un depósito redondo, de metal plateado, con asas de grifo.

—¡Un Stanley Steamer! —gritó Brian—. ¡Impresionante! Nunca creí que llegaría a ver uno auténtico.

—Auténtico —repitió Burnside—. Un Stanley del noventa y nueve, modelo
E-2
. Dos cilindros, diez caballos y un motor original y fascinante.

Brian ya había abierto el capó, y Trixie se adelantó para echar una mirada a aquel revoltijo de tuberías que asomaba por dentro.

—No se parece a ninguno de los motores que conozco —dijo.

—Porque nunca hasta ahora habías visto un coche movido por vapor —repuso Brian—. Hace ya muchísimos años que no se ven por ahí. Pero debía ser gozoso conducir uno.

—¿Te gustaría probarlo? —preguntó Burnside.

—¡Oh! Lo decía por decir —se apresuró a aclarar Brian.

—Me parece que no —dijo a su vez Burnside—. Yo estaba

esperando que lo dijeras. Y encendí la luz piloto hace un rato, con tiempo suficiente.

—¿Quiere decir que este coche tiene una luz piloto como las estufas de gas? —preguntó Trixie con los ojos muy abiertos.

—Claro que sí —dijo Burnside—. Ése es precisamente el mayor problema de estos coches: son maravillosos de conducir, pero ponerlos en marcha es toda una aventura. Hay que encender la luz piloto y esperar un rato, o mantener encendida siempre esa luz, y eso, lógicamente, supone un riesgo de incendio.

«Y antes de encenderla he tenido que asegurarme de que había agua en la caldera. Después tuve que darle presión a los depósitos, que llevan queroseno para el quemador principal y gasolina para el piloto».

«Después abrí aquí, al frente, y acerqué la llama de un farol al chorro de acetileno. En cuanto empezó a formarse humo, aflojé la válvula piloto un poco, para dejar que entrase la gasolina».

«Luego giré esta otra válvula, para que entrase gasolina en el quemador principal y lo calentase durante unos treinta segundos o así. Finalmente, apagué el gas y abrí esta otra válvula para suministrar queroseno al quemador. ¿Veis la llama azul? Eso quiere decir que está quemando bien. Lo único que queda por hacer ahora es esperar a que suba un poco la presión del vapor. Doscientas libras son más que suficientes para empezar. Si fuéramos a los montes, necesitaríamos más».

Burnside se subió al asiento del conductor.

—Brian, tú primero —dijo.

Éste se acomodó en el asiento del acompañante con una expresión de felicidad en su cara como si aún no se creyera lo que estaba ocurriendo.

Los demás Bob-Whites observaron cómo Burnside y Brian daban una vuelta por detrás de la casa, en el Stanley Steamer.

Burnside iba hablando continuamente, señalando el salpicadero y varias palancas.

Brian lo escuchaba atentamente.

Trixie movió la cabeza.

—Ni siquiera suena como un coche, ¿verdad? Incluso diría que no suena nada en absoluto.

Al llegar el Stanley Steamer de vuelta al garaje, los Bob-Whites

vieron con asombro que Burnside se bajaba del coche y Brian ocupaba el asiento del conductor.

—¿Quién va ahora? —preguntó Burnside. Como todos vacilaban, Trixie, que era la que estaba más cerca, se sintió cogida del brazo por el propio Burnside, que casi la levantó hasta el asiento.

Trixie tragó saliva. Estaba nerviosa, subida allí, en aquel asiento tan alto. Pero apenas arrancó el coche empezó a tranquilizarse.

—¡Parece como si fuésemos flotando en una nube! —exclamó.

Brian asintió.

—No hay embrague ni cambio de marchas. No hay más que esta palanca de apertura del estrangulados Cuanto más adelante se lleve, más deprisa va el coche. La ausencia de marchas es lo que hace que resulte tan suave.

Después de la vuelta de rigor, Trixie dejó con pena el asiento a Jim y regresó junto a Burnside.

—Comprendo por qué el modelo A le parece menos atractivo, ahora que tiene el Stanley Steamer —dijo.



—¡Estoy encantado! —confesó Burnside—. Mi esposa ha sido siempre coleccionista de antigüedades. Empezó con una silla que le dio su madre, y ahora no se pierde ningún mercadillo de curiosidades ni una subasta de antigüedades de todo el país. Yo solía reírme de ella, pero hace un par de años compré el modelo A, y ahora he ascendido hasta el Stanley Steamer. No sé si me detendré aquí, porque algunos de los socios de mi club de coches antiguos tienen dos o tres y han pagado por ellos cantidades increíbles.

—¿Y qué es lo que hace un club de coches? Quiero decir, si tienen reuniones regulares y todo eso —preguntó Honey.

—Claro que sí —contestó Burnside—. Nos reunimos una vez al mes en la casa de alguno e intercambiamos información acerca de dónde encontrar piezas de recambio y qué tipos de coches se han vendido, y a qué precios, en las subastas. Aunque las reuniones son, sobre todo, un motivo para enseñar los nuevos coches adquiridos.

—Supongo que se divertirán mucho —dijo Honey.

—Desde luego —admitió Burnside—. Es verdad que estos coches antiguos no resultan útiles como medio de transporte, pero son estupendos. Aparte de otras consideraciones, son excesivamente valiosos para exponerlos a un accidente o al polvo y la oxidación. Por eso todos y cada uno de nosotros hemos invertido grandes cantidades de dinero, tiempo, y trabajo en mantenerlos a punto y en buenas condiciones. Naturalmente, nos gusta enseñarlos pero, excepto en nuestra reunión anual y las mensuales del club, no tenemos muchas oportunidades de hacerlo.

Honey murmuró algo simpático para Burnside, pero Trixie la acalló con una exclamación.

—¡Viva! Señor Burnside, acaba de darme una idea buenísima.

La idea de Trixie • 2

Al oírla, sus amigos se pusieron en guardia. ¿Qué pretendería Trixie esta vez?

—¡Oh, no! —se quejó Mart—. Las sagaces concepciones de nuestra sibila invariablemente desacomodan todo lo que entra en contacto con ellas, señor Burnside. ¡Hágame caso!

—No puede conseguirse nada sin molestia —repuso tranquilamente Burnside—. Me gustaría saber en qué consiste la idea de Trixie.

Ésta echó una mirada de triunfo a su hermano y a continuación le dio la espalda para hablar con Burnside.

—No veo que esta idea pueda causar molestias a nadie. Si cree que es buena, la pondremos en práctica inmediatamente. Ésta es mi idea: como su Ford modelo A es el donativo más valioso de cuántos tenemos para nuestra venta del rastrillo, y como toda la gente de la ciudad lo verá en los próximos cinco días cuando lo paseemos por sus calles en busca de los demás donativos, ¿por qué no hacemos que los coches antiguos sean la atracción de la venta?

—¿Cómo, si sólo tenemos uno? —preguntó Honey.

—Tenemos quince dólares en la hucha del club —dijo Dan Mangan en broma—. Tal vez podamos comprar con ellos más coches de ésos.

Trixie rechinó los dientes.

—¿Por qué no puedo conseguir nunca que me entendáis? —preguntó, sin dirigirse a nadie en particular—. No quiero decir vender coches antiguos, sino presentarlos. Mientras transcurre la venta en el gimnasio de la escuela, el club del señor Burnside exhibiría los coches en el terreno del aparcamiento. El tener la exposición al mismo tiempo que la venta atraerá a más clientes, con lo que conseguiremos más dinero para el hospital… y, al mismo

tiempo, los coleccionistas de coches tendrán la oportunidad de lucir sus modelos.

—¡Oh, Trixie, es una idea maravillosa! —exclamó Honey.

Brian y Jim se acercaron al grupo, con el Stanley Steamer, y oyeron la exclamación de Honey.

—¿Cuál es esa idea? —preguntó Jim.

Trixie repitió su propuesta a los dos muchachos y esperó, conteniendo la respiración, su veredicto, mientras ellos deliberaban. Sabía que su aprobación era imprescindible y, al mismo tiempo, bastaría para convencer a los demás de que la idea era realmente buena.

Por último, Jim hizo un gesto y movió la cabeza.

—Hay en esa idea una cosa que no me gusta —dijo.

—¡Oh, Jim! ¿Cuál es? —preguntó, ansiosa, Trixie.

—Que no se me haya ocurrido a mí primero —concluyó él con gesto compungido.

—Señor Burnside, ¿cree que los miembros de su club estarían interesados en el asunto? —preguntó Brian—. El rastrillo es dentro de siete días. Quizá sea poco tiempo para advertirles.

—Eso se soluciona con unas cuantas llamadas telefónicas —dijo Burnside—. Podría reunir una docena de coches antiguos en media hora, si asegurase a sus dueños que hay una multitud deseando admirarlos.

—¡Bravo! —gritó Trixie—. Entonces, trato hecho. Haremos los carteles, los pondremos en los costados del Ford, y anunciaremos la exposición y la venta del rastrillo. También llamaremos al Sleepyside Sun, pidiéndoles que publiquen un anuncio. Apuesto a que conseguimos más del doble de lo que teníamos previsto.

—Yo diría que la cifra puede ser casi cuatro veces mayor, si el modelo A del señor Burnside se vende por la cantidad que vale —opinó Brian—. He de admitir, no obstante, que estoy algo nervioso por ser el responsable de un vehículo tan valioso durante los próximos siete días.

—El coche está asegurado y eres un joven muy responsable —le animó Burnside—. Si temiese por el coche, no os lo habría cedido.

—Una regla que debemos observar es que el coche esté siempre en casa antes de que se haga de noche —sugirió Jim—. Y eso significa que debemos marcharnos ya.

Honey, Di, Dan y Mart, que no habían tenido la oportunidad de dar una vuelta en el Stanley Steamer, quedaron compungidos, pero el señor Burnside les aseguró que podrían ir cuando quisieran, con lo que se tranquilizaron. Muy a su pesar, los Bob-Whites reconocieron que era ya hora de regresar a casa.

—Me agrada la idea de hacer sólo salidas diurnas con el modelo A —expuso Mart—; pero debo hacer constar que aún queda otra controversia pendiente de resolución.

—¿Quién va a conducir hasta casa el modelo A y quién la furgoneta? ¿Y quiénes viajarán en cada uno? —preguntó Dan, adivinando el pensamiento de Mart.

—Bueno, el modelo A lo llevará Brian, por lo que es obvio que yo tendré que volver a conducir la furgoneta —dijo Jim—. Eso está claro. Pero quedan cinco pasajeros y sólo cuatro asientos en el modelo A.

—Yo iré contigo, Jim —se ofreció voluntaria Honey—. Estoy segura de que tendremos muchas oportunidades para montar en el coche del señor Burnside en los próximos días.

—Creo que yo también iré en la furgoneta —dijo Dan Mangan —. Todavía tengo que resolver un montón de cosas al señor Maypenny esta noche, y mejor es lo malo conocido…

—No creerás que el modelo A se va a estropear esta misma tarde, ¿verdad? —preguntó Di Lynch, con los ojos muy abiertos.

—Hay más probabilidades de avería que en un coche nuevo —admitió Burnside—. Los ingenieros y fabricantes han tenido muchos años para mejorar cosas, desde que se diseñó el modelo A hasta que apareció la furgoneta.

—Bueno, yo me voy también en la furgoneta —eligió Di—. Mis padres salen esta noche y les prometí cuidar de los gemelos. Se preocuparían mucho si nos quedásemos tirados —Di tenía no uno, sino dos pares de gemelos en casa, uno de hermanos y otro de hermanas, y su cuidado era el modo con que pagaba su cuota de Bob-White.

—¡Bueno! Pues ya sólo quedamos tres para el modelo A. ¿Quiere retirarse alguien más? —preguntó Brian—. ¿Hay algún voluntario?

—Yo —dijo Honey—. No te enfadas, ¿verdad, Jim?

Su hermano adoptivo movió la cabeza.

—Creo que fue prematuro por tu parte presentarte voluntaria.

No tiene sentido perderse la diversión, si te apetece.

Honey bendijo internamente a su hermano mayor. Durante la mayor parte de su vida había sido una pobre niña rica, hija única de unos padres tan enfrascados en sus negocios y los viajes correspondientes, que incluso llegó a pensar que no la querían, que no era más que un estorbo. Todo aquello cambió cuando los Wheeler se trasladaron a Sleepyside. La amistad que inmediatamente surgió entre ella y Trixie fue el principio del cambio. El encuentro de Jim Frayne, huérfano criado en la pobreza, y el convencer a los Wheeler que deberían adoptarlo completó la felicidad de Honey. Junto a sus padres, Trixie y Jim eran las personas más importantes en la vida de Honey, y el cariño recibido de cualquiera de ellos, lo más valioso que el mundo podía ofrecerle.

Jim le dio una palmada en la espalda a su hermana, hizo un gesto de despedida a Burnside y a los Bob-Whites que volverían a casa en el modelo A, y partió con sus pasajeros.

Burnside, Brian y Mart se acercaron al viejo coche e intercambiaron unas palabras acerca del modo de ponerlo en marcha y mantenerlo sin que se calase.

Trixie se apoyaba alternativamente en una de sus piernas, impaciente. Tenía la impresión de que pronto iba a empezar a oír hablar en aquel lenguaje extraño, con palabras como carburador y bobina, que le dejaban a dos velas. La conversación le estaba poniendo nerviosa. Quería verse ya en Crabapple Farm, con el coche aparcado en el paseo.

Finalmente oyó el ruido del motor en marcha. Brian les llamó y se subieron en el asiento trasero, que estaba tan alto que Trixie se sentía como subida a una montaña.

Mart ocupó el asiento de al lado del conductor. Los cuatro Bob-Whites se despidieron de Burnside, arrancó Brian y tomaron el camino de casa.

Trixie olvidó su nerviosismo en cuanto empezaron a andar.

—Me siento como si estuviésemos en un desfile —dijo con un estremecimiento de gusto—. Ya sabéis, como los personajes que van en la parte de atrás de esos descapotables, saludando a la multitud —se volvió y saludó a las aceras vacías.

Honey se unió a la pantomima de Trixie.

—Pero me parece que las celebridades que he visto siempre

llevaban joyas y guantes blancos. No recuerdo ninguna con vaqueros y camiseta.

Trixie dejó caer la mano y se apoyó en el respaldo con una mueca de desaliento.

—Me temo que no tengo categoría para ser una celebridad.

—¡Oh, no quería decir eso! —aclaró Honey—. Ya somos bastante famosas en Sleepyside, por resolver misterios. Cuando salgamos de la escuela y montemos la Agencia de Detectives Belden-Wheeler, seremos más conocidas aún.

—Tienes razón —asintió Trixie—. Probablemente hasta nos pidan que asistamos a la entrega de diplomas como las más famosas graduadas de la escuela. Ésa es una razón más para que empiece a practicar desde ahora mismo —se volvió saludando otra vez, a una multitud imaginaria, mientras Honey la imitaba por el otro lado.

Un brusco movimiento del coche hizo a Trixie perder su pose y volver su atención al frente de la carretera. Los faros iluminaron la silueta de un hombre con pantalones bombachos y aspecto de vagabundo, que andaba por la calzada delante de ellos. Se paró al oír el coche y se puso a mirarlos, mientras pasaban.

—Gente loca —murmuró Brian—. No lo he visto hasta que estábamos encima de él.

Trixie se volvió en su asiento para observar al hombre.

—Podíamos haberlo recogido —dijo.

—Es decir, que las admoniciones paternas han fallado en inculcarnos siquiera haya sido una módica cantidad de percepción de las necesidades ajenas —repuso Mart.

—Papá y mamá me han advertido, en efecto, que no vaya con extraños —admitió Trixie.

—Pero tú, naturalmente, sientes que darle un paseo a un extraño es algo distinto —dijo Brian—. Bueno, pues no lo es. Y cuando tengas el carnet de conducir tendrás que seguir a conciencia esos consejos, créeme.

—De todos modos, somos cuatro y él uno solo… —empezó a decir Trixie, a la defensiva.

—Pero puede ir armado con una pistola que inmediatamente anularía la ventaja numérica —añadió Brian.

—¡Bueno! Ese hombre no parecía llevar pistola —protestó Trixie.

—¿Y qué aspecto tienen los que la llevan? —preguntó Brian.

—Pues… no sé. Supongo… quiero decir… que ese vagabundo parecía desamparado y… necesitado —se defendió Trixie.

—Cualquier asesino psicopático, en principio, inspira cierta compasión —dijo Mart.

—Simplemente, me resisto a creer que el mundo sea un lugar tan horrendo que las personas ya no puedan ayudarse —expuso Trixie enfadada.

—Ésa es una conclusión desorbitada, extraída del singular hecho de no haber recogido a un paseante, Trix —le dijo Brian—. Quedan muchos modos de ayudar a la gente, como sabes. Pero tú no eres la responsable de ayudar a todo el mundo, sobre todo si eso te pone en peligro.

—¿Por qué no hablamos de otra cosa? —intervino Honey—. Esto me recuerda todas aquellas horribles historias que nos contaban en la clase de párvulos, para asegurarse de que jamás se nos ocurriría subir al coche de un desconocido.

—¿Qué clase de historias? —preguntó Trixie, volviéndose hacia su amiga.

—¡Oh, Trixie! ¡Eran espantosas! Una de las escuelas a las que fui estaba en el campo, y a veces nos aburríamos tanto que sentíamos unas ganas enormes de ir a la ciudad, curiosear en las tiendas y tomarnos una soda en un buen restaurante. Pero la directora nos contaba historias de niñas que hacían autostop hasta la ciudad y resultaron asesinadas o tuvieron que saltar del coche, porque les apuntaban con una pistola… —Honey se estremeció—. Era horrible. Yo tenía miedo hasta de pasear sola por la ciudad.

—¿Y crees que esas historias eran reales? —preguntó Trixie.

—Yo, sí —dijo Brian—. No, naturalmente, no todas ellas sucederían a niñas de esa escuela, pero ese tipo de cosas ocurren en realidad, Trixie.

—Bueno —dijo Trixie—, tienes razón, yo estoy equivocada. No se debe recoger a nadie y ha sido acertado no recoger a ese hombre.

Los cuatro Bob-Whites enmudecieron, rumiando todo tipo de peligros.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por dos explosiones en el tubo de escape del modelo A. Y cuando volvió el silencio, éste era total… ¡el motor se había parado!

Con gran pericia, Brian acercó el coche a la acera.

—¿Qué ha ocurrido, Brian? —preguntó Honey nerviosa.

—No lo sé —repuso Brian, tenso—. Me temo que forma parte de lo que el señor Burnside llamaba temperamento del coche —se recostó un momento y suspiró. Después abrió la puerta, salió y se dirigió al capó.

Trixie echó una mirada a su alrededor y sintió un cosquilleo en el estómago al darse cuenta de dónde estaban. Era la peor zona de Sleepyside para quedarse tirados: una zona de almacenes y tiendas ya cerrados. El teléfono público más cercano, como la estación de servicio más próxima, se encontraba varias manzanas más allá. Y cualquiera que encontrasen por allí, seguro que no se molestaría en ayudar a cuatro jóvenes en apuros.

Trixie se estremeció al sentir la fría mano de Honey agarrarle el brazo. Puso la suya sobre la de ella, para tranquilizarla. Trixie era la más valerosa de las dos chicas, aunque Honey ya no era, ni mucho menos, la tímida criatura que había llegado a Sleepyside. Pero en ese preciso instante, después de las historias de terror que habían estado comentando, Trixie no era un dechado de valentía.

—¿Puedo ayudarte en algo, Brian? —preguntó Mart. Sus sencillas palabras fueron un mal agüero para Trixie. Cuando Mart abandonaba su complicado vocabulario, por lo general era que las cosas no iban nada bien.

—Siéntate al volante e intenta arrancar cuando te avise —dijo Brian.

Mart obedeció y, aunque probó una y otra vez, el motor no se puso en marcha.

Lo intentaron cuatro veces. La última, el lento girar del motor de arranque les indicó claramente que estaban a punto de quedarse sin batería.

Mart desconectó el motor y salió del coche. Fue hacia Brian y empezaron a murmurar algo que Trixie fue incapaz de descifrar.

Poco después, los dos regresaron al coche y se sentaron.

—¿Qué pasa? —preguntó Trixie.

—Es probable que hayamos ahogado el motor. Esperaremos unos minutos y después volveremos a intentarlo.

—¿Y si no arranca? —insistió Trixie.

Brian se encogió de hombros, intentando parecer tranquilo.

—Pues entonces tendremos que buscar un teléfono y pedir ayuda.

—O también podemos quedarnos aquí y esperar ayuda —añadió Mart—. Me parece que la policía de este distrito es bastante activa. Quizá no tarde mucho en aparecer un coche patrulla.

Trixie hizo un gesto, al considerar las dos alternativas, igualmente molestas. Caminar por aquellas calles desiertas, con todas sus sombras, no parecía muy reconfortante. Ni tampoco quedarse sentados en el coche, esperando que pasara la policía… ¡o a saber quién!

Mart se había quedado pensativo en su asiento. Comentó:

—Hay que intentarlo otra vez.

—¡Muy bien! —dijo Brian—. También yo soy de la misma opinión. Vamos a echar otra mirada al motor. Tal vez encontremos la avería.

Y los dos muchachos se fueron otra vez a hurgar en las profundidades del motor.

Trixie miró al cielo. Los primeros días del verano eran largos, pero ya titilaban las primeras estrellas en la claridad del crepúsculo.

—Podemos expresar un deseo —dijo, intentando parecer jovial.

—Yo ya lo he hecho —murmuró Honey, y su voz fue apenas un susurro perdido en la quietud de la tarde.

—Trixie —gritó Brian—. Necesitamos tu ayuda. Necesito tener a Mart aquí. Por eso agradecería que te pusieses al volante y le dieras al arranque cuando te lo diga. Tal vez podamos descubrir ahora en qué consiste la avería.

—¿Yo? —se asombró Trixie—. ¡Pero si no he conducido un coche en mi vida!

—No te he dicho que conduzcas el coche, sino que gires una llave y pises algo. ¡Seguro que lo has hecho alguna vez!, ¿no?

Trixie se mordió los labios, sintiendo que empezaban a aparecer lágrimas en sus ojos. Sabía que Brian estaba enfadado, aunque no con ella, sino con el coche, la oscuridad y su propia impotencia. Normalmente era nervioso, pero ahora la cosa era distinta.

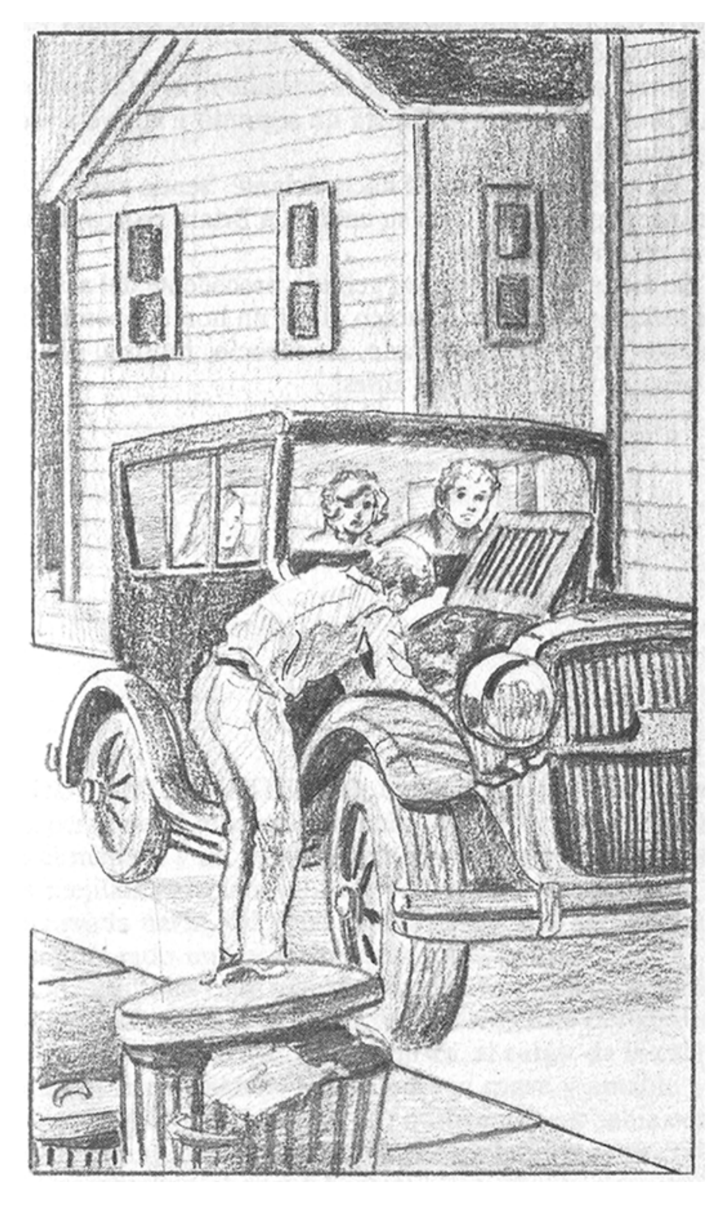
Sin mucho entusiasmo, se situó en el asiento del conductor. En su ansiedad, le parecieron siglos los instantes que tardó en encontrar la llave de contacto, pero no quiso preguntarle a su hermano, a la sazón tan excitado como ella. Finalmente, su mano

tropezó con el metal frío y su pie halló el pedal del acelerador en el suelo.

—Ya estoy lista. Cuando quieras —dijo.

—¡Ahora! —gritó Brian.

Trixie giró la llave, a la vez que pisaba el pedal. El motor dio unas vueltas, pero más lentamente que la vez anterior y resopló como un hombre acatarrado; después volvió a quedar silencioso.



—Me parece que ya hemos localizado la avería —informó Brian, contento—. Espera un segundo y vuelve a probar cuando te avise.

Trixie esperó, inclinada hacia delante. Sentía como si le estuviese prestando toda su energía a Brian, para ayudarle a reparar el coche.

Se dio la vuelta al oír un gemido procedente del asiento de atrás,

y gimió ella también al ver un hombre con bombachos que se había parado, en silencio, junto al coche.

¡Era el vagabundo de antes!

El accidente • 3

Durante un tiempo, que a Trixie le pareció eterno, permaneció mirando al hombre. Tenía un poco de barba en el mentón y un ligero bigote. Su cara era tan fina que las mejillas parecían bajo los pómulos. Sobre su larga y encorvada nariz, sus cejas espesas y oscuras se juntaban componiendo un gesto amenazador.

De repente las cejas se relajaron y los finos labios se abrieron en una sonrisa, dejando ver unos dientes desiguales.

—Lo siento. He debido asustarles, al surgir de la oscuridad, a sus espaldas —dijo con voz suave y amable.

Trixie dejó salir el aliento que hasta entonces había contenido, y respiró a gusto. Sintió que los latidos de su corazón recobraban el ritmo normal.

—Un poco sí —reconoció ella.

—No era mi intención asustarlas, de veras —empezó a decir el vagabundo.

—¡Oh, no! Seguro que no —se apresuró a admitir Trixie, contenta de poder estar de acuerdo en algo con aquel hombre siniestro.

—Nos asustó porque nuestra atención estaba concentrada en el capó del coche —añadió Honey con tacto—. Aunque hubiese galopado hacia nosotros en un caballo, probablemente ni lo habríamos notado.

El hombre asintió y volvió su atención a la parte delantera del coche.

—¿Tienen dificultades con esta vieja máquina? —preguntó.

Los muchachos ya habían salido de debajo del capó del modelo A. Brian contestó a la pregunta del extraño con una afirmación de la cabeza.

—Acabamos de recoger el coche de un amigo. Se trata de un

préstamo por unos días. Ya nos dijo que a veces resultaba un poco suyo, y decía la verdad. Sólo hemos recorrido tres kilómetros y nos ha dejado tirados.

—Parecía que el coche iba a arrancar cuando…, cuando… —Trixie no sabía cómo terminar la frase sin que pareciese que acusaba al extraño.

—No estoy muy seguro de eso —atajó Brian—. Sí, conseguí que el motor tosiera un poco, pero no está claro que fuese a seguir en marcha. Hemos apurado tanto la batería que será mejor meternos con el carburador un rato.

Las cejas del vagabundo se irguieron.

—¿El carburador, dice? —preguntó animado—. Vamos a echarle un vistazo —avanzó y metió la cabeza bajo el capó—. ¿Tienen una linterna? —preguntó.

—Sí —dijo Mart, encendiéndola y dirigiendo el foco hacia el carburador.

—Mmm —gruñó el extraño—. Lo que me temía. ¿Tienen un destornillador?

—Bueno… supongo que habrá una caja de herramientas en alguna parte del coche… —empezó a decir Brian.

—No es necesario —afirmó el hombre—. Bastará con una moneda de diez centavos.

Los cuatro Bob-Whites buscaron en el fondo de sus bolsillos.

—¡Aquí tengo una! —dijo finalmente Trixie agitando la moneda plateada, que entregó a Brian, quien a su vez se la dio al vagabundo.

Hubo un momento de silencio. Luego, el hombre dijo:

—¡Ajá! Prueben ahora.

Brian miró expectante a Trixie, pero ésta se pasó al asiento del copiloto.

—No es momento de jugar —dijo.

Brian sonrió ante la precaución de Trixie y se puso al volante. Giró la llave y pisó el arranque. El motor giró y se puso en marcha inmediatamente, con un sonido suave y constante.

—¡Milagroso! —exclamó.

El vagabundo se enderezó, limpiándose las manos en las perneras de los pantalones.

—No ha sido difícil —aclaró—. En realidad es lo más sencillo

del mundo para quien conoce el carburador del modelo A. Venga. Le diré cómo funciona.

Brian bajó del coche y escuchó lo que el hombre decía.

Trixie regresó al asiento trasero.

—¿Te has tranquilizado ya, Honey? —preguntó.

Su amiga asintió con la cabeza.

—En realidad, apostaría a que estoy más recuperada que tú, porque antes también estaba más asustada, cuando el coche no arrancaba.

—Bueno, pero lo compensaste al asustarme con el gemido que soltaste al ver al vagabundo junto al coche —repuso Trixie.

—Siento haberte asustado, pero tienes que admitir que tiene una pinta… —murmuró Honey bajando la voz hasta convertirla en un susurro para evitar que se oyera fuera del coche.

Trixie la tomó de la mano.

—No; quiero decir, sí, parece un poco siniestro, pero no creo que fuese por eso por lo que sentimos prevención contra él. Me parece que nos hemos asustado nosotras solas, con todas aquellas historias que estábamos contando después de haberlo visto —levantó la mano para acallar la protesta que Honey pretendía iniciar—. No he olvidado lo que se dijo. Estoy de acuerdo contigo en que hacer autostop o recoger autostopistas son actividades peligrosas. Pero, Honey, la finalidad de esas narraciones es fomentar nuestra precaución, no que huyamos de nuestra propia sombra.

Honey arrugó la nariz.

—Eso también es cierto. He oído contar historias terribles de gente que ha atacado, e incluso matado, a extraños seres indefensos, simplemente porque se les había advertido que desconfiasen de ellos.

—¿Qué pasaría si golpeásemos a este hombre en la cabeza, porque estábamos seguras de que nos iba a atacar? ¡Estamos sentadas aquí, en un coche averiado, eso es todo! Y ésa sería la única razón —Trixie movía la cabeza para dar más énfasis a sus palabras, según iba respondiendo a sus propias preguntas.

—Creo que le debemos una disculpa —dijo Honey bajito.

—Creo que le debemos una disculpa —dijo en voz alta Brian, y el vagabundo se volvió hacia las chicas, al oírlas reír con todas sus ganas.

—¡Oh, Brian! —sonrió Trixie—. Siempre nos estás diciendo a Honey y a mí que estamos en la misma onda, pero veo que eso nos sucede a todos nosotros. Precisamente en este instante estábamos diciendo lo mismo.

—Sí —confirmó Honey—. Lamento haber gritado al verle junto al coche.

—También yo —añadió Trixie.

—Es perfectamente comprensible —aseguró el hombre—. Es de noche, y ésta no es la parte más segura de la ciudad, me parece —se acarició con la mano la barbilla—. Y también puedo asegurar que no soy el hombre de mejor pinta de estos contornos. Además, ha sido culpa mía no haber dicho nada al llegar. No siempre estoy pendiente de los demás. En este caso, estaba más interesado en el coche que en la gente.

—Es decir, quería que lo hubiésemos recogido, al adelantarlo antes —adivinó Trixie—. Probablemente lo habríamos hecho, pero nuestros padres nos han dicho que no llevemos nunca a desconocidos.

El hombre hizo con la mano un gesto de disculpa.

—No. No era eso lo que quería decir. Sus padres tienen toda la razón del mundo. No deben llevar a extraños. En realidad, si quieren mi consejo, no deberían juntarse nunca con nadie, en ninguna parte, ni de ninguna manera, preguntándole si le pueden ayudar —el tono de su voz se tornó más amargo conforme hablaba.

—Pero usted no sigue su propio consejo —comentó Trixie—. Quiero decir que ahora mismo está aquí, con nosotros, cuando ha visto que necesitábamos ayuda.

Pareció indignado.

—No me ha entendido bien, por lo que se ve, jovencita. Ya he dicho que no era la gente del coche la que me interesaba, sino el coche.

Trixie sintió que se ponía colorada, ante aquella inesperada reprimenda.

—¿Son su *hobby* los coches? —preguntó Brian, para darle otra oportunidad de mostrarse amable.

—Los coches son mi *hobby*, mi pasión y, de vez en cuando, mi vida —respondió el hombre.

—Entonces resulta extraño verle andando, en vez de

conduciendo —se asombró Trixie.

—No venía haciendo autostop —exclamó el vagabundo con aspereza—. Parece ser que se sienten tan culpables de no haberme llevado, que suponen que iba pidiéndolo. ¡Pues no!

—Pero se volvió cuando nos acercábamos y se quedó mirando según pasábamos —apuntó Brian.

El desconocido negó otra vez con la cabeza.

—Si van a recorrer la ciudad con ese modelo A durante los próximos días, como dicen, se irán acostumbrando a que la gente los mire. No se ven muchos coches como éste por las calles hoy en día; ni por su aspecto, ni por su sonido. Cuando oí el coche acercarse por detrás de mí, creí estar soñando.

—¿Quiere decir que supo que era un modelo A sólo por el ruido del motor? —preguntó Trixie incrédula.

—Modelo A o modelo T, no estaba seguro. Pero, de todos modos, mi primer pensamiento fue el modelo A. Hay una ligera diferencia entre los dos —dijo el desconocido.

—Bueno, nos alegra habernos topado con alguien que conocía el coche —dijo Brian—. Estábamos metidos en un buen lío.

—Creo de veras que deberíamos hacer algo para agradecer su amabilidad —terció Honey.

—No necesito dinero —dijo él bruscamente.

Ahora fue Honey quién se puso colorada, pero se necesitaba algo más que una respuesta brusca para hacerle perder los estribos.

—No llevamos mucho dinero —dijo—. Pero podríamos hacer algo por usted…, llevarlo a alguna parte o…

—¡Demonio! ¿No acaban de decirme que sus padres les han prohibido que lleven a extraños? Bueno, pues háganles caso. Ellos saben lo que dicen. Y háganme caso también cuando les digo que no se acerquen a nadie a quien puedan ayudar. Es el mejor consejo que les puedo dar, mejor aún que el favor de arreglar ese viejo carburador —añadió mirando a Brian.

Incluso en la oscuridad, Trixie pudo ver que Brian estaba tenso. Su hermano mayor tenía una mente fría y lógica, y un genio poco levantisco. Pero también tenía un agudo sentido de independencia y no le gustaba que se le dijese lo que tenía que hacer… sobre todo si se trataba de gente desconocida.

—Seguiremos los consejos de nuestros padres en cuanto a no

llevar extraños, pero me temo que debemos rechazar el suyo. Da la casualidad de que creemos que ayudar a la gente es lo que más vale en la vida —dijo con firmeza.

El extraño miró a Brian un instante. Después, sorprendentemente, empezó a reír.

—Tiene una fuerte voluntad, ya lo veo, y lo admiro. No intentaré cambiar su opinión acerca de la gente. Tal vez lo haga la vida, como lo hizo conmigo. Si siguen queriendo hacer algo por mí, aunque ya les he dicho que lo que he hecho ha sido porque me gustan los coches, no las personas, puede decirme dónde queda Glenwood Avenue. Después seguiré mi camino… a pie.

Brian se relajó y sonrió ante la petición. Se volvió y señaló hacia Glenwood, diciéndole al desconocido el mejor modo de llegar allá.

Éste asintió, metió las manos en los bolsillos del pantalón y echó a andar, con la cabeza baja, como si ya no existieran los Bob-Whites ni su modelo A.

De repente, como surgiendo de ninguna parte, Trixie vio las luces de un coche. Bajaba por la calle a gran velocidad. Al apartar los ojos de los potentes faros, vio con horror que el desconocido estaba cruzando lentamente la calle en ese momento.

—¡Eh! —gritó Brian—. ¡Cuidado!

Pero ya era tarde. Una espaciosa furgoneta verde atropelló al hombre. Un terrible golpe seco confirmó a Trixie que la furgoneta lo había alcanzado. Miró temerosa, mientras la furgoneta seguía acelerando, sin intención alguna de detenerse. Después, con lentitud, como involuntariamente, volvió su atención a la calle y a la forma inmóvil que yacía en ella.

Brian ya corría hacia allí, con Mart detrás de él. Trixie buscó a tientas el cierre de la puerta. Cuando lo encontró salió del coche. Honey saltó a continuación.

—¿Está bien? —preguntó Trixie acongojada.

Brian, arrodillado junto a la víctima, miró a su hermana.

—Todavía vive, pero un golpe como ése tiene que haber producido daños muy graves. Cuánto, es algo que no puedo decir.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Honey con voz entrecortada.

—Llamar a una ambulancia y mantenerlo caliente —dijo Brian.

—Buscaré un teléfono —se ofreció Mart, a la vez que se

despojaba a toda prisa de su chaqueta de Bob-White y se la daba a Brian. Sin una palabra más, salió corriendo calle abajo.

—Puede pasar mucho tiempo hasta que Mart encuentre una cabina telefónica —observó Trixie—. ¿No podríamos subirlo al coche y…?

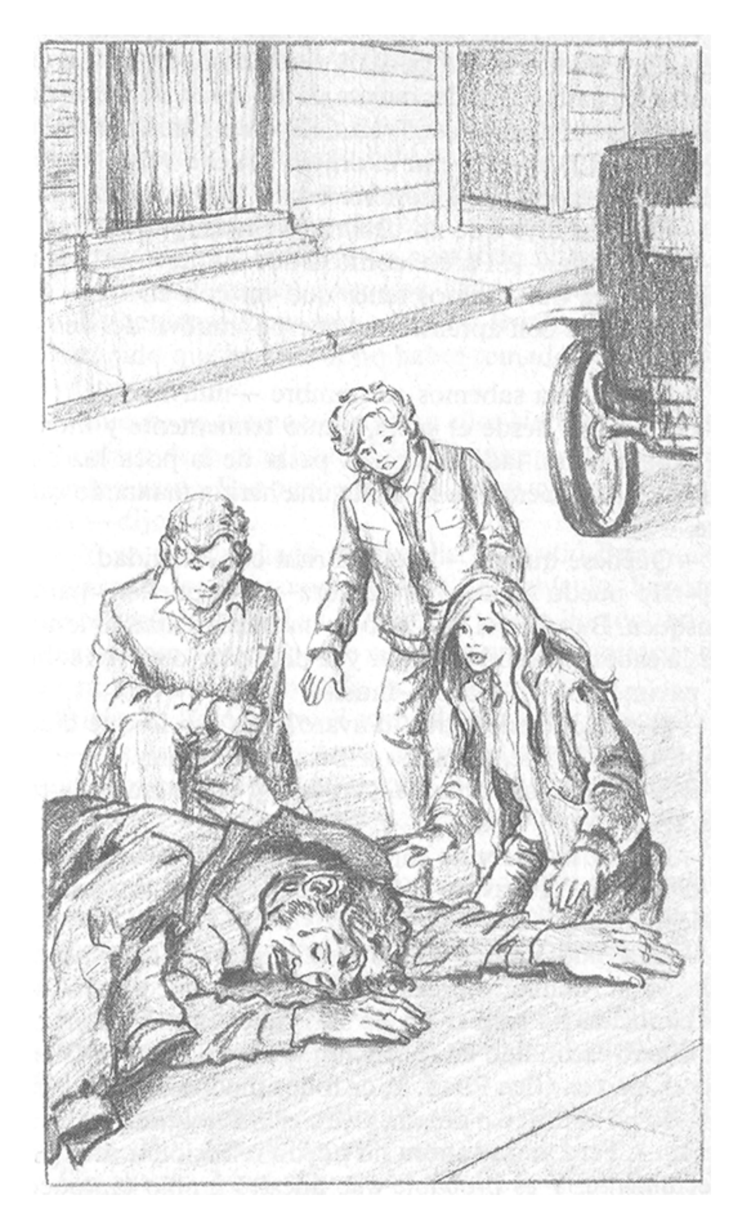
—¡No! —gritó Brian, que se estaba quitando también la chaqueta para tapar al hombre—. Deberías saberlo ya, Trixie: la única cosa que no se debe hacer nunca con un accidentado es moverlo.

Trixie se mordió los labios. Lo sabía, claro está, pero el pánico del momento le había hecho olvidarlo. Otra vez agradeció la serenidad de Brian en los momentos difíciles.

—Es terrible estar aquí, impotente —se quejó Honey, con voz quebrada; estaba a punto de llorar.

—Ya lo sé —repuso Brian—. También yo me siento completamente inútil. Tal vez por eso te haya contestado tan bruscamente, Trixie. Perdóname.

—Sí, Brian, pero lo merecía —admitió ella—. Creo que este hombre tenía razón cuando dijo que no sé escuchar. Pero quizá, si la gente me repite las cosas una y otra vez, todas las que hagan falta, y así de claras, se me grabarán en el cerebro.



—¡Oh, Trixie; pero tú oyes y escuchas! —se apresuró Honey a defender a su amiga—. A veces no hace falta ni un momento para que te des cuenta de las cosas, mientras nosotros nos quedamos a dos velas. El señor Lytell nunca habría conseguido recuperar el dinero aquella vez si no hubieses escuchado. Este hombre estaba equivocado.

—También dijo que no debíamos preocuparnos por él —añadió Brian—. Parece como si nos hubiésemos vuelto buenos y ya quisiéramos tener que ver con él.

Trixie miró con aprensión el cuerpo inmóvil del desconocido.

—Ni siquiera sabemos su nombre —murmuró.

El hombre, desde el suelo, gimió tenuemente y movió la cabeza de un lado a otro. A pesar de la poca luz que había, distinguieron en la frente una herida manando sangre.

—Quédese quieto —le dijo Brian con suavidad.

—No puedo —jadeó el hombre—. No puedo… parar. Busquen. Busquen el… —dejó de hablar, intentando levantar la cabeza. Gimió de dolor y la dejó caer otra vez sobre el pavimento— …avaro —musitó.

—¿Tiene que encontrar al avaro? ¿Es eso lo que dice? —preguntó Trixie, mirando a Brian y a Honey.

Ésta levantó los hombros, perpleja, y Brian movió la cabeza.

—Eso me ha parecido entender, pero es difícil asegurarlo —dijo—. No sé si avaro es el final de la frase o un término independiente.

—¿Ha oído alguien hablar de algún avaro que viva en Glenwood Avenue? —preguntó Trixie—. El único avaro que he conocido ha sido el tío de Jim, que tenía un montón de dinero escondido en el colchón. Pero no vivió en Glenwood, sino en Glen Road. Y, de todos modos, está muerto.

—Yo no conozco a ningún avaro en Sleepyside —afirmó Brian—. Pero sé que ahora no puedo reflexionar muy correctamente. Y es probable que nuestro amigo tampoco. No toméis muy en serio lo que diga. Y no empecéis a elaborar fantásticas teorías referidas a la búsqueda de un avaro.

Trixie asintió, con aire ausente, mirando los párpados del desconocido. La chica abrió mucho los ojos, mientras agarraba el brazo de Brian: acababa de tener una idea.

—Ya sé lo que tenemos que buscar, y no es el avaro. ¡Es la furgoneta! El conductor ha cometido un atentado y se ha dado a la fuga, sin detenerse. Debe saberlo la policía.

—Ya he pensado en eso —afirmó Brian—. Me repetía lo estúpido que he sido al no haber tomado el número de la matrícula.

—Bueno, yo tampoco pensé en ello. No vi al conductor ni la placa de la matrícula. Sólo sé que era una furgoneta grande y verde.

Eso puede ser una buena ayuda para la policía —dijo Trixie.

—Y yo puedo añadir un detalle —añadió Brian—. Sé la marca y los años aproximados del vehículo. Supongo que servirá de algo. Las furgonetas verdes no son tan corrientes como otro tipo de coches, aunque tampoco sean tan raras como un modelo A, por ejemplo.

Trixie se volvió y miró el coche de Burnside: el modelo A.

—Casi lo había olvidado. Sé que es absurdo creer que un objeto pueda traer desgracias, pero hay gente supersticiosa, y parece como si estuviésemos gafados desde que recogimos el coche.

—¡Ni se te ocurra pensar eso! —dijo Honey alterada—. Todavía lo tendremos en nuestro poder otros siete días, hasta la venta. Si esos siete días van a ser como este par de horas, no creo que pueda resistirlo.

Un ruido de pisadas rápidas hizo que los tres Bob-Whites se alertasen. Trixie se tranquilizó cuando observó que era Mart.

—¿Encontraste un teléfono? ¿Has llamado a la ambulancia? ¿Van a venir pronto?

Sin aliento, Mart sólo pudo asentir con la cabeza ante el aluvión de preguntas de su hermana. Respiró profundamente unas cuantas veces, antes de responder.

—He llamado… enseguida… aquí pronto.

A pesar de sus nervios, Trixie notaba la diferencia entre los entrecortados fragmentos de Mart y su forma normal de expresarse, tan escogida y rebuscada. También captó la similitud entre las frases inconexas de Mart y las que el vagabundo había dicho poco antes: «No puedo. No puedo… parar. Busquen. Busquen al… avaro». Trixie se repetía esas palabras, intentando no olvidarlas.

«No puedo parar. Tengo que encontrar al avaro». Esto tenía sentido, pensaba, mientras susurraba la frase. Pero ¿sería eso lo que había querido decir? Entrecerró los ojos, a la vez que se repetía otra vez las palabras. Luego sacudió la cabeza. Su interpretación tenía sentido, pero el problema, según había dicho Brian, era que no había modo de asegurar si aquellas palabras eran las únicas que pronunció o las únicas que escucharon. Podían formar parte de alguna otra frase que el hombre herido sólo dijo para sus adentros.

—¿Cómo está? —Mart respiraba aún con dificultad, pero ya podía hablar con claridad.

—No lo sé —le respondió Brian—. Todavía respira. El pulso es

aún fuerte, aunque acelerado. Supongo que se encuentra bajo los efectos del *shock*. Puede tener alguna hemorragia interna. No lo sé.

De nuevo oyeron los Bob-Whites un ruido en medio del silencio. Pero esta vez lo esperaban: era la sirena de una ambulancia. Detrás iba un coche de la policía.

Mart se levantó y agitó las manos, haciendo señales a la ambulancia, que se detuvo junto a ellos. El hombre y la mujer que se bajaron se movieron rápida y eficientemente.

Mientras examinaban al desconocido, la policía les pidió a los Bob-Whites sus nombres y direcciones, así como los detalles que pudiesen aportar respecto al accidente.

—Se nos había estropeado el coche. Este hombre venía andando y se detuvo a ayudarnos a ponerlo en marcha. Nos pidió que le dijésemos dónde estaba Glenwood Avenue. Se lo dije y empezó a andar, cruzando la calle. No miraba adónde iba. De repente apareció una furgoneta verde y lo atropelló. La furgoneta siguió su marcha sin detenerse. Nosotros nos quedamos aquí, mientras mi hermano iba a telefonear para pedir la ambulancia. Y eso es todo —terminó Brian.

—Ya podemos moverlo —dijo un enfermero—. Traed la camilla.

—¿Podemos ir al hospital, para saber cómo evoluciona? —pidió Trixie.

—Creo que es mejor que os vayáis a casa —les dijo uno de los policías—. Probablemente no harán ningún informe de su estado hasta dentro de unas horas. Mientras tanto pasaré esta información al sargento Molinson. Probablemente querrá volver a escuchar vuestra declaración. Por eso sugiero que os vayáis a casa y esperéis.

Trixie asintió. Permaneció quieta y silenciosa hasta que la ambulancia se perdió de vista, con las luces parpadeando y la sirena rugiendo, camino del hospital.

—Vámonos a casa —dijo Brian—. Papá y mamá estarán preocupados por nuestra tardanza.

—Supongo que estarán preocupados, en efecto —repuso Mart—, pero al menos saben dónde estamos. Les llamé desde la cabina telefónica, después de pedir la ambulancia.

—Bien pensado —dijo Brian—. Al menos eso nos ahorra el tener que repetir todo cuando lleguemos. Quisiera no dar más vueltas a lo que ha ocurrido hasta que pase un tiempo, por ejemplo, hasta que

nos llame el sargento Molinson.

Trixie miró a su hermano con envidia. Sabía que podría cumplir lo que decía: aparcar el incidente lejos de su pensamiento para conseguir la necesaria tranquilidad. Ella no tendría tanta suerte.

—Honey, supongo que podrás pasar la noche en nuestra casa, ¿no? —preguntó Trixie de pronto—. El sargento querrá que estemos todos cuando nos pregunte.

—Sería facilitarle el trabajo —estuvo de acuerdo Honey. Después sonrió con picardía—. Además, tampoco me apetece ir a casa y tener que contestar allí a otro montón de preguntas. Prefiero estar con gente que no me va a preguntar lo que ha pasado. Llamaré desde tu casa y se lo diré a la señorita Trask.

Los Bob-Whites se encaminaron a Crabapple Farm, hogar de los Belden, en silencio. Helen Belden los esperaba en la puerta trasera con expresión preocupada, pero Brian detuvo sus preguntas, poniéndose un dedo en los labios.

—Todos estamos bien, mamá —dijo suavemente—. Y el hombre al que atropellaron ya está en el hospital. Eso es todo lo que tenemos que declarar por ahora, ¿de acuerdo?

Helen iba a abrir la boca para decir algo, pero apretó los labios y movió la cabeza.

—De acuerdo —dijo.

Trixie echó los brazos al cuello de su madre y se sintió comprendida.

—¡Mamá, eres estupenda! Lo comprendes todo —se separó de ella al acordarse de Honey—. ¿Puede quedarse Honey aquí esta noche?

La señora Belden sonrió y pasó su brazo sobre los hombros de Honey.

—Claro que sí —le dijo—. Ahora llamaré a la señorita Trask para explicárselo.

Las dos chicas subieron al cuarto de Trixie y se tendieron en las camas, mirando al techo.

Bien a su pesar, a Trixie le venía a la cabeza la escena del accidente, una y otra vez: el desconocido andando, la furgoneta saliendo de ninguna parte y lanzándose contra él. Trixie se incorporó de un salto.

—¡Eso es! —exclamó.

Honey miró sorprendida a su amiga:

—¿Qué es lo que es? —dijo.

—Cuando vi la furgoneta verde dirigirse hacia el hombre, me pregunté qué pasaba. En mi imaginación, claro está. También ahora, en mi mente, veo otra vez todo lo que ocurrió y me he hecho la misma pregunta. Las dos veces he utilizado inconscientemente la misma expresión, las mismas palabras. He descrito a la furgoneta como viniendo o saliendo de ninguna parte.

—Esa impresión dio —admitió Honey—, pero no veo adónde quieres ir a parar.

—¿No lo entiendes? —preguntó Trixie incrédula—. Honey, la furgoneta salió de ninguna parte. No; no quiero decir exactamente que surgió de la nada, sino que estaba aparcada. Honey, aquella furgoneta no iba por la calle. Estaba parada, esperando a que ese hombre pasara por allí. ¡Lo han atropellado a propósito!

Sin identificar • 4

Honey Wheeler se sobresaltó y se llevó la mano a la boca.

—¡Oh, Trixie! ¿Quieres decir que… lo que has dicho? —murmuró a través de los dedos.

—Quiero decirlo y lo he dicho —aclaró Trixie—. Piénsalo bien, Honey. En aquella calle desierta y oscura tendríamos que habernos dado cuenta de que se acercaba la furgoneta, aun cuando estuviese a varias manzanas. Habríamos oído el motor y visto los faros mucho antes incluso de que aquel hombre hubiese empezado a cruzar la calle. Pero no fue así. Fue de repente. Nos cegaron sus faros de repente.

—¡Calla, calla! —gritó Honey, escondiendo la cara entre las manos—. No quiero recordar la escena. Fue horrible.

—Muy bien —asintió Trixie—. Pero tenemos que pensar en lo que ocurrió antes. Es muy importante. Al sargento Molinson le gustará saberlo.

Honey suspiró profundamente, miró al techo y se acomodó.

—Tienes razón. Pensaré en lo que sucedió exactamente hasta que…, bueno, ya lo sabes —cerró los ojos y quedó inmóvil durante lo que a su compañera le pareció una eternidad.

Trixie esperó, casi conteniendo el aliento, a que Honey recordase la escena. Estaba ansiosa por conocer la opinión de su amiga, y a la vez se enorgullecía de que tuviese el coraje de hablar del accidente.

Cuando por fin abrió los ojos, la cara de Honey seguía inexpresiva. No mostraba el aspecto de triunfo que por lo general adquiría cuando iba a decirle a Trixie que tenía razón en alguna cosa, ni tampoco el gesto que ponía las veces que quería rebatir alguna opinión de su mejor amiga.

—No recuerdo haber oído la furgoneta ni visto las luces de los faros hasta que estuvo casi encima de nosotros —dijo—. Pero no

creo que eso demuestre nada. Quiero decir, estábamos pendientes de lo que ocurría con el coche. Después, cuando el vagabundo empezó a ponerse pesado y Brian se enfadó…, aquello también acaparó mi atención. No estoy segura de si habría podido oír el ruido de una furgoneta que viniese de lejos.

—¿Ni tampoco cuando Brian le estaba indicando al hombre cómo se iba a Glenwood Avenue? —preguntó Trixie—. Eso no era tan absorbente ni interesante, ¿o sí lo era?

—No —admitió Honey—. Creo que me perdí en algún momento. Ya sabes lo que te pasa muchas veces, cuando estás muy interesada en captar todo lo que se dice en una conversación y luego, de repente, pierdes ese interés. Es como despertarse de un sueño. Poco a poco te das cuenta de cómo estás sentada, o de si hace frío o calor. Recuerdo que cuando Brian empezó a indicarle la dirección, me di cuenta repentinamente de que estaba sentada sobre el pie izquierdo, lo tenía encogido debajo de la falda, y se me había dormido. Lo quité del asiento y lo apoyé en el suelo.

—Resulta divertido lo que podemos recordar cuando nos ponemos, ¿verdad? —se sorprendió Trixie—. Cuando has empezado a contarme lo de tu pie, estaba recordando yo que entonces la manilla de la puerta estaba clavándoseme en las costillas. Me retiré un poco y me froté el costado con la mano.

Honey asintió.

—Por eso es curioso que no hubiésemos reparado antes en la furgoneta, pero, por otra parte, no veo por qué tendríamos que haberlo hecho. Sí, es como despertar de un sueño. Al principio, toda tu atención se concentra en él. Después, al despertar del todo, de lo primero que se tiene conciencia es de estar despierto. Se tarda algo en darse perfecta cuenta de dónde está uno, de la hora que es y si brilla el sol y cantan los pájaros. Cuando estiré la pierna, estaba aún en esa etapa. Tal vez un momento después hubiese podido oír la furgoneta, pero entonces seguramente habría sido ya muy tarde. Tengo que pensar un poco más acerca de todo ello, de todos modos —se tapó la boca, mientras bostezaba—, pero será mejor dejarlo para mañana. No creo que descubra nada nuevo esta noche.

Trixie se puso también la mano en la boca, ante un irreprimible bostezo. Y bostezó tan fuerte que le dolieron las mandíbulas y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Si supiésemos con certeza que el sargento Molinson no nos iba a llamar hasta mañana, podríamos echarnos a dormir.

—Pues me parece que yo lo voy a hacer de todos modos —musitó Honey, ya medio dormida.

Estaban tan cansadas que la llamada a la puerta casi ni las alteró.

—Pasa —contestó Trixie, con una voz carente por completo de su habitual energía.

Helen Belden asomó la cabeza.

—El sargento Molinson acaba de llamar —dijo—. Cuando terminó de oír al policía y redactó el informe correspondiente, se dio cuenta de que ya era muy tarde para haceros declarar. Dice que os verá mañana, después del desayuno, y os recomienda que durmáis tranquilas.

—Eso es exactamente lo que vamos a hacer, mamá —repuso Trixie encantada—. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches, señora Belden! —saludó Honey suavemente.

Trixie se levantó a por un pijama para Honey. Estaba ya con él en la mano cuando Honey le dijo muy nerviosa:

—Trixie, ¿te das cuenta de lo que ha pasado?

—No, ¿qué?

—Ha sonado el teléfono, en primer lugar. Después, tu madre ha subido las escaleras de madera hasta aquí… ¡y no hemos oído nada! —ahora, el gesto de Honey se mostraba claramente, al tener que contradecir a su amiga.

Trixie le alargó el pijama y, sin decir nada, empezó a desvestirse.

Estaba ya con el pijama puesto y metida entre las sábanas cuando contestó:

—Sé lo que estás pensando: si no hemos oído el timbre del teléfono ni los pasos en la escalera, no es nada extraño que no hayamos oído antes la furgoneta. Pero creo que no es lo mismo, Honey. Ésta es mi casa, y tú vienes aquí tanto que es también prácticamente la tuya. El teléfono suena diez veces al día, y por las escaleras sube y baja bastante gente. Todos esos ruidos nos son familiares. Estoy acostumbrada a ellos. Apenas los oigo, si no los estoy esperando, o deseando que no se produzcan.

Hizo un gesto a Honey.

—Recuerdo cuando el año pasado estuve envolviendo el regalo de Navidades para mamá. Cada ruidito que se producía en la casa me llenaba de pánico, porque temía que subiese mamá para traer ropa o decirme cualquier cosa.

Honey sonrió a su amiga.

—No tienes que recordármelo. Al final me hiciste venir y quedarme aquí, en la habitación, contigo, para detectar los ruidos extraños, ¿te acuerdas?

—Claro que sí —sonrió a su vez Trixie—. La cuestión es que muchas veces no oímos ruidos a menos que tengamos una razón para ello. Si hubiese sonado el timbre de la puerta, seguro que lo habríamos oído, porque esperábamos que viniese el sargento, no que llamase. Y cuando estábamos en esa calle desierta podríamos haber oído cualquier ruido, porque nuestro nerviosismo nos motivaba.

Honey suspiró.

—No sé qué pensar —dijo—. Lo que dices tiene sentido, pero es muy difícil asegurar que no había oído nada. Tengo que acordarme sin recordar y no puedo recordar si hay algo de que tenga que acordarme o si no recuerdo lo que tengo que recordar. Sabes lo que quiero decir, ¿verdad?

—Más o menos —dijo medio mareada Trixie, que añadió a renglón seguido—: No sé qué quieres decir exactamente, Honey. Sólo tengo como base de mis suposiciones la frase que empleé: «la furgoneta saliendo de ninguna parte». Tal vez sea una tontería, pero no puedo desecharla.

Honey Wheeler no hizo ningún comentario. Su respiración lenta y pausada le indicó a Trixie, sin lugar a dudas, que ya estaba durmiendo. Con resolución, Trixie alejó de su mente la furgoneta verde. Se volvió sobre un costado y se dispuso a seguir el ejemplo de su amiga.

Un golpe en la puerta despertó a las dos muchachas a la mañana siguiente. Al golpe siguió una voz bastante sonora:

—¡Sacudid la somnolencia! ¡Descended y compartid el condumio matinal!

—¿Es algo así como «llega y cógelo»? —preguntó Honey, incorporándose lentamente y parpadeando a la luz de la mañana.

—Cuando es Mart quien llama a desayunar, así es —contestó

Trixie. Tiró hacia los pies las sábanas y salió de la cama, estirándose y bostezando—. Quería comprobar tu ejemplo de ayer, Honey. Iba a analizar qué siento cuando me despierto, pero Mart lo ha estropeado todo.

—No ha habido muchas posibilidades de despertarse remoloneando —reconoció Honey.

Se vistieron y bajaron las escaleras. El olor a bacon y huevos fritos les indicó claramente que el desayuno ya estaba listo. Trixie se sentó en su sitio de costumbre y Honey lo hizo en una silla extra, colocada junto a la de Trixie.

—Buenos días a todos —saludaron. Trixie tomó una rebanada de pan tostado.

—Buenos días a todas —dijo Bobby como un eco—. Buenos días, sobre todo a Honey. Regresasteis anoche cuando yo ya estaba en la cama, ¿verdad? Podíais haberme leído un cuento si hubieseis llegado cuando estaba despierto.

Honey sonrió al hermano de Trixie, de seis años.

—Bobby, sabes que si hubiésemos llegado al irte a la cama, te habría leído dos cuentos —le dijo.

—Lo sé —admitió Bobby—. Siempre me lees dos cuentos, o tres cuentos, o cuatro cuentos, o…

—¡Basta! —cortó Peter Belden a su hijo menor, de un modo suave pero firme. Bobby estaba en esa edad en la que empezaba a divertirse con su propia voz, y habría seguido hasta cien si le hubiesen dejado.

—Bueno, pero puedes leérmelo después del desayuno —sugirió Bobby a Honey, muy ilusionado.

—No creo que pueda, Bobby —se lamentó Honey—. El sargento Molinson va a venir a hablar con nosotros esta mañana, y no tendré tiempo. Me gustaría leerte un cuento, de todos modos. Te prometo que lo intentaré.

—Siempre haces lo que puedes, Honey —dijo Bobby satisfecho —. Trixie no siempre hace lo que puede, y Mart no siempre hace lo que puede, y Brian no siempre…



—Bobby, ¿por qué no le acercas a Honey los huevos revueltos, para que se sirva? —preguntó Helen Belden, interrumpiendo así otra parrafada que también amenazaba ser interminable.

—Encantado —dijo Bobby muy alegre.

—Espero que el sargento se presente después del desayuno —dijo Trixie, más que nada para que no volviese Bobby a tomar la palabra—. Ahora que ya estoy despierta, empiezo a ponerme nerviosa.

—El sargento suele ser puntual —afirmó Helen—. Estoy segura de que no os hará esperar si puede evitarlo.

—Ojalá pueda decirnos cómo está el vagabundo —dijo Honey.

—Para saber eso no hace falta que esperes la llegada del sargento Molinson —le dijo Brian—. Hemos llamado al hospital antes de que os despertaseis.

—Oh, Brian, ¿por qué no nos lo has dicho? ¿Qué te han contado? ¿Podemos visitarlo? —preguntó Trixie.

Brian se cubrió la cabeza con los brazos, como si estuviese protegiéndose de una avalancha.

—¡Bueno, bueno! —exclamó—. En el hospital nos han dicho que su pronóstico es grave, que significa un poco mejor que crítico, pero no tan bueno como satisfactorio. Es decir, que no se encuentra en peligro inmediato, pero que está gravemente herido. Los únicos visitantes que pueden visitarle son los miembros de su familia. Y la razón de no haberos dicho antes que había llamado es que sabía la avalancha de preguntas que me ibais a hacer.

Trixie rechazó con un gesto el último comentario de Brian.

—Si sólo dejan que le vea su familia, tienen que saber ya quién es —dijo.

—Pues no lo saben —replicó Brian—. Cuando dije que quería saber el estado de la víctima del accidente de anoche, el que me atendió me preguntó si sabía quién era.

—El sargento Molinson me dijo anoche que una de las razones por las que no podría venir hasta hoy era que, al no haber encontrado identificación alguna del hombre, tuvo que gestionar gran cantidad de papeles —añadió la señora Belden.

—Entonces no lo entiendo —dijo Trixie—. ¿Cómo pueden decir en el hospital que sólo dejarán pasar a los miembros de su familia, si ni siquiera saben quién es?

—No subestimes nunca los recovecos de la burocracia —observó Mart—. Indudablemente, esa frase forma parte del argot administrativo, medio razonable de suavizar la desorientación que acompaña a la negativa.

—¿Hay alguien que traduzca? —pidió Trixie, perpleja.

—Mart quiere decir que el hospital tiene preparadas unas cuantas frases que suenan a buenas razones para lo que les interesa. Decirme sin más que no puedo visitar a alguien suena demasiado brusco. Decirme que no puedo hacerlo porque no soy familiar suyo suena mejor, y el resultado en los dos casos es el mismo —terminó Brian.

—Pero éste no es el caso —insistió Trixie.

—Si en el hospital tuviesen que responder a los interesados de modo particular en cada caso, atender el teléfono se convertiría en un trabajo de diplomáticos —objetó la señora Belden.

—¡Ajá! —gritó Trixie.

—Acabo de oír una respuesta del tipo comúnmente denominado «non sequitur» —dijo sarcásticamente Mart—. Sin embargo, por fin hay algo racional que mi sibila encuentra racional.

—Muy gracioso —dijo Trixie—. Cuando mamá mencionó a los interesados del hospital, recordé que yo soy voluntaria del mismo y que, precisamente, mi día de trabajo es mañana.

—Me da la impresión de que nuestro desconocido va a tener una visita de alguien extraño a su familia, le guste al hospital o no —añadió Brian.

—¡Oh! Pediré permiso para verlo —le aseguró Trixie—. Pero aunque me digan que no puedo visitarlo, seguro que conseguiré más información, una vez dentro, que la que podemos obtener por teléfono.

—El sargento Molinson podrá aclararnos algo, aparte de preguntarnos —dijo Honey.

—¡Vaya! Hemos vuelto a dónde estábamos: esperando al sargento Molinson —dijo Trixie.

Y como si fuera una señal, sonó el timbre de la puerta.

—No creo que sigamos esperando mucho más —dijo Brian separando la silla.

—¿Por qué no os vais los cuatro al salón? —apuntó la señora Belden—. Vuestro padre y yo limpiaremos los platos.

—¿Puedo ir yo también? —preguntó Bobby.

—No, Bobby, no creo que sea una buena idea —aseguró Honey—. ¿Por qué no te vas a tu cuarto y decides qué dos cuentos quieres que te lea cuando se vaya el sargento?

Bobby frunció el ceño un momento, pero no quiso parecer obstinado ante la oferta de Honey.

—Bueno —dijo, esbozando una amplia sonrisa.

—¿Sabes lo que va a pasar? —preguntó Trixie, mientras caminaban hacia el salón—. Si le dejas tanto tiempo para elegir dos cuentos, encontrará por lo menos una docena que quiere de veras, de veras que le leas.

—Me encantará leerle esa docena de cuentos, si tengo tiempo —afirmó Honey.

Trixie sacudió la cabeza.

—No está bien que sea yo y no tú quien tenga un hermano pequeño. Te portas con él mucho mejor que yo.

—Bueno, eso es, entre otras cosas, porque yo no lo veo todos los días —recordó Honey.

Brian y Mart habían ocupado ya sus lugares en el sofá. El sargento Molinson estaba de pie delante de la chimenea. Por un momento, Trixie se preguntó si iba a quedarse de pie durante todo el interrogatorio, como los detectives de las novelas de misterio. Pero se sentó en cuanto lo hicieron Trixie y Honey.

—La primera pregunta —empezó el sargento— es si ha sucedido alguna cosa en esta ciudad en la que no hayáis estado mezclados vosotros.

Trixie sintió que se iba a poner colorada, y se quedó mirándose los pies. Era cierto que, habitualmente, cuando el sargento estaba investigando un caso, acababa topándose con un Bob-White.

—Al menos esta vez no podrá acusarnos de estarle ocultando algo —repuso Trixie mirándolo—. Llamamos a la policía inmediatamente después del accidente.

—Os lo agradezco mucho —dijo el sargento con una mueca—. Ha sido muy amable por parte vuestra compartir el caso con mi humilde departamento. Y ahora, ¿podríais repetir lo que sucedió anoche?

Brian, dejando de lado la ironía del sargento, narró los hechos. Terminó con la aparición de la furgoneta verde: «Se dirigió hacia el desconocido y después de atropellarlo siguió su camino».

—En cuanto a la furgoneta —dijo Molinson—, ¿tomasteis el número de matrícula?

—Lo siento, pero todo pasó muy rápidamente.

—Lo entiendo —repuso el sargento—. ¿Y visteis al conductor?

Brian miró a Mart, a Trixie y a Honey; todos negaron con un movimiento de cabeza.

—Tampoco en eso podemos ayudarle —dijo al sargento—. Era noche cerrada y las luces de la furgoneta nos deslumbraron.

El sargento Molinson hizo un gesto.

—Está bien. Vamos con la víctima. ¿Qué podéis decirme de ella?

—Sabía mucho de coches —dijo Brian—. Incluso dijo que habían sido su vida, por lo que supongo que puede ser mecánico o ingeniero, o que lo ha sido en algún tiempo.

—Pero no os dijo su nombre —concluyó el sargento decepcionado.

—No —reconoció Brian.

—¿Tenía algún acento que delatase su procedencia?

—Tampoco —contestó Brian, impotente.

El sargento volvió a encogerse de hombros.

—Nos dijo adónde iba, sin embargo —aclaró Trixie—. Es decir, nos preguntó dónde estaba Glenwood Avenue.

—Pero hay muchas casas en Glenwood Avenue —se quejó el sargento—. Y también hay dos restaurantes, una lavandería y un *drugstore*, si no recuerdo mal. También podría dirigirse a alguno de esos lugares para encontrarse con alguien.

—Bueno, pero ya es algo —dijo Trixie.

—Sí, es algo. Un montón de trabajo para mis hombres, si decido que comprueben todos los lugares posibles de Glenwood. Bueno, de todos modos, tomaré nota de ello. ¿Algo más?

—Después de haber sido atropellado, el hombre dijo, mientras esperábamos la ambulancia, algo así como: «No puedo. No puedo… parar. Encuentren. Encuentren el… avaro» —recordó Trixie.

—¿Encontrar el avaro? —repitió extrañado el sargento Molinson.

—Creemos que eso era lo que decía, pero no estamos seguros —dijo Honey—. Él hizo una pausa entre «encuentren el» y «avaro». Acaso quería relacionarlos, acaso no.

El sargento asintió y anotó algo en su cuaderno.

—Bueno, por lo menos tenemos aquí algo que podemos darle vueltas, ¿no os parece? —echó una mirada a los cuatro jóvenes.

—Hay algo más —Trixie se puso colorada. Se detuvo y miró suplicante a Honey, esperando su apoyo para exponer ante los demás su teoría. Honey asintió levemente y Trixie continuó:

—Anoche, después de venir a casa, estuve pensando en el accidente. Hay algo que me llama la atención respecto a la furgoneta. Apareció como si «viniese de ninguna parte».

—Eso es lo que pareció, efectivamente —confirmó Mart, pensativo, al recordar la escena.

—Bueno, pues al pensar en ello, me pareció que la furgoneta, si hubiese llegado de varias manzanas más allá, no nos habría producido aquella impresión. Pero, de haber estado aparcada, con las luces apagadas, aunque hubiese sido a una distancia relativamente corta, nos habría parecido que salía hacia nosotros de

repente.

—¿Quieres decir que alguien estaba aparcado allí cerca, esperando que el hombre cruzase la calle para atropellarlo, Trixie? ¡Eso es ridículo! —dijo Brian.

—¡No es nada ridículo! —se defendió ella acaloradamente.

—Bueno, admite al menos que es una deducción cogida por los pelos —repuso su hermano.

—¿Qué es lo que está cogido por los pelos? —preguntó Honey. Estaba dispuesta a admitir sus dudas acerca del razonamiento de Trixie, en privado y a solas con ella, pero no a ver machacada a su amiga.

—Pues que, en primer lugar, una furgoneta saliendo de un aparcamiento a gran velocidad habría hecho más ruido aún que yendo por la calle normalmente. La habríamos oído —adujo Brian.

—Eso sería cierto si hubiese estado en una plaza de aparcamiento —repuso Trixie—. Pero las calles estaban desiertas. Pudo haber arrancado despacio, con las luces apagadas, hasta llegar cerca.

—Perfectamente —admitió Brian—. Concederemos ese punto. Pero el desconocido venía hacia nosotros desde el lado opuesto. ¿Cómo iba a saber el conductor de la furgoneta que tenía que cruzar la calle justo por allí?

—Yo no he dicho que lo supiera —dijo Trixie—. ¿Y si el conductor de la furgoneta estaba siguiendo al hombre? Vio que se paraba para ayudarnos. Esperó. Querría verlo, pero no podría hacerlo si llegaba directamente desde detrás, y, lógicamente, no podía dejar el coche en medio de la calle. Por consiguiente, pudo rodear la manzana, o un par de ellas, y aparecer por el lado opuesto. Vio que señalabas hacia Glenwood Avenue y pudo figurarse que se dirigiría andando hacia allí. Entonces pondría el coche en marcha, despacio. Tal vez en ese momento no pretendía atropellarlo. Tal vez sólo le interesaba seguirlo. Luego, por alguna causa, cambió de parecer. Aceleró, encendió los faros, pensando que el hombre quedaría deslumbrado. Y lo atropelló.

—Nos has hecho una viva descripción, Trixie, pero no cuela —dijo Brian—. ¿Por qué seguirle? ¿Por qué habría decidido el conductor de la furgoneta atropellarlo? ¿Y por qué precisamente allí, en el único sitio donde había testigos?

—No lo sé —admitió Trixie desanimada.

—Podemos aliviar tensión en vuestra credulidad, a la vez que intensificar la nuestra, si suponemos que el vehículo se encontraba en un curso aleatorio pero longitudinal y que no tuvimos conocimiento de ello —dijo Mart.

—¿Quieres decir que crees que he inventado toda esta historia porque me siento culpable de no haber visto la furgoneta a tiempo de advertirle al hombre? —preguntó Trixie.

—Es una explicación más sencilla, ¿no? —dijo inocentemente Mart—. Me parece que todos nos sentimos un poco culpables de lo ocurrido. El desconocido se paró para ayudarnos y después vemos cómo es atropellado por un coche.

Honey exclamó:

—¡Así es exactamente cómo me siento, Mart! ¡Pero no lo sabía hasta que lo has dicho…!

—Yo también me siento así, Mart —añadió Trixie—. Pero no creo que haya inventado toda esta historia para sentirme mejor.

—Bueno, tranquilos, no tenéis razón alguna para sentiros culpables, muchachos —dijo el sargento—. No ha sido culpa vuestra en absoluto. Ha sido del conductor… y de la víctima también. Nadie pudo suponer lo que iba a ocurrir. Por lo demás, no puedo aceptar tu historia de que el atropello fue intencionado, Trixie. Pero hay aquí una cuestión muy importante que debéis recordar: atropellar a alguien y no prestarle auxilio es un crimen, sea premeditado o no. Por eso, y sólo por eso, voy a localizar al conductor de la furgoneta. Una vez hallado, podremos determinar si había alguna relación entre él y la víctima. Y si la hay, empezaremos a investigar si el conductor tenía algún motivo para atropellar a la víctima.

Trixie sonrió levemente al sargento.

—Gracias por haberme tomado en serio —dijo.

—Hablando de la relación entre el conductor y la víctima —dijo Brian—, ¿se ha podido identificar?

Molinson movió la cabeza.

—No llevaba ningún documento ni ha vuelto en sí lo suficiente para decirnos quién es. De todos modos, hemos tomado sus huellas digitales, y veremos si el
FBI
puede decirnos algo.

—¿Cree que la víctima puede ser un delincuente? —preguntó Trixie.

—De ningún modo —contestó Molinson—. No son sólo de los delincuentes de quienes guardan sus huellas los del
FBI
. Sus víctimas están fichadas a veces. Algunos funcionarios del gobierno, también. Y lo mismo los que trabajaron en secretos de Defensa durante la guerra. En la actualidad, con la posibilidad de que los terroristas tomen rehenes en cualquier parte del mundo, algunas empresas internacionales piden o recomiendan a sus directivos más altos y sus familiares que se hagan tomar las huellas, para su identificación en caso de secuestro. Y hay otras muchas razones por las que la gente está fichada.

—Espero que descubran quién es ese hombre. Puede tener familia. Puede haber gente, a muchos kilómetros de distancia, preocupada por él en este mismo momento —comentó Trixie.

Recordando la dirección que el vagabundo había mencionado la noche anterior, Trixie pensó: *Esa gente podría estar mucho más cerca de lo que suponemos*.

La casa de Glenwood Avenue • 5

Todos escucharon respetuosamente el deseo de Trixie, y dieron por concluida la reunión.

—Haremos lo que podamos —prometió el sargento Molinson, cerrando su cuaderno de notas y levantándose para irse.

—Lo sabemos —dijo Trixie.

Aquél se detuvo y miró a la chica de pelo rojizo.

—También queremos que hagas lo que puedas. Has hecho muy bien notificando el suceso inmediatamente a la policía y contándome esta mañana todo lo que sabes. Me agradaría que siguieses por ese camino. No hay que retroceder. ¿Lo harás?

Trixie asintió, consciente de las molestias que había causado al sargento en el pasado, y también de su sincero interés por su seguridad.

—La extensión de la criminalidad aquí implicada garantiza la de la policía —proclamó Mart—. Si nuestra sibila decide dudarlo, la contradiremos.

—Gracias, lo creo —el sargento miró con acritud a Mart, y se marchó.

Nada más cerrarse la puerta principal, se oyó una llamada en la trasera. Trixie la abrió y Jim entró en la cocina.

—Aquí está la banda, ya lo veo —dijo, mirando a sus amigos. Estaba empezando a sentirme completamente aburrido en casa y decidí venir a enterarme de qué sucedió anoche… y a recordaros que tenemos que poner los letreros en el modelo A ahora mismo.

—¡Atiza! —exclamó Trixie, llevándose las manos a la cabeza—. Había olvidado todo lo referente al rastrillo. Lo mejor es que empecemos ya.

—Lo primero es lo primero —dijo Jim con firmeza—. Contadme lo de anoche.

—Yo le debo a Bobby dos cuentos, y se los voy a leer ahora mismo —se excusó Honey—. Odio tener que volver a escuchar la historia del accidente —dijo a modo de disculpa, a la vez que corría escaleras arriba.

Sentados ante la mesa de la cocina, Trixie, Mart y Brian le contaron a Jim la avería del coche, el encuentro con el vagabundo y el accidente.

Al terminar, los ojos de Jim expresaban preocupación.

—Me siento algo responsable de lo ocurrido —dijo—. Después de todo, el señor Burnside ya nos advirtió que el coche era muy temperamental. Fue una estupidez por mi parte abandonaros. Debí haberos esperado, y marchar detrás del modelo A para asegurarnos de que llegabais a casa sin problemas.

—Eso no es culpa tuya en absoluto —le dijo Brian—. Fui yo quien asumió la responsabilidad de traer a casa el modelo A. De no haber estado seguro de que podía arreglármelas con él, habría pedido escolta. De modo que es a mi exceso de confianza a lo que hay que echarle la culpa.

—Pues yo creo que lo mejor será que dejemos de sentirnos culpables —opinó Trixie—. El sargento Molinson lo acaba de decir hace unos minutos. El conductor de la furgoneta es el responsable; no nosotros.

—Se trata de otra clase de responsabilidad, Trixie —continuó Jim—. Estoy hablando de que cuatro de vosotros os quedasteis solos y atemorizados en una calle desierta, y habéis sido testigos de un siniestro accidente. Si hubiese ido detrás con mi coche, no habría sucedido nada… Tal vez eso no habría evitado el atropello del desconocido, sobre todo si, como decís, el conductor atropelló al hombre intencionadamente.

—¿Quieres decir que te convence mi teoría? —preguntó Trixie feliz. Después de tantas objeciones de Honey, Brian, Mart y Molinson, estaba desconcertada al ver que Jim no consideraba que su historia era ridícula.

—Si tú lo crees… —dijo Jim—, he sido testigo muchas veces de la verdad de tus suposiciones como para desechar ésta de entrada. Pero creo que lo que dice el sargento es también correcto: llegados a este punto, poco importa que el atropello sea intencionado o no, porque es un acto criminal en los dos casos. Lo verdaderamente

importante es que la policía pueda encontrar alguna relación entre el conductor y su víctima, una vez determinado quiénes son ambos.

Trixie asintió, pero las comisuras de sus labios se cerraron. Esperaba un respaldo total de Jim, pero ahora estaba decepcionada. Sabía qué tenía que hacer, pero no había modo de demostrar a nadie la veracidad de su supuesto.

—Bueno, creo que ya es hora de que le prestemos atención al rastrillo —dijo Jim—. Ahora que tenemos el modelo A para vender y los otros coches antiguos para llamar la atención, me parece que deberíamos trabajar de firme, para intentar que la venta resulte un exitazo.

—Como dispuse de bastante tiempo ayer por la noche y esta mañana —continuó—, me he tomado la libertad de empezar a poner en marcha el proyecto. Llamé al Sleepyside Sun y les dije lo de la exposición de coches antiguos como colofón a la venta del modelo A. El reportero con el que hablé estaba realmente interesado y excitadísimo: resulta que es un forofo de los coches antiguos. Estoy seguro que publicará un buen artículo.

—¡Oh, Jim! Eso es estupendo —exclamó Trixie.

—También he ido al club para rotular los letreros que pondremos en las puertas del modelo A. No son tan vistosos como los que habrían diseñado Honey y Di, pero por lo menos ya están hechos.

—Para ya, Jim. Estás consiguiendo que me sienta culpable de nuevo. Has estado en todo, mientras nosotros nos olvidábamos de la venta —se lamentó Trixie.

—Ahora os toca a vosotros —dijo Jim—. Veréis lo que he estado pensando: nuestro plan original era colocar carteles por la ciudad anunciando a la gente la venta en el rastrillo y diciendo que nos llamasen para entregarnos los donativos. Esto era suficiente para una venta pequeña, pero ahora son palabras mayores y creo que deberíamos ir de puerta en puerta pidiendo los donativos. Tenemos seis días y podríamos visitar la mayoría de las casas de Sleepyside.

—¡Genial! —dijo Trixie—. Casi toda la gente tiene un ático o un sótano donde guarda cosas que ya no necesita. Cuando el montón se hace demasiado grande, o cuando se acuerda, llama a alguna institución de caridad o hace un saldo. Pero si llegamos nosotros antes, podríamos recoger varias toneladas de cacharros.

—He aquí una inspiración realmente ingeniosa —alabó Mart, dirigiéndose a Jim.

Jim inclinó la cabeza hacia Mart simulando una reverencia.

—Todavía he tenido tiempo para hacer otra cosa —dijo. Metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó un mapa doblado.

—He aquí Sleepyside-on-the-Hudson —anunció adoptando un aire de conferenciante—. Observen en él una serie de líneas negras gruesas, trazadas sobre la cartografía original. Tales líneas dividen la ciudad en distritos aproximadamente iguales; cada uno de ellos está numerado. Mi plan consiste en dividirnos en equipos e ir peinando la ciudad, distrito por distrito.

—Has pensado en todo —reconoció Brian, admirado.

—En todo no —exclamó Trixie—. Se me acaba de ocurrir otra cosa. Dividámonos en equipos, como dice Jim, pero que sean los mismos durante los seis días, y el que recoja más donativos ganará un premio.

—¿Qué premio? —preguntó Jim—. No podemos guardarnos nada de lo obtenido en la subasta.

—Claro que no; ya lo sé —le aseguró Trixie—. Pero tiene que haber algún incentivo que nos espolee para trabajar más y hacer la colecta más divertida.

—Humm —gruñó Mart—. ¿Y qué pasaría si la recompensa para el equipo más diligente no fuese pecuniaria, sino temporal? —preguntó.

Viendo que nadie le había entendido del todo, se apresuró a explicarse.

—Supongamos que el equipo vencedor gana cinco horas al que quede último, tiempo que éste deberá invertir en los trabajos que el ganador designe.

—Me gusta la idea —aseguró Jim—. De ese modo, el premio será de los Bob-Whites para los Bob-Whites.

—No puedo pensar en nada que me pueda hacer trabajar más que el temor de convertirme, durante cinco horas, en esclava de Mart —murmuró Trixie arrugando la nariz.

—Pero hay un problema: ¿cómo vamos a dividir a siete Bob-Whites en equipos nivelados? —preguntó Jim.

—¡Vaya! —refunfuñó Trixie—. Las matemáticas siempre tienen que estropearlo todo.

—Lo mismo que en las notas escolares —bromeó Brian—. Tengo una solución sencilla para ese problema matemático. Durante los próximos cinco días habrá en realidad ocho Bob-Whites… contando con nuestro amigo, el modelo A. Él y yo formaremos un equipo. La sensación que causará a la gente de mi distrito compensará más que sobradamente el hándicap de trabajar solo.

—Honey y yo formaremos otro equipo —dijo Trixie.

—Creo que mis esfuerzos quedarían muy reforzados si contase con la aportación de la pulquérrima señorita Lynch —intervino Mart.

—Eso quiere decir que Dan y yo seremos el otro equipo —dijo Jim—. Me parece muy bien.

—Empecemos cuanto antes —sugirió Trixie entusiasmada. Que Mart llame a Di y Jim vaya a decírselo a Dan; yo subiré a explicar a Honey el plan. Nos reuniremos después de la comida.

—¿Asignamos los distritos ahora? —preguntó Jim.

—Sí —respondió, y brillaron los ojos de Trixie—. Lo mejor es que los elijamos enseguida —examinó el mapa durante un momento —. Éste —indicó con el dedo— es el distrito que elijo.

Se volvió y subió las escaleras corriendo, antes de que los demás pudiesen discutirle la elección. Con un poco de suerte, nadie notaría que en el distrito escogido por ella se encontraba la mayor parte de la Glenwood Avenue.

Honey, Di y Dan se entusiasmaron lo mismo que sus amigos, al conocer el asunto y especular cuál sería el equipo que alcanzaría más donativos. Honey, además, se puso muy nerviosa al contemplar la posibilidad de conseguir alguna pista mientras hacían las visitas.

Nadie pareció notar el detalle, porque no se habló para nada de la inclusión de Glenwood Avenue en el distrito de Trixie y Honey… hasta que las dos chicas se bajaron de la furgoneta para iniciar la recogida.

—¡Buena suerte! —les deseó Jim—. Y recordad que os esperan cinco horas de duro trabajo si perdéis. No os entretengáis buscando el paradero del vagabundo.



Trixie golpeó el suelo con el pie, perpleja.

—¿Ya lo sabías?

—Me lo figuré, antes incluso de que señalases con el dedo este distrito. Lo adiviné al ver cómo te brillaban los ojos: estabas buscando un misterio. Pero también sé que es imposible intentar disuadir a Belden y Wheeler de detectivizar. Por eso os repito:

¡Buena suerte! Pero no perdáis de vista el motivo principal de vuestra estancia aquí.

—Así lo haremos —le aseguró Honey—. No olvidaremos que el hospital cuenta con nosotros para conseguir un poco de dinero con nuestro rastrillo. ¡Y tampoco olvidaremos la triste suerte del equipo perdedor!

—Nada más. Recordad que vengo a recogeros a las cinco.

Las dos chicas asintieron a Jim y Dan, los últimos Bob-Whites que se encaminaban a su distrito.

—No hay que perder tiempo —dijo Trixie mientras se dirigía a la casa más próxima—. Brian salió en el modelo A al mismo tiempo que salíamos en la furgoneta, por lo que es probable que ya haya llamado la atención de la mitad de los habitantes de su distrito. Y como Mart y Di se han bajado antes que nosotras, probablemente ya habrán acabado con la primera casa.

Honey se divirtió con los cálculos de Trixie.

—Tenemos seis días completos para la colecta, Trix —dijo—. No creo que corramos tanto peligro de perder el concurso en los primeros minutos.

Trixie hizo un gesto tímido, y llamó al timbre sin decir nada. Oyeron ruido en el interior de la casa, y unos segundos después se escucharon unos pasos que se aproximaban al otro lado de la puerta.

—¿Sí?

Una mujer de edad mediana, de cabellos grises cuidadosamente peinados, les habló a través de la mirilla.

—Hola —dijo Trixie—: mi nombre es Trixie Belden, y ésta es mi amiga Honey Wheeler. Somos dos de los encargados del rastrillo que se va a celebrar para conseguir fondos destinados al hospital de Sleepyside. Quisiéramos saber si tiene alguna cosa usada de la que quisiera desprenderse, para donarla al rastrillo.

Con gran sorpresa de las dos chicas, la mujer echó atrás la cabeza y se rió.

—Me parece que llegáis en el momento oportuno —les dijo, abriendo la puerta—. Entrad. Mi nombre es Manning, venid conmigo —se presentó la mujer, mientras les indicaba el camino hacia el sótano—. ¿Veis? —preguntó señalando desde el último escalón, una vez abajo, el mayor enmarañamiento de trastos que las

dos niñas habían visto en su vida.

—Soy coleccionista —prosiguió—. He estado pensando deshacerme de este montón de cacharros, perdón, mercancía de segunda mano, hace ya tiempo. Ésta es, pues, la oportunidad que me llueve del cielo. Esta caja contiene ropa de niño en buen uso, si no recuerdo mal. Pero ¿creeríais que mi hijo pequeño está en la escuela? —movió la cabeza, sonriendo de su propio chiste—. También hay algunas de mis adquisiciones en subastas. Lo que se puede comprar por un dólar o dos siempre parece una ganga…, hasta que se lleva a casa y hay que decidir qué se hace con ello.

—Y eso, ¿qué es? —preguntó Trixie, señalando el objeto que la mujer tenía en la mano.

—¡Ah! —exclamó orgullosa ésta—. Se trata de una preciada pieza de coleccionista. Es una cantimplora antigua, una bolsa de lienzo, como veis, con un asa de cuerda para colgarla de la silla de montar. Aquí está el pitorro y el tapón, que aún tiene el corcho original, con una cinta que lo une al cuerpo, para que no se pierda.

—Creía que una cantimplora era un recipiente para llevar agua —dijo Trixie.

—Y lo es —aseguró la mujer.

—Pero ¿no se sale el agua por la lona? —preguntó Trixie perpleja.

—Claro que sí. ¡Eso es lo bueno!

La mujer volvió a reír, ante la expresión de asombro de las chicas.

—Pero no pierde mucho, porque las fibras se hinchan enseguida con la humedad. Pierde un poco, y esa agua que pierde, al evaporarse, actúa como refrigerante. De ese modo, el agua se mantiene fresca, aunque se tenga la cantimplora al sol durante unas horas.

—¡Qué interesante! —exclamó Honey.

—¿Verdad que sí? —exclamó la mujer—. Naturalmente, ahora tenemos todos esos recipientes de plástico. Los termos, que son tan buenos. Pero éstos se usaban aun cuando yo era joven. Por eso no resistí comprarlo cuando lo vi en una subasta. Sólo me costó un dólar —sujetaba la cantimplora por la cuerda que le servía de asa —. Creo que sería más interesante colgarla en una pared, pero nunca encuentro el lugar apropiado para ello y por eso está aquí

con todas las demás cosas.

—Y eso otro que hay ahí, ¿qué es? —preguntó Honey.

—¡Ah! Eso es también una cosa muy interesante —contestó la mujer—. Como es lógico, vosotras no podéis recordar nada anterior a la lavadora automática, pero hubo un tiempo, y no tan lejano, en que las mujeres tenían que lavar en grandes barreños de metal. Éste es el soporte que sujetaba los barreños. Ya veis: nada más que un bastidor de madera. Un barreño, con agua jabonosa, iba aquí. El otro, con agua limpia para aclarar, aquí, y entre ellos el escurridor. La mujer que lavaba hacía pasar la ropa a través del escurridor, para sacarle la mayor cantidad posible de agua jabonosa. ¿Lo veis?, con esta manivela se hacen girar los rodillos.

—¡Si todavía funciona! —se admiró Trixie.

—Bueno, como acabo de deciros, estos aparatos han estado en uso hasta no hace tanto tiempo —le dio a la manivela una vuelta final—. No es tan eficaz como el ciclo de centrifugación de las lavadoras automáticas modernas, ya lo sé, pero en su tiempo cumplieron el trabajo para el que estaban destinados.

«La razón de que lo comprase fue que una amiga mía tenía uno, y lo aprovechaba como soporte para el equipo estereofónico. En este lado tenía el plato del tocadiscos, y el receptor iba en este otro. Es muy divertido y, siempre, un motivo de conversación. Pero por desgracia —añadió la mujer, resignada— mi marido reprobó la idea. Y aquí está».

—A alguien de la subasta tal vez le guste —dijo Honey diplomáticamente—. Podríamos poner un anuncio indicando esa aplicación que acaba de contarnos, para el equipo de música.

La señora Manning asintió con la cabeza.

—Sí, eso podría dar resultado. Tal vez se sacasen algunos dólares más si la gente sabe que puede servir para otra cosa.

Quedó un instante contemplando desolada los chismes allí acumulados.

—No hará falta tener todo listo en este preciso instante, ¿verdad?

—¡Claro que no! —se apresuró a tranquilizarla Trixie—. Incluso nos crearía un problema si lo hiciese. Hemos venido andando. Basta con que nos dé la dirección, ya vendremos más adelante con una furgoneta.

—Entonces, lo tendré preparado esta tarde, a las siete —dijo la mujer.

—También puede esperar un par de días, si lo prefiere —le sugirió Honey.

—Esta tarde a las siete —repitió la señora Manning—. Me siento contenta ante la idea de que sea hoy mismo, y será hoy mismo cuando se lo lleven.

—Estaremos aquí a las siete —prometió Trixie.

Ya en la calle, Trixie no pudo reprimir su contento.

—¡Bravo, Honey! Hemos encontrado una mina. Seguro que hemos avanzado un montón en el concurso.

—No estés tan segura —replicó Honey—. Esa mujer puede tener montones de cosas para dar. O decidir que no puede prescindir de nada. Nunca puedes saber a qué atenerte con un coleccionista. Además, hemos perdido media hora hablando con ella. A este ritmo sólo conseguiremos visitar ocho casas hasta que nos recoja Jim.

Trixie arrugó la nariz.

—Tienes razón, como siempre. De todos modos, esas cosas son enormemente interesantes, ¿no crees?

Honey asintió.

—Por cierto, recuerda que hemos de invertir un montón de tiempo con estos donativos tan interesantes, poniéndoles precios y dejándolos listos para la venta. No podemos enrollarnos demasiado ahora.

—Está bien —reconoció Trixie—. Vamos a la casa siguiente.

Pero allí no contestaba nadie. En la siguiente, el hombre que respondió a la llamada dijo, bastante fríamente, que no tenía nada con que contribuir.

Trixie suspiró mientras se dirigían a otra casa.

—Me parece que la primera intentona ha sido algo así como la suerte del principiante. Y estoy empezando a creer que no vamos a conseguir ningún donativo más.

—¿Por qué no? —repuso Honey en un tono exageradamente optimista—. Sólo llevamos cinco minutos sin haber obtenido una aportación. Tampoco es para tanto.

Trixie bromeó.

—¿Sabes? A pesar de lo que odio llamarme Beatrix, a veces pienso que hay nombres peores: podían haberme llamado Paciencia.

Todavía seguían bromeando, cuando en la puerta de la casa siguiente apareció una mujer bajita y fornida.

Esta vez fue Honey la que habló, presentando a continuación a su amiga. Después expuso el motivo de la visita.

—¡Oh, querida! —repuso la mujer sin dejarla proseguir—. Siendo para una causa tan noble, voy a pensar en algo. ¡Ay! Sí. ¡Esperad un momento! ¿Aceptáis libros?

—Sí —dijo Trixie—. Estoy segura de que se venderán muy bien.

El semblante de la mujer se iluminó.

—Entonces tengo algo que daros. Mis dos hijos ya van a la Universidad, y la última vez que estuvieron de vacaciones hicieron una selección de libros, dejando aparte los que no les harían falta. Están todos en una caja allá abajo. Venid conmigo.

—No podemos llevarlos ahora con nosotros —dijo Trixie. Se volvió a Honey, mientras la señora seguía bajando las escaleras.

—Tenemos que ir con ella —susurró Honey—. De lo contrario se enfadaría. Pero procuraremos no liarnos.

—¡Oh, no; claro que no!

—Bueno, aquí están —indicó la mujer, a la vez que sacaba una caja grande de un cuchitril. La abrió y empezó a mostrarles algunos ejemplares.

—Éstos eran los favoritos de mis hijos. Por eso los compraban, en lugar de sacarlos de la biblioteca.

—¡Mira! —exclamó Trixie—. ¡Una novela de Lucy Radcliffe!

—¡Ah, sí, Lucy Radcliffe! —repitió orgullosa la señora—. Era la favorita de mi hija. No creo que haya una sola novela de ella que no haya leído Beverly.

—También eran esos mis libros favoritos —dijo Trixie— Lucy viajaba por todo el mundo y siempre estaba descubriendo secretos de espías, y metiéndose en terribles peligros.

—Eso exactamente era lo que Beverly decía de estos libros —recordó la mujer—. Y movía los ojos con la misma expresión.

—Puede imaginarse lo nerviosa que me puse cuando conocí al autor —dijo Trixie.

—¿Que conociste a la autora? —exclamó la buena mujer, fascinada—. ¡Oh! Tienes que contarme cómo es. Bev nunca me perdonaría no habértelo preguntado.

—Bueno, como le he dicho, no es autora, sino autor —

puntualizó Trixie—. Se llama Appleton y es un hombre muy agradable y tranquilo, aunque por un instante creí que era un asesino. Lo encontré en un parador de Catskills, adonde habíamos ido…

Honey la interrumpió.

—Nos gustaría contarle todo con pelos y señales en otro momento. Quizá pueda venir al rastrillo y charlar allí con nosotras. Pero ahora tenemos que irnos. Si quiere decirnos una hora, mi hermano vendrá a recoger los libros con una furgoneta.

—Entendido. No quiero reteneros más. Tengo intención de ir al rastrillo y entonces podremos hablar un poco más. Dile a tu hermano que puede venir a recogerlos a cualquier hora, esta tarde.

Las dos muchachas le dieron las gracias y se fueron. Ya en la puerta, Honey volvió la cabeza hacia su amiga, con una expresión de notable desencanto.

—Creo haberte oído decir que nada de enrolle.

Trixie puso cara de circunstancia.

—Me dejé llevar del entusiasmo. De ahora en adelante no diré una palabra más que las estrictamente necesarias —anduvo unos pasos por la acera y de repente volvió sobre sus pasos—. ¡Vaya! Hemos estado diciendo todo lo que no teníamos que decir y, en cambio, no hemos dicho lo que teníamos que decir.

Honey la miró atónita.

—Hemos explicado que estamos recogiendo donativos para el rastrillo, y que Jim vendrá a recogerlos después. ¿Qué más teníamos que haber dicho? Honey: te has olvidado por qué estamos aquí. Quiero decir, la otra razón de que estemos precisamente aquí: el avaro —resumió—. He estado pensando que tenía que soltar esa palabra en todas las casas, para observar la reacción.

—Tienes razón —admitió Honey—. ¿Por qué no podré retener más que una sola cosa en la cabeza? Cuando estaba preocupada por el vagabundo, me olvidé del rastrillo. Ahora que estoy concentrada en los donativos, me olvido de todo lo relacionado con el vagabundo.

—Lo mismo me pasa a mí —se lamentó Trixie—. Bueno, no creo que ninguna de las dos mujeres con quienes hemos hablado hasta ahora tuviesen nada que ocultar. No parecen sospechosas. Pero volveré con Jim esta tarde. Entonces podré soltar esa palabra,

«avaro», a ver qué pasa. De momento, intentaremos acordarnos en las demás casas a las que vayamos.

En la siguiente, abrió la puerta una mujer muy guapa, de pelo rubio.

—¡Maravilloso! —exclamó en cuanto las dos amigas le hablaron del rastrillo—. Mi marido y yo nos hemos casado hace sólo unos meses, pero teníamos un apartamento cada uno desde varios años antes, por lo que ahora tenemos dos aparatos de casi todo: desde tostadores de pan hasta aspiradoras. Bueno, en realidad, de algunos tenemos tres ejemplares, debido a los regalos que nos hicieron. Ese rastrillo supone una oportunidad de contribuir un poco a la mejora de nuestra nueva ciudad y aligerar nuestras pertenencias.

—Bueno, si van a desprenderse de todas esas cosas, creo que no son ustedes lo que se dice unos avaros —dijo Trixie, marcando exageradamente la última palabra.

La mujer la miró con curiosidad.

—No, creo que no —dijo, asombrada, al parecer, del curioso comentario.

—Mañana por la tarde, ¿sería un momento adecuado para venir a recoger su donativo? —preguntó Honey.

—Sí, sería un buen momento —dijo la mujer.

La perplejidad seguía presente en su rostro cuando cerró la puerta.

—Realmente, Trixie —dijo Honey mientras caminaban hacia la casa siguiente—, creo que deberás ser algo más sutil cuando vuelvas a pronunciar la palabra avaro. La gente puede pensar que estamos locas y decidir no darnos nada.

—Muy bien. La próxima vez serás tú quien mencione esa palabra —replicó Trixie.

La puerta de la casa siguiente la abrió una niña de edad aproximada a la de Bobby.

—¡Hola! —dijo Trixie alegremente—. ¿Está en casa tu mamá?

La pequeña asintió muy seria.

—Estamos todos en casa. No nos gusta salir a jugar ni a nada.

Trixie se estremeció.

—¿Has estado enferma? —preguntó.

La niña sacudió la cabeza, sin reír aún.

—Estamos bien. Simplemente no queremos salir; eso es todo. Mi

madre…

Su perorata fue interrumpida por una mujer de aspecto macilento, pero joven.

—¿Puedo ayudarlas en algo? —preguntó con aspereza.

Trixie miró a Honey, que empezó la explicación habitual. Mientras hablaba, la pequeña atravesó la puerta y se agachó sobre la hierba, donde empezó a buscar, según supuso Trixie, algún trébol de cuatro hojas.

—Lo lamento —dijo la mujer, ya más atentamente que antes—. Acabamos de mudarnos a Sleepyside. Tuvimos que seleccionar cuidadosamente todo antes de hacer la mudanza, por lo que realmente no tenemos prácticamente nada para donar.

—Lo comprendo —dijo Honey con tacto—. Nosotros también nos mudamos a Sleepyside no hace tanto tiempo, y recuerdo que mi madre procuraba seleccionar las cosas, para que fuese más fácil embalarlas. Pero papá se empeñaba en cargarlo todo, sin hacer distingos. Mamá se enfadó tanto que le dijo que era un avaro.

Honey había introducido la palabra en la conversación con tanta naturalidad y un tacto tan exquisito, que incluso Trixie se sorprendió al oírla. Pero la reacción de la mujer fue aún más notable. Se puso rígida y concentró su atención en la niña que jugaba en la hierba.

—¡Melisa! ¡Entra ahora mismo! —la niña se levantó y volvió a la casa—. Ya os he dicho que no tenemos nada con que contribuir —insistió la mujer, otra vez con voz antipática.

Y antes de que las dos amigas pudiesen añadir una sola palabra, la puerta se cerró de golpe.

Duro trabajo nocturno • 6

Trixie y Honey notaron la excitación que la palabra había producido en aquella mujer.

—¿Has visto? —comentó Trixie, alteradísima, cuando se alejaron.

—¿Cómo podría haberlo pasado por alto? —respondió Honey en voz baja—. La pobre mujer se ha quedado tiesa.

—Tiene que estar relacionada con el vagabundo —aseguró Trixie.

—Así lo creo —replicó Honey.

—¿Lo crees? ¿Sólo lo crees? ¿Qué otra explicación le encuentras? —se acaloró Trixie.

—Ninguna, pero seguro que si les contamos a Jim y Brian lo que ha pasado, encontrarían algo. Tal vez haya sido el conjunto de mi historia lo que ha molestado a la mujer. Tal vez se haya mudado para estar lejos de un marido que fuese realmente avaro —repuso Honey—. Tal vez no tiene nada que donar porque no quiere desprenderse de nada. Tal vez estuviese deseando dejarlo, para estar lejos de él.



—¿Y qué te parece lo que la niña decía de no salir fuera? ¿Cómo encaja eso? —preguntó Trixie.

—Quizá su marido era tan mala persona que ella se ha marchado de su lado sin decir adónde iba. Quizá está ocultando la niña para que él no la encuentre —respondió Honey.

—¿De veras crees todo eso, Honey Wheeler? —se asombró Trixie.

—No —respondió Honey—. Sabes que casi siempre estoy de acuerdo contigo. Es decir, estoy de acuerdo hasta que preguntamos a Jim, a Brian y a Mart, y lo cuestionan. La teoría de la mujer huyendo es una de las muchas que ellos rechazarían.

—Bueno, creo que las teorías que inventan para demostrarme lo infundadas que resultan las mías, son a veces mucho más forzadas. ¡Bueno!, ya sabes lo que quiero decir —dijo Trixie.

—Perfectamente —respondió Honey, muy seria, sin burlarse del enojo de Trixie—. Supongamos que esta mujer está relacionada de algún modo con la víctima del atropello. ¿Qué podemos hacer

ahora?

—¿Qué? Podemos volver a su casa y decirle que en el hospital de Sleepyside hay un hombre sin identificar que podría ser alguien a quien ella conoce —dijo Trixie.

—¿Y qué pasaría si ella ha huido de veras de alguien? —preguntó Honey—. Le habremos quitado de golpe la tranquilidad, y además no tenemos el nombre de esa persona ni ninguna otra cosa que ayude a identificarlo.

—De acuerdo, de acuerdo —exclamó Trixie—. Pero ¿qué pasaría si fuese alguien por quien ella está preocupada y a quién quiere? ¿Crees que será mejor para ella estar día tras día en una ciudad extraña, sin saber qué le ha ocurrido, ni dónde está, ni nada?

—También eso es cierto —suspiró Honey—. Pero, de todos modos, sabes lo que dirían Jim y Brian: dos personas completamente desconocidas llaman a la puerta de una casa, pidiéndole a su dueña un donativo para un rastrillo. Una de ellas cuenta una larga historia en la que aparece la palabra avaro. La mujer se asombra ante ella, o tal vez ante la historia, o tal vez porque alguien totalmente desconocido está contando su vida sin venir a cuento. Eso no justifica en modo alguno que nos metamos en su vida.

—Pareces el vagabundo —objetó Trixie— recomendándonos que no nos metiésemos en la vida de nadie.

—No es lo mismo —protestó Honey—. Lo que él quería decir es que no aceptemos a nadie, por nuestra seguridad. Yo pienso en lo que podríamos dañar a esa mujer si aparecemos ante ella solamente con una vaga información. Quizá aterrorizarla, hacer que se vaya de la ciudad, incluso poner en peligro su vida, simplemente por el modo en que nos ha parecido que reaccionaba ante una palabra.

—Ya no te pareces al desconocido —reconoció Trixie—. Ahora pareces Jim. ¿Por qué tendrás un hermano tan sensible y sensato?

—Es un hermano maravilloso —dijo Honey—. Y también tú lo encuentras especial.

Trixie enrojeció. Le gustaba Jim, pero eso era algo que procuraba ocultar.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer? —preguntó, en parte para cambiar de conversación.

—Me parece que la observación del sargento Molinson sobre el

atropello también puede aplicarse aquí —contestó Honey—. Tenemos que esperar a que se pueda identificar a la víctima. Sólo entonces podremos empezar a atar cabos. Mientras tanto, lo mejor será que nos demos prisa y consigamos algunos donativos más, hasta que nos recoja Jim. De lo contrario, perderemos el concurso.

—Pues vamos. No tengo ganas de aumentar mis penas como esclava de Mart.

La suerte de las dos amigas en lo que quedaba de tarde no fue ni buena ni mala. En algunas casas no encontraron a nadie, en otras no las dejaron entrar, y en varias les prometieron donativos.

Cuando las recogió la furgoneta a las cinco, Jim, Mart, Dan y Di iban dentro, deseando comentar las peripecias de cada pareja.

—¿Qué tal os ha ido? —preguntó Di en cuanto subieron a la furgoneta.

—Bastante bien, creo —contestó Trixie—. La primera casa que visitamos fue sin duda la mejor. La mujer que vive allí es coleccionista y nos contó historias de casi todo lo que tenía. Nos costó mucho lograr salir del sótano, pero nos prometió tenerlo todo listo para que lo recojamos esta tarde.

—Luego, en otra casa —añadió Honey—, Trixie se volvió a enrollar, y también nos costó lo suyo salir de allí.

—Hay dos clases de personas en el mundo, en mi opinión: los que siempre tienen ganas de hablar con desconocidos y los que no —dijo Jim.

Sus palabras le recordaron a Trixie la mujer macilenta que había reaccionado tan violentamente ante la palabra avaro. Se estremeció, esperando que llegase el momento de contar a los demás Bob-Whites su conversación con la mujer, pero al mismo tiempo sin querer hacerlo. Miró de reojo a Honey, también pensativa, que movió la cabeza de un modo casi imperceptible. Tampoco ella quería líos de momento.

Completamente ajeno al intercambio de señas de las dos chicas, Mart anunció:

—Nuestras consignaciones exceden a las vuestras con mucho, de donde deduzco que también los ingresos han sido mayores.

—¡Oh, Mart! Déjame que lo cuente yo, por favor —pidió Di. Ésta, por lo general, solía impresionarse con el ampuloso vocabulario de Mart, pero en este caso, al parecer, la historia era

tan buena que no quería perderse la oportunidad de contarla, ni estaba dispuesta a necesitar traductores.

—Adelante, Di —la animó Trixie—. Nos encantará escucharte.

—Bueno —empezó Di, con sus ojos violeta encendidos por los nervios del momento—. Lo mismo que vosotras, tuvimos un principio estupendo. En la primera casa que visitamos, la mujer que contestó a la llamada no lo hizo con cara de buenos amigos. Sentí que el estómago se me caía a los pies, porque de veras no es nada divertido andar de puerta en puerta y encontrarte con que te miran con malos ojos, simplemente porque…

—¡Di! —la interrumpió Trixie—. No te vayas por las ramas.

Di se puso un dedo sobre los labios.

—Sí, me parece que me he desviado un poco —dijo—. De todos modos, lo cierto es que la señora no resultó antipática en absoluto. Sólo estaba distraída porque en ese momento tenía otra cosa en que pensar. Cuando al final se enteró de que lo que queríamos era un donativo para el rastrillo del hospital, se llenó su cara con una sonrisa así de grande.

—Veréis. La razón de que se quedase tan sorprendida fue que mañana van a entregarle un mobiliario nuevo, y no sabía qué hacer con el anterior —Di juntó las manos encantada, balanceándose en el asiento al concluir su narración.

—¿Quieres decir que habéis conseguido el mobiliario de una casa en el primer día de recogida? —preguntó Trixie sin querer creer lo que acababa de oír.

—Bueno, no, no exactamente —dijo Di con una mueca de disculpa—. El comedor, por ejemplo, es antiguo y ha decidido que se queda con él. Sólo hemos conseguido el sofá, dos sillones, una mesa de café y otras dos auxiliares para sala de estar; una cama doble y dos juegos de dos gemelas, con calzadoras, chiffoniers y mesillas de noche, como es natural, y…

—¡Vale, vale! —exclamó Trixie—. No puedo resistirlo. Con cada una de las cosas que has ido mencionando, ha caído sobre mí la lenta pero inexorable marcha de un reloj: el que marca las cinco horas de esclavitud que me esperan —dijo, con acento y pose dramáticos, las manos sobre el corazón, hundida en el asiento del coche, y gesto desesperado.

Di sonrió triunfante y enlazó su brazo con el de Mart.

—Somos el equipo vencedor —les dijo.

—Este concurso no se gana en un día —recordó Jim—. Y, como dice un viejo refrán, no se puede vender la piel antes de cazar el oso.

—En ese antiguo adagio subyace la veracidad —contestó Mart pensativo—. Y a pesar de todo me resulta arduo eliminar de mi imaginación ciertas visiones placenteras. Veo rizos rojizos empapados en sudor, mientras el querubín que adornan, con su naricita brillante, empuja una cortadora de hierba… abrillanta cristales hasta que brillen como diamantes…

—¡Naricita! —gritó Trixie. Esta burla le había impedido oír nada más—. ¡Claro! ¡Cómo la tuya es modelo de belleza, Mart Belden…! Me hubiera gustado que el concurso de hoy hubiese consistido en buscar pistas, en vez de buscar dormitorios, ¡a ver quién habría sido el vencedor! Apenas terminó de decir estas palabras, se arrepintió, pero ya era tarde.

—¿Qué pistas? —preguntó Jim.

—¡Nada! —respondió Trixie bruscamente.

—¡Vamos, Trixie! —insistió él—. Si no recuerdo mal, todos damos por sentado que los Bob-Whites son leales entre sí.

—Si tú, Brian y Mart fueseis leales con Honey y conmigo, no estaríais siempre intentando refutar todo lo que decimos —farfulló Trixie, a punto de soltar las lágrimas, debido a sus temores de perder el concurso ante Mart, y a sus pullas—. Siempre que Honey y yo os decimos algo, lo primero que hacéis es intentar demostrarnos que eso no significa absolutamente nada. Por eso, esta vez, chitón.

—Pues haces mal. Te sientes dolida porque nadie se puso inmediatamente de tu parte cuando planteaste lo de que el atropello no había sido accidental —dijo Jim—. Muy bien, no te lo reprocho. No es agradable que alguien dude de lo que nos dice la razón. Y me parece que tampoco voy a reprocharte nada ahora porque no quiero correr el riesgo de que te vuelva a suceder. Si no nos quieres contar nada, allá tú.

Según hablaba, la furgoneta enfiló el paseo de entrada a Crabapple Farm. Jim aparcó y se volvió en el asiento, mirando a Trixie fijamente a los ojos. Y añadió: —Si proyectas algo para confirmar tu teoría, sin decir nada a nadie, reconoce que eso no está bien. Si te metes en algún lío, nadie podría ayudarte.

¿Comprendido?

Trixie se quedó inmóvil, paralizada por la mirada sincera de Jim. Por último, se miró las manos, que tenía cruzadas en el regazo, y asintió.

—Hemos decidido no contar nada a nadie de nuestras sospechas hasta que tengamos más datos, Jim —dijo.

—Muy bien —admitió Jim—. Ahora, dadme la relación de donativos, para ir a recogerlos esta noche con la furgoneta.

Mart y Honey le dieron las direcciones. Trixie siguió mirándose las manos, convencida de que Jim le había echado la bronca pensando en su seguridad. Era cierto, debía admitirlo, que Honey y ella habían actuado por libre, sin decir nada a nadie. Llegó a la conclusión de que Jim tenía razón.

—¿Podría ir esta noche contigo cuando vayas a recoger las cosas? —preguntó tímidamente.

Jim la miró.

—Claro que sí —dijo—. No iría con nadie más a gusto que contigo esta noche. Pero recuerda que tendremos que trabajar de firme, que no vamos al cine —la amenazó con el dedo.

Trixie notó que el nudo del estómago se iba aflojando. Era importante, pensaba, no esquivar a Jim, pues en tal caso aumentaría su enfado y preocupación.

También era muy importante echar otra mirada a la casa de Glenwood Avenue en la que la mujer rubia y la niña parecían vivir escondidas.

La conversación de los Belden a la hora de la cena estuvo completamente absorbida por el rastrillo.

El modelo A llegó poco después de la furgoneta al paseo. Brian, como los demás Bob-Whites, tenía una mezcla de éxitos y fracasos de que informar.

—Si se ganasen puntos para el concurso por llevar gente al rastrillo, ganaría yo con gran ventaja —dijo—. Todos me han hecho preguntas acerca del coche y, cuando he dicho que iba a haber una exposición de coches antiguos a la vez que el rastrillo, todos han asegurado que irán allí sin falta.

Brian se rió entre dientes.

—La otra manera de ser yo el vencedor, con mucho, consistiría en sumar la cantidad de veces que alguien se ha parado junto a mí

en una señal de *stop* y me ha dicho: ¡Cómprate un caballo! Han sido algo así como ciento sesenta y un veces.

—Es una pena que tengas que hacer el trabajo tú solo —dijo Trixie con simpatía.

—Bueno. No tomes muy en serio mis protestas —repuso Brian—. En realidad he conseguido bastantes donativos. Mi mejor donante ha sido una mujer que había celebrado una subasta por su cuenta… ¡el día de la mayor tormenta del año! Como es natural, no asistió nadie, por lo que conservaba en el sótano montones de cosas, muy bien ordenadas, incluso con las etiquetas del precio puestas.

—¡Atiza, Brian! Eso nos plantea un problema en el que no había pensado antes: ¿qué vamos a hacer con las cosas que no se vendan? —preguntó Trixie.

—Pues las entregaremos a alguna institución de caridad —contestó Brian—. De un modo u otro, los que hayan entregado un donativo habrán contribuido a una causa benéfica.

—¿No te hace sentirte mejor? —dijo Trixie, con los ojos brillantes—. No acabo de entender cómo hay gente que no quiere saber nada de su prójimo.

—¿Cómo aquel desconocido? —preguntó Brian a su hermana—. Casi nadie piensa así al principio. Lo que ocurre es que, muchas veces, si una persona sufre una injusticia, esa trágica experiencia le lleva al convencimiento de que gente significa siempre dolor.

—Uno tiene que sentirse muy mal cuando decide marginarse para siempre de los demás —sentenció Trixie.

—De ese modo, se evitan dolor y placer —les aseguró Helen Belden.

—Y evitan reprimendas, a veces duras, de quienes se preocupan por ellos —añadió Mart intencionadamente.

—He cogido la indirecta —exclamó Trixie—. En realidad, eso mismo me dije mientras estábamos en el coche —se levantó y empezó a quitar la mesa—. Creo que eso me ha erigido en clara vencedora en el día de hoy, con independencia de quién esté ganando el concurso.

Hizo una inclinación a Mart y fue hacia la cocina.

Justo cuando fregaron el último plato y lo colocaron en su sitio, la furgoneta de los Bob-Whites entraba por el paseo.

—Voy a salir, mamá —dijo Trixie, secándose las manos y

dejando el paño en su lugar.

Salió por la puerta trasera y subió al coche.

—Estás llena de energía, después de un día tan largo —le dijo Jim, arrancando.

—Estoy impaciente por ver qué es lo que la señora Manning nos va a regalar —aclaró Trixie.

—Espero que no nos deje sin nada —dijo Jim.

—No creo que lo haga —replicó Trixie—. Parecía una señora muy amable. ¡Ah!, hablando de señoras amables, hay una casa en la que no quiero poner los pies, porque si lo hacemos no regresaremos hasta medianoche.

Luego, con brevedad, Trixie le contó a Jim lo de la señora que quería saber todo acerca de la real Lucy Radcliffe.

Jim se rió con ganas ante la curiosidad de la buena mujer.

—Estoy de acuerdo contigo. Lo mejor será que esperes en el coche mientras entro yo. No se me ocurrirá decir que estuve en Catskills cuando encontraste allí a Lucy.

Los dos Bob-Whites siguieron el resto del camino en silencio, y los pensamientos de Trixie volvieron a la mujer que, estaba segura, tenía algo que ver con el hombre atropellado. Jim se acercó al primer bloque que Trixie y Honey habían recorrido aquella mañana.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Jim, a la vez que aminoraba la marcha.

—¿Qué? —Trixie volvió su atención al coche—. ¡Ay, Jim! Lo siento. La señora Manning vive allí abajo, en la esquina. Puedes dar la vuelta aquí, en este aparcamiento.

—Que pertenece a la casa que realmente querrías visitar —adivinó Jim.

Trixie se puso colorada, sintiéndose descubierta.

—No tienes que explicarme nada —añadió Jim—. Ya te lo dije esta mañana y lo mantengo.

Se detuvo un momento en la entrada y observó la casa. Comentó:

—Se diría que no vive nadie en ella. Las cortinas están cerradas. No hay luces en ninguna parte, ni se ve tampoco ninguna herramienta, ni bicis, ni juguetes en la hierba.

—En eso estaba pensando precisamente, Jim —dijo Trixie—. Recordaba que las cortinas ya estaban echadas esta tarde. Piensa lo

lúgubre que tiene que ser el interior. ¡Pobre niña!

Jim miró a Trixie con curiosidad, pero, fiel a su palabra, no le hizo pregunta alguna. Dio la vuelta con el coche y reanudó la marcha.

—Tenemos que ir a la casa de la esquina, ¿no es eso?

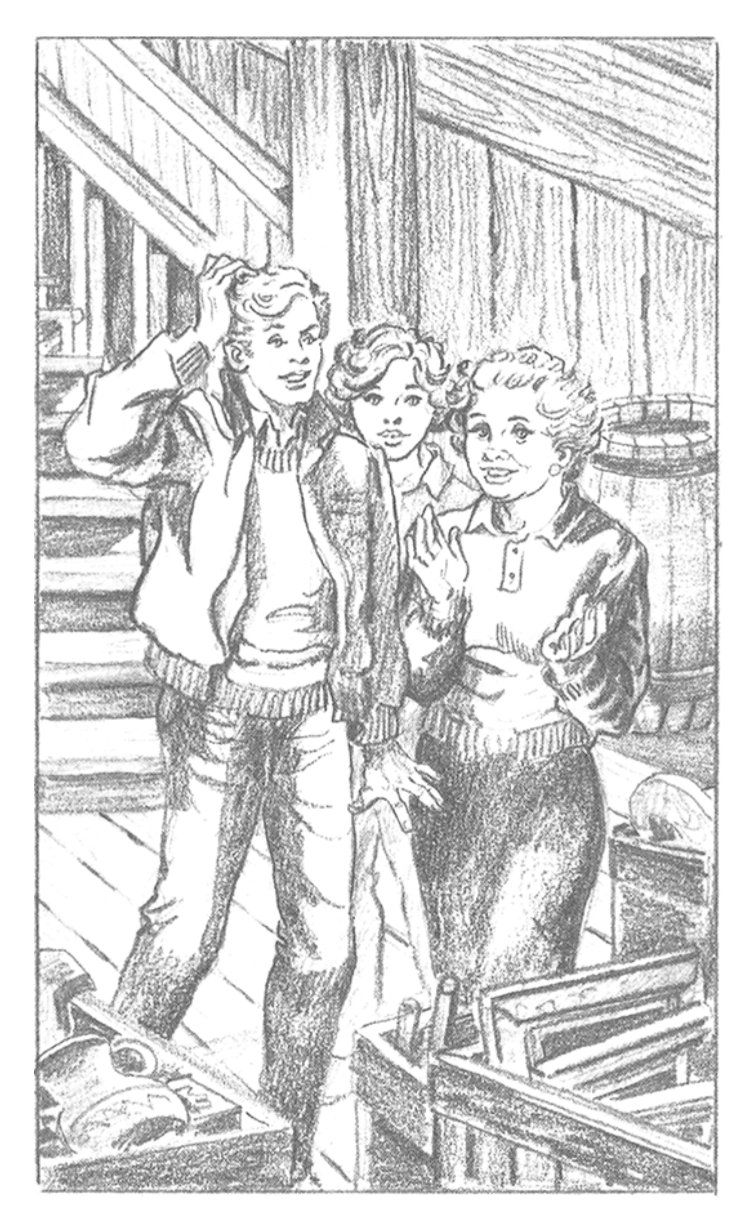
La señora Manning ya tenía la puerta abierta antes que los Bob-Whites descendieran del coche.

—¡Espero que os sintáis orgullosos de mí! —gritó mientras subían hacia la casa—. ¡Me gusta hacer honor a mi palabra! ¡Aquí está todo!

Los llevó al sótano y señaló una enorme pila en un rincón.

—¡Aquí está todo! —repitió, extendiendo un brazo como para abarcar el montón.

—Ya veo…, aquí está —asintió Jim, yendo hacia allí. Cogió una caja, de la que sobresalía un trozo de madera añosa.



—Es una canga —aclaró la señora Manning, posando una mano sobre la madera—. En principio estuvo destinada a uncir dos caballos, pero ahora creo que resultaría encantadora para colgar en la pared una alfombra o una colcha. Me gustaría tener una pared lo suficientemente grande.

Dejó la canga con pena y Jim sacó la caja del sótano.

Trixie recogió una caja llena de molduras de cuadros.

—Eso fue una verdadera ganga —se apresuró a contar la señora Manning—. Adquirí todo el lote en una subasta por dos dólares. Algunas de las molduras son realmente encantadoras, y su precio hoy día es respetable. Claro, que hay que tener un cuadro que encaje perfectamente con la moldura; y como son tan antiguas, los tamaños resultan bastante infrecuentes.

—Estoy segura de que alguien se alegrará de encontrarlas —aseguró Trixie.

Ella y Jim hicieron varios viajes, llevando en cada uno algo que la señora Manning había encontrado casi, pero no del todo, adecuado para algún uso particular.

Terminado el acarreo de los bultos, la furgoneta quedó casi llena.

—Espero que no tengáis que recoger demasiados regalos esta noche —dijo la señora Manning.

—Me temo que sí —repuso Jim—. Tendremos que hacer un viaje a casa para dejar las cosas y volver. Hay más trabajo de lo que me había imaginado.

—Bueno, podemos dejar aquella caja de libros —sugirió Trixie.

—¡Ah! ¿Os ha dado Glenda Maurer los libros que sus chicos desecharon después de las vacaciones? —preguntó la señora Manning.

—¿Cómo? ¡Sí! Bueno… creo que sí. Supongo que será la señora Maurer. Vive en la tercera casa, bajando —dijo Trixie.

La señora Manning asintió.

—Sí, es Glenda. Me dijo la semana pasada que tenía que llamar a alguien para lo de los libros. Vuestra llegada no ha podido ser más oportuna.

—Parece que los vecinos del barrio se tratan bastante —dijo Jim.

—¡Oh, sí! —le contestó la señora Manning—. La mayoría llevamos muchos años viviendo aquí. Todos tenemos hijos casi de la misma edad, y han jugado juntos mientras crecían. Incluso hemos establecido turnos para cuidar de los niños.

—De todos modos, hay una casa que no parece encajar en esa descripción —dijo Jim.

—Yo aseguraría que son dos —puntualizó la señora Manning—.

Están los Green, una pareja joven, que acaban de mudarse junto a los Maurer. Son recién casados y no tienen mucho en común con nosotros, que somos mayores. Pero de todos modos son una pareja muy agradable. Y después están los vecinos de los Green —el tono de la señora Manning adquirió un tinte de reproche—. Desde luego, también serán gente agradable, supongo. Pero desde luego no se dejan ver mucho. Tienen las cortinas corridas de día y de noche. Nunca he visto a nadie que entre allí o que salga. Ni siquiera sé a ciencia cierta cuántas personas viven allí. Es todo muy misterioso: eso es lo único que puedo decir.

—Bueno, me parece que eso pasa en todos lados. Siempre hay alguien que da la nota —dijo Jim sin darle importancia—. Muchas gracias por su donativo, señora Manning —añadió conforme Trixie y él se dirigían hacia el coche—. Espero poder verla en la venta.

—Me gustaría ir, pero no sé si podré. Y, además, seguramente compraría más de lo que he dado —se rió de su broma, dijo adiós y entró en su casa.

—Muy bien. La próxima parada será en casa de la señora Maurer, supongo —dijo Jim, al tiempo que giraba la llave de contacto.

Trixie lo miró agradecida. Jim se las había ingeniado para obtener más información sobre aquella extraña casa; pero no había insistido para que le dijese nada.

Aquello resultaba confortante. De modo que las opiniones de la señora Manning sobre sus vecinos confirmaban la de Trixie.

Es todo muy misterioso: eso es lo único que puedo decir, había asegurado la señora Manning.

Y yo también —pensó Trixie.

Una visita a la víctima • 7

Durante las horas siguientes, Trixie estuvo excesivamente ocupada para poder pensar en el misterio. Jim y ella cargaron la furgoneta con cientos de objetos de los donantes. Hicieron tres viajes al local del club para depositar allí los objetos recogidos y volvieron a visitar otras casas para seguir la labor.

A las diez, hecha ya la última parada, exhaustos y con la cara congestionada por el esfuerzo, terminaron. Jim se sentía preocupado.

—Esto se nos va de las manos —dijo—. Nuestro plan primitivo era colocar algunos anuncios y esperar a que nos llamase la gente. Ahora vamos de puerta en puerta, y eso multiplica los donativos y las recogidas. No sé cómo acabará todo esto.

—Pero no podemos abandonar el rastrillo ahora —se quejó Trixie.

—Ni se me ha pasado por la cabeza —le dijo Jim—. Pero tendremos que replantearnos el rastrillo.

—¿Cómo? —preguntó Trixie.

—De momento, cuando vayamos de puerta en puerta, de ahora en adelante, podemos preguntar si alguien puede llevar sus donativos. En caso de que se muestren poco dispuestos, nos presentaríamos a recogerlos. No debemos despreciar donativos, después de todo. Creo que bastante gente estará dispuesta a ayudarnos.

—Eso nos ahorraría una gran cantidad de trabajo, en efecto —reconoció Trixie—, pero, Jim, no podemos decirles dónde está nuestro club. Siempre lo hemos mantenido en secreto.

Jim asintió.

—Ya lo había pensado —dijo—. En realidad, sólo necesitamos un lugar donde amontonar las cosas. Pero no tiene por qué ser el

club. ¿Qué va a pasar, por ejemplo, con todo el mobiliario que ha conseguido Mart? En el club ya no cabe ni un sofá, y eso sin contar con las demás cosas que Di mencionó.

—¡Atiza! Lo había olvidado. ¿Y qué vamos a hacer, Jim? —preguntó Trixie.

—Mañana empezaremos a trazar otro plan —contestó Jim—. Tiene que haber algún lugar bien situado y de capacidad suficiente para almacenar las cosas que vayamos recogiendo, y permanecer abierto unas horas para que los donantes puedan llevar allí sus regalos. Cuéntaselo a Brian y Mart cuando llegues a casa. Díselo también a tus padres. Cuanta más gente tengamos buscando sitio, más fácil será encontrarlo. Necesitamos una buena solución, y pronto.

—Alertaré a mi familia —prometió Trixie, suspirando—. Ánimo, ya sólo nos falta un desembarco esta noche.

—Nada de eso —objetó Jim—. No tenemos que descargar nada más. Yo estoy a punto de caerme y tú también pareces agotada. No creo que se estropeen esas cosas por dejarlas en el coche toda la noche; y, por otro lado, si vamos a buscar otro local para almacenar los donativos, sería tonto llevarlas al club ahora.

—Bien pensado —dijo Trixie dando un suspiro de alivio—. Aunque no sea una idea perfectamente perfecta, como dice Honey, estoy excesivamente cansada para rebatirla.

Cuando Jim entró en el paseo de Crabapple Farm, a Trixie le faltó tiempo para abrir la puerta del coche, despedirse de Jim e irse directamente a la cama.

A las ocho de la mañana del día siguiente, la señora Belden llamó en la puerta del dormitorio de Trixie y dijo:

—Será mejor que te levantes. Tienes que presentarte en el hospital antes de media hora.

Trixie se incorporó y estiró las manos sobre la cabeza, pero se quedó a mitad de camino, porque los músculos le dolían lo suyo. Gimió y volvió a tenderse en la cama, recordando los viajes que había realizado desde los sótanos de las casas hasta la furgoneta de los Bob-Whites.

—Por lo menos no hay posibilidad de que se me olvide decir a mi familia que necesitamos otro sitio para guardar los donativos —se dijo—. Cada movimiento que haga lo recordaré.

Salió de la cama, se vistió despacio y bajó a desayunar.

—Buenos días, Trixie —dijo Brian, mirándola, ya servido su plato de huevos con bacon, mientras ella se sentaba a la mesa—. ¿Cómo os fue anoche?

Trixie contó lo sucedido y expuso a su familia la idea de Jim de guardar los objetos recogidos.

—¿Crees que la gente llevaría directamente las cosas al gimnasio de la escuela, puesto que va a ser allí la venta? —preguntó Brian.

El padre de los Belden movió la cabeza negativamente.

—Lo dudo, Brian. Además, tendría que ponerse vigilancia todos estos días en la escuela, y eso es caro, se llevaría la mayor parte de los ingresos que podáis conseguir. Tiene que haber otro sitio que cumpla las condiciones necesarias. Lo pensaremos, a ver qué se nos ocurre.

—No creo que pueda pensar en nada —dijo Trixie—. Me parece que estoy demasiado cansada para pensar.

—Circunstancia ésta no tan inconcebible como podría pensarse —objetó Mart.

Trixie se sentía demasiado fatigada para contestar a la pulla de su hermano.

—Espero que no me toquen trabajos muy movidos en el hospital. Me siento capaz de leer algún cuento a un niño… si las páginas no pesan demasiado.

—No te olvides de averiguar lo que puedas del vagabundo atropellado —le recordó Brian.

—Todavía no estoy tan cansada como para olvidarlo —aseguró Trixie—. Ya os contaré cuando regrese.

—En compensación por ello y por el duro trabajo de anoche, estoy dispuesto a ofrecerte un viaje hasta el hospital en el vehículo que prefieras —dijo Brian—. ¿Eliges el modelo A o mi raudo bólido?

—Es difícil elegir —bromeó Trixie—. Me iré en el que tenga menos probabilidades de dejarnos tirados en el camino.

—Entonces, vamos en mi bólido. No es que se vaya a averiar menos, es que seguramente sabré arreglarlo mejor cuando se estropee. ¿Estás lista, Trixie?

Ella bebió lo que quedaba del zumo de naranja y se levantó.

—Vamos —dijo finalmente.

En el hospital, Trixie se presentó a la directora de voluntarios, señorita Lee, que la miró de arriba abajo.

—Tenemos pacientes que presentan mejor aspecto que tú, Trixie —le dijo—. ¿Te sientes bien?

Trixie asintió y le contó a la señorita Lee el trabajo de la noche anterior.

—El hospital necesita voluntarios, no más pacientes —bromeó Lee—. Creo que lo mejor es que hoy tengas algún trabajo tranquilo.

—Nada me agradaría más.

—¿Por qué no vas al pabellón de niños y les lees cuentos durante un rato? —dijo Lee—. ¿O prefieres otra cosa?

—En efecto —dijo Trixie. Y le contó a la señorita Lee su relación con el hombre atropellado dos noches antes.

—Me gustaría saber cómo está.

—Muy bien —aceptó Lee—. En realidad, puede ser de gran ayuda que lo visites. Está consciente desde esta mañana temprano y ha rehusado decir una palabra a nadie. Todavía no sabemos nada de él. Tal vez se avenga a hablar contigo, ya que ayudaste a salvarle la vida. También es importante que le distraigas un poco; eso, indudablemente, ayudará a su recuperación.

Trixie sonrió a la señorita Lee.

—También ayudará a la mía. ¡Gracias!

Fue a la habitación del desconocido y llamó a la puerta, aunque estaba abierta, antes de entrar. Ya dentro, lo encontró en la cama, con la cabeza cubierta de vendajes.

El hombre la miró con hostilidad.

—¿Qué quiere usted? —gruñó.

—Soy Trixie Belden —le contestó—. Mis amigos y yo queríamos saber cómo se encuentra.

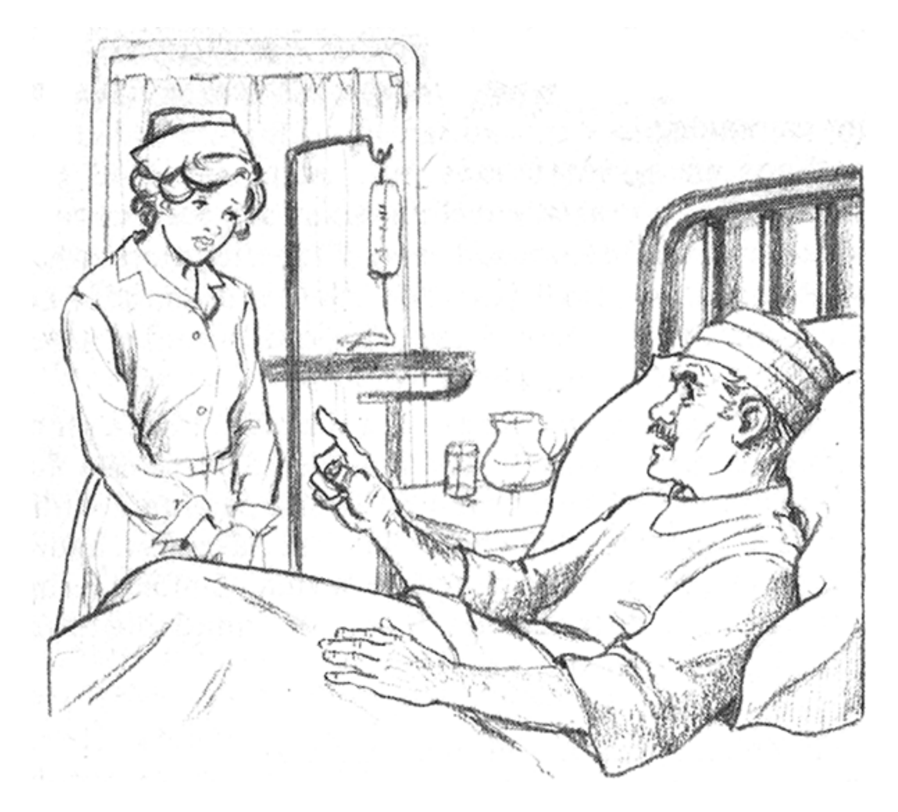
—¿Qué amigos? —preguntó el hombre—. ¿Cómo me conocen? ¿Quién les ha dicho que estoy aquí?

—¿No recuerda? —preguntó Trixie a su vez—. La noche del accidente…

—Si recordase, no habría preguntado —contestó el hombre hoscamente.

Trixie se quedó mirando las vendas que envolvían la cabeza del desconocido. Recordó a Juliana Maasden, que también había sufrido un accidente: el mismo, un atropello. Desde entonces,

Juliana era incapaz de recordar nada, ni siquiera su nombre. Aquello ocurría a veces, cuando se producían traumatismos en la cabeza, según dijo el doctor a los Bob-Whites.



—Un poco antes del accidente, usted se paró, para ayudarnos a arreglar nuestro coche…, un modelo A. Después, usted…, nosotros…

Trixie se aturullaba.

—Estábamos allí cuando…

—¿Vieron ustedes cómo me atropellaron?

Trixie asintió en silencio.

—Dígame algo de ustedes —dijo él—. Según parece, me salvaron la vida tapándome con sus chaquetas, llamando una ambulancia y esperando allí hasta que llegó.

—Bueno, estábamos preocupados por haber puesto en peligro su vida —confesó Trixie—. Quiero decir, que si usted no se hubiese parado a ayudarnos…

—La decisión fue mía, no suya —repuso el hombre con frialdad —. ¿Y dice que era un modelo A?

Trixie asintió.

—Había algo mal en el carburador y usted lo arregló.

El hombre se revolvió en la almohada y miró al techo.

—Una vez tuve un modelo A —dijo—. Lo compré por cincuenta dólares cuando eran coches en uso, no antigüedades. Lo revisé a conciencia, durante un año, y llegué a conocerlo al dedillo, por dentro y por fuera. Eso fue lo que me animó a empezar con… —se calló de repente y echó una mirada nerviosa a Trixie—. No es extraño, pues, que recordase todavía cómo se arreglan esos coches.

—Hizo usted una buena acción —le aseguró Trixie—. No sabíamos qué hacer, y creo que aún seguiríamos allí si no hubiese sido por usted.

—¿Y cómo es que tenéis un modelo A a estas alturas? —preguntó el desconocido—. Son muy raros ahora.

—En realidad no es nuestro —explicó Trixie—. Es un donativo para un rastrillo que vamos a celebrar, a beneficio del hospital. El señor Burnside, que es el dueño del depósito de madera de Sleepyside, lo donó. Pensó que con él podríamos llamar la atención, paseándonos por la ciudad, haciendo propaganda.

—Y seguro que lo conseguís —dijo el desconocido—. Ayudará a conseguir mucho dinero para el hospital.

—¿No es estupendo? No podíamos creerlo cuando el señor Burnside decidió regalárnoslo —se entusiasmó Trixie—. Todavía no entiendo cómo pudo deshacerse de él; bueno, había comprado un Stanley Steamer y creía que era mejor, supongo.

—¿Un Stanley? —exclamó el hombre, mudando en una sonrisa su hosco gesto anterior—. Sin transmisión, válvula infinita, ¡qué máquina! Nunca pudo saberse con exactitud qué velocidad podía alcanzar. El Stanley fue diseñado por dos hermanos gemelos, F. E. y F. O. Stanley. Antes de interesarse por los coches, ya habían triunfado como inventores: fueron los primeros en fabricar violines en serie. También inventaron los primeros negativos fotográficos empaquetados.

«Después, hacia mil ochocientos noventa y siete, fueron a una feria del condado e hicieron una demostración de un nuevo vehículo sin caballos. El artilugio se estropeó antes de dar la

primera vuelta al campo de la feria. Los Stanley se empeñaron en mejorarlo… ¡y lo consiguieron!».

«Además se lo pasaban en grande con su invento. Una de sus bromas favoritas era salir a la carretera primero uno y después otro, con algunos minutos de intervalo, en dos coches iguales. Un policía amenazaba al primero con ponerle una multa por exceso de velocidad, y poco después se quedaba atónito al ver aparecer al que creía el mismo hombre en el mismo coche».

Trixie se rió, pensando en el asombro del policía.

—Al parecer, fueron hombres interesantes —dijo—. Creía que los inventores eran gente aburrida, sosa.

El hombre herido echó a Trixie una mirada extraña.

—¿Eso creías? Pues los hermanos Stanley, por lo menos, eran todo lo contrario.

—¿Y qué ocurrió después con ellos? —preguntó Trixie.

El gesto del hombre volvió a ensombrecerse.

—Fueron engañados por negociantes —dijo—. Si hubiésemos de generalizar sobre los inventores, podríamos decir que han sido gente con sentido del humor, pero también que siempre fueron engañados.

«En el caso de los Stanley, un par de tipos empezó a atosigarlos para que les vendiesen la patente a la Steamer. F. E. y F. O. no querían hacerlo, y para quitárselos de encima pidieron por ella una cantidad que entonces les pareció astronómica: doscientos cincuenta mil dólares. Los dos tipos les entregaron un cheque y los Stanley quedaron fuera del negocio. Entonces volvieron a su actividad, pero sus mejores momentos como inventores ya habían pasado».

—Eso es terrible —se indignó Trixie—. ¡De lo que eran capaces aquellos dos hombres! ¡Podrían haber inventado un coche que recorriese miles de kilómetros con cinco litros de gasolina, sin contaminar el aire y todas esas cosas!

—Quizá sí —repuso el hombre—. Sin duda, los Stanley eran los coches mejor diseñados. Pero tenían algunos problemas. Los depósitos de agua solían helarse en el invierno, y, una vez que la gente se acostumbró a la idea de un vehículo sin caballos, quería uno que sólo hubiese que montarlo y salir corriendo, sin ocurrírsele por un momento que debía esperar a que se calentasen los caballos.

Seguro que los Stanley habrían resuelto estos problemas, de no haber sido echados de su propia empresa.

Trixie observó la amarga expresión del desconocido, y pensó: *Parece que te ha sucedido a ti, en vez de a los Stanley*. Después dijo en voz alta:

—La otra noche nos dijo que los coches habían sido su pasión. Ahora veo lo ciertas que eran sus palabras.

El hombre se sorprendió más aún.

—¿Dije eso? ¿Y qué más dije?

—Pues, nada —respondió Trixie, y después, observando su expresión, añadió—: Bueno, preguntó dónde estaba Glenwood Avenue.

—Glenwood Avenue —repitió el hombre—. ¿Pregunté dónde estaba Glenwood Avenue?

Trixie movió la cabeza. Después calló, al intuir la posible razón del abatimiento del desconocido.

—¿Tampoco recuerda adónde iba aquella noche? —preguntó—. Debería haber pensado en eso. Verá. Una vez conocí a una persona que tuvo amnesia después de un accidente parecido al suyo.

—Amnesia —repitió el hombre lentamente—. Sí, supongo que es eso lo que tengo. No recuerdo nada de estos últimos días.

—Bueno, tampoco tiene que preocuparse mucho por eso —le tranquilizó Trixie—. Estoy segura de que recuperará la memoria. Juliana, es decir, mi amiga la de la amnesia, no podía acordarse de nada. Pero luego recuperó la memoria del todo, y espero que le suceda a usted lo mismo.

—Sí, estoy seguro de que ocurrirá así —dijo el hombre con un tono de voz poco amistoso.

—De todos modos, hay probabilidades de que sepa pronto su nombre, aunque no lo recuerde. El sargento Molinson nos ha dicho que tomó una serie de huellas digitales de usted cuando estaba inconsciente, y las ha pasado al
FBI
. Si es usted funcionario de Defensa o un alto cargo o algo así, sus huellas estarán en el archivo.

Trixie evitó cuidadosamente mencionar que las acciones criminales también son un motivo para que el
FBI

tuviese sus huellas. Pero el desconocido sí pensó en esa posibilidad.

—¿Entonces se han pensado que soy un maleante, simplemente porque no llevaba en el bolsillo una ristra de tarjetas de crédito a mi nombre?

—Nadie supuso… —empezó Trixie.

—Yo sé cómo funcionan las mentes de las personas. Si no tienes un aspecto elegante, eres peligroso. Por eso estoy sorprendido de que estés en el mismo cuarto que yo, jovencita. No he llegado embutido en un traje de tres piezas, con lazo de pajarita. Ni siquiera tengo referencias de mi banquero, ni cartas de presentación, ni nada.

—Yo no… —empezó otra vez Trixie.

—¡No importa! —gritó el desconocido—. Vas a decirme que no eres como los demás. ¡Juzgáis a la gente por lo que parece! ¡Puaf! Eres como todos los demás, no me gustas. Y ahora, ¡vete!

La voz del hombre había ido subiendo de tono hasta convertirse en un alarido, y Trixie sintió miedo de que pudiese empeorar su estado si no se marchaba, así que salió a toda prisa de la habitación.

Ya en el vestíbulo, la muchacha se apoyó en la pared e intentó ordenar sus pensamientos. El desconocido —era evidente— recordaba algo…, algo acerca de cómo había sido tratado por la gente en el pasado. Pensó en lo que les dijo la noche del accidente a propósito de no ayudar a nadie. También pensó en lo que su hermano comentó el día anterior sobre la gente hundida por otra gente y que decide apartarse de los demás, por resentimiento.

Comprendió que nunca se atrevería a preguntarle por el avaro. *No me extrañaría que el avaro le hubiese despojado de algo. Tal vez por eso odia tanto a las personas*.

Entonces le vino súbitamente un pensamiento que le hizo estremecerse: *Me pregunto si el avaro no será una mujer*.

Vandalismo • 8

Trixie terminó su mañana en el hospital en un estado que era una mezcla de confusión, causada por la conversación con el accidentado, y de fatiga. Cuando fue Brian a recogerla, estaba tan metida en sus pensamientos que no se enteró cuando tocó el claxon.

—¿Has estado durmiendo de pie toda la mañana o sólo los últimos tres minutos? —preguntó en broma Brian, cuando ella subió al coche.

—Casi toda la mañana —admitió Trixie humildemente.

Brian se rió.

—Cuando llamé a Jim a las diez, acababa de levantarse. Intentaba parecer despierto y despabilado, fue divertido.

—Me lo imagino —aseguró Trixie—. Me cuesta pasar las páginas de un tebeo. Descolgar el teléfono debe ser algo así como agonizar.

—Bueno, al menos lo que le dije ha sido un descanso para su mente, ya que no para sus doloridos músculos. Hay noticias que también te gustará oír —dijo Brian.

—¿Qué es? —preguntó Trixie impaciente—. ¡Ah! ¿Habéis resuelto el problema de la recogida de los donativos? ¿Cómo? Quiero decir, ¿dónde?; o sea, ¿cuál ha sido la solución?

—Me gustaría decírtelo —contestó Brian—, pero no puedo. El cerebro ha sido Mart, y está muy orgulloso de ello, por lo que nunca me perdonaría que te lo contara. Le he prometido que tendría la boca cerrada hasta que llegásemos a casa.

—¡Oh! —refunfuñó Trixie, dejándose caer contra el respaldo del asiento del coche—. Pensé que conocer esas noticias iba a relajarme. Pero escuchar la perorata de Mart es lo único que me falta. Probablemente pasará de su solución a su teoría de que es el claro vencedor del concurso. Sólo pensar que voy a tener que trabajar cinco horas al servicio de Mart me agota.

Pero, ante la sorpresa de Trixie, Mart fue modesto al hablar de su solución.

—En realidad, no ha sido nada —dijo, mientras se servía una buena ración de patatas fritas para acompañar a su monumental sándwich—. Lo único que hice fue revisar los criterios: se trataba de hallar un lugar céntrico y abierto al público, que tuviese mucho espacio y fuese propiedad o regido por alguien simpatizante de nuestra causa. Naturalmente…

—¡El almacén de madera! —exclamó Trixie—. El señor Burnside nos va a dejar almacenar los donativos en una de sus naves, ¿no?

La cara de Mart empezó a ponerse del color de las nubes de tormenta.

—¿Podría conseguirse que la lucidez oral se tradujese en respeto del derecho a terminar lo empezado? —preguntó frunciendo el ceño.

Trixie pidió disculpas humildemente.

—Es que he tenido que esperar a saberlo hasta que he llegado a casa, Mart. Lamento haber perdido la paciencia. Cuéntamelo todo.

—En realidad no hay nada más que contar —repuso Mart—. Está claro que el cerebro de chorlito habría llegado a la misma conclusión de que el almacén de maderas era el lugar ideal. Simplemente, llamamos al señor Burnside y casi antes de exponerle el problema, nos ofreció uno de sus almacenes.

—El resto de la mañana lo hemos empleado en recorrer las casas que nos habían prometido donativos —añadió Brian—. Les explicamos que hemos recibido tantos que nos resultaba prácticamente imposible pasar a recogerlos todos. Los que tuvieran coche podrían llevarlos allí. Hubo dos mujeres mayores que necesitaban recurrir a otros, por lo que nosotros mismos recogimos sus donativos y los llevamos al señor Burnside.

—Como veis, es la solución ideal, Mart —dijo Trixie—, al menos por el momento. Todavía tenemos que resolver los viajes desde el almacén hasta la escuela la mañana de la venta.

—El señor Burnside también nos ha resuelto esa papeleta —agregó Brian—. Nos dejará dos camiones, junto con sus conductores. Así, llevaremos los bultos en un par de horas.

—Entonces, todo arreglado —dijo Trixie—. Me alegra que algunos Bob-Whites hayan triunfado esta mañana.

—O sea, que no has conseguido aclararte con el vagabundo —adivinó Mart, esperando oír las noticias de Trixie, por lo menos con la misma curiosidad con que ella escuchó las suyas.

—Está mejor del golpe, pero es francamente hostil —respondió Trixie—. Pude hablar con él durante un rato.

—Pues no habrá sido tan hostil, si has podido hablar un rato con él —se extrañó Helen Belden.

—No era hostil respecto a mí. Odia al mundo en general. Está lo mismo que la noche del accidente, cuando nos ayudó a reparar la avería del coche y a continuación nos recomendó que no ayudásemos nunca a nadie —explicó Trixie.

—Me pregunto si no habrá un idealista debajo de esa capa de antipatía —murmuró Brian—. El señor Maypenny también es así: aparenta ser muy duro, pero en realidad está dispuesto a lo que haga falta, si alguien lo necesita.

—Eso es cierto… respecto al señor Maypenny, quiero decir —dijo Trixie. Sonrió al pensar en el guarda de los Wheeler, el viejo que vivía en aquella parcela de tierra ya mucho antes de que el señor Wheeler comprase terrenos a su alrededor para implantar una reserva de caza, y que había accedido a trabajar, casi gratis, patrullando la zona en busca de posibles furtivos, animales heridos y fuegos. También había estado de acuerdo en que su ayudante fuese Dan Mangan, pretendiendo hacer creer con ello que el chico no era más que un obrero, pero dándole realmente el calor de un hogar que nunca antes había conocido.

—Pero ese hombre no es como él —continuó Trixie—. El señor Maypenny es gruñón por la fuerza de la costumbre. Ha estado solo tanto tiempo que no tiene ganas de hablar con la gente. El desconocido parece estar enfadado de veras por algo.

—Y hablando de la fuerza de la costumbre, ¿por qué sigues llamándole «el desconocido»? Después de haber hablado con él esta mañana, no creo que sigas ignorando su nombre —dijo Brian.

—Bueno, no creo que lo recuerde —contestó Trixie a su hermano.

—No crees que lo recuerde, ¿por qué? —dijo Brian impaciente.

—No recordaba nada. Ni se acordaba de mí, ni del modelo A, ni de Glenwood Avenue. Pero tampoco tuve ocasión de preguntarle su nombre —admitió Trixie, nerviosa.

—Probablemente haya sido mejor así —admitió Brian—. El no recordarlo era lo que más molestaba a Juliana.

Trixie asintió.

—Me vino a la cabeza Juliana en cuanto supe que el hombre no recordaba el accidente. Me dio pena, porque sé lo mal que se sentía Juliana con su amnesia. Pero me tranquilicé después, al recordar que Juliana recuperó la memoria. Y se lo dije a aquel hombre.

—Espero que recuerde tus palabras de consuelo —dijo Brian en broma.

—Sí; se sentirá mejor si recuerda que yo le he recordado que Juliana lo recordó todo al final —comentó Trixie, siguiendo la broma.

—No olvidéis recordarle que se acuerde de ello, si se le olvida —añadió Mart.

—Tú lo olvidarás —le atacó Trixie, recogiendo dos rizos de su pelo y apartándoselos de la cara—. Estoy tan cansada que podría no recordar mi nombre hasta mañana después del desayuno.

—¿Te gustaría que pusiéramos una nota en tu camisa? —dijo Brian—. Podríamos escribir tu nombre y dirección. De ese modo, si te olvidas en algún momento, o te pierdes recogiendo donativos esta tarde, y no recuerdas quién eres, te devolverían a Crabapple Farm.

—Creo que eso sería pedir demasiado a nuestros posibles donantes —añadió Mart—. Bastaría con decirles que llevasen a nuestra sibila al almacén, junto con el resto de los cachivaches.

—¡Oh, no! —gimió Trixie—. No me digáis que pensáis pasar la tarde pidiendo donativos.

—Yo, por mi parte, estaría más que dispuesto a acceder a tu súplica —dijo Mart—. No diré una palabra de nuestra decisión, aunque con ello me quede, por defecto ajeno, a la cabeza del concurso.

—En ese caso —dijo Trixie—, yo sería la perjudicada. ¿Cuándo nos marchamos?

Brian consultó el reloj.

—Jim dijo que vendría en la furgoneta, junto con Honey, Di y Dan, dentro de quince minutos.

Suspirando, Trixie se levantó de la mesa.

—No es mucho. Tengo el tiempo justo para cambiarme de ropa.

Se volvió y fue andando lentamente hacia las escaleras que conducían a su habitación.

Aquella tarde Trixie quedó muy agradecida a Honey por su esfuerzo y comprensión, mientras iban de casa en casa. Trixie sólo caminaba junto a ella, esforzándose en sonreír cuando alguien abría la puerta. Honey hacía el resto.

Al principio, Trixie intentó llevar un control de quiénes donaban cosas para la venta, quiénes podían llevarlas al almacén y quiénes no podían. Pero pronto se dio cuenta de que mezclaba los números de las casas y olvidaba, nada más pisar la acera, en qué categoría encajaba el último donante. Finalmente fue Honey quien tuvo que hacerse cargo también de anotarlo todo.

—Aunque no perdamos el concurso, te debo cinco horas de trabajo —decía Trixie a Honey, una vez terminada la tarea, mientras esperaban la furgoneta—. Podía no haber venido. ¡Para lo que he hecho!

—Bueno. Tampoco yo vine anoche cuando estuviste trabajando tú —le recordó Honey—. Estamos en paz.

Los equipos parecían estar empatados en cuanto a recogida de donativos, según comprobó Trixie cuando los Bob-Whites compararon las notas al volver a casa.

—Me alegro —afirmó Trixie—, pero hay algo que me agrada mucho más.

—¿Qué es? —preguntó Jim, enfilando el paseo de Crabapple Farm.

—Me alegra que, para mí, se haya terminado el día —explicó triunfal Trixie. Salió del coche y saludó con la mano a todos antes de entrar en su casa.

Haciendo honor a su palabra, Trixie pidió permiso a su madre para no cenar y marcharse directamente a la cama. Aunque eran poco más de las cinco y todavía había luz, se puso el pijama y se metió en la cama dispuesta a dormir como un tronco.

Cuando despertó, brillaba el sol, pero era una claridad distinta. Trixie quedó un momento desconcertada. Poco a poco fue dándose cuenta de que, al haberse acostado tan pronto, había cambiado el ritmo normal de su metabolismo.

¿Habré dormido sólo un rato, o es ya otro día? —se preguntaba. Se incorporó para mirar el reloj de la mesilla de noche. Las ocho.

Dejó caer la cabeza otra vez sobre la almohada intentando imaginarse qué quería decir aquello.

Se estiró. Gradualmente se fue despertando. Comprobó que su cansancio había desaparecido.

—Es un nuevo día —exclamó feliz, sentándose, sacando las piernas por el lateral de la cama.

Así seguía cuando escuchó el jaleo que venía de la planta baja. Aunque su casa era una verdadera grillera muchas veces a la hora de las comidas, o en la tarde, las mañanas solían ser tranquilas.

Algo pasa —se dijo. Se vistió y bajó las escaleras.

En la cocina, Brian Belden gritaba y gesticulaba con ira. Mart aullaba, y Bobby, asustado por el aspecto de Brian, también chillaba.

—¿Qué pasa? —preguntó Trixie con un nudo en la garganta.

Brian se cortó en mitad de su discurso y señaló hacia la puerta trasera.

—¡Míralo tú misma!

Trixie salió y se quedó de piedra al ver el modelo A. Parecía mucho más bajo, y descubrió enseguida lo que había hecho que su hermano perdiese la calma.

—¡Las ruedas están pinchadas! ¡Y han quitado los letreros!

—¡Ahí los tienes! —dijo Brian—. Tirados en el suelo, hechos pedazos. Y las ruedas no tienen aire porque han rajado los neumáticos. Y si te acercas verás que también han roto los faros.

Trixie había palidecido. Miró a su hermano.

—Pero ¿por qué?

Brian tenía las mandíbulas apretadas. Tendió a su hermana un papel.

Trixie lo cogió. «DEJAD AL AVARO EN PAZ», decía.

—Estaba en la ventanilla del coche —dijo Brian.

—Entonces hay un avaro —dedujo Trixie, casi contenta.

El comentario de Trixie enfureció más aún a su hermano.

—También hay un vándalo —replicó—. Alguien dispuesto a machacar un valioso coche antiguo…, alguien que nos conoce. Eso es lo más importante.

—Naturalmente —asintió Trixie—, pero…

—No hay pero que valga. Voy a llamar a la policía —dijo Brian —. Se volvió y entró en la casa.

Trixie lo siguió. Su excitación iba desapareciendo; lo que había dicho Brian era cierto. El daño causado al coche no era sólo una pista del avaro: era sobre todo una tragedia y un peligro para los Bob-Whites, que se habían responsabilizado del coche porque el señor Burnside consideró que serían capaces de cuidarlo hasta el momento de la venta.

Quizá el señor Burnside ya no quiera donarnos el coche —pensaba Trixie mientras se encaminaba a su habitación—. *Tal vez ni siquiera acceda a prestarnos el almacén para los donativos*.

Se paró en el último escalón, porque en aquel momento le vino a la cabeza un pensamiento horrible: *Puede que nos haga pagar los daños. ¿Cómo conseguiremos ese dinero?*

Cuando terminó de arreglarse y volvió a bajar, ya nadie gritaba. Reinaba un silencio opresivo. Brian y Mart estaban sentados, muy abatidos, en el comedor.

Trixie entró sin hacer ruido y se sentó junto a sus hermanos.

—El sargento Molinson ya está en camino —dijo Brian.

Trixie asintió con la cabeza, haciéndole saber que lo había oído, pero no contestó nada.

El motor del coche del sargento acabó con la tensa espera, y los tres Bob-Whites salieron a recibirlo.

El sargento inspeccionó los daños del modelo A.

—Podía haber sido peor —dijo.

—¿Va a buscar huellas digitales? —preguntó Trixie—. Tiene que haber algún medio de saber quién lo hizo.

—Bueno, creo que sé quién ha sido el autor —repuso el sargento, retirándose del coche.

Los tres Belden lo miraron incrédulos.

—¿Que lo sabe? —preguntó Trixie.

—Ha sido el vagabundo que atropellaron —afirmó Molinson. Después resopló despectivamente.

Trixie lo miró como si se hubiese vuelto loco.

—¡Pero si está en el hospital! —repuso.

—No, ya no está allí —le aclaró el sargento—. Se ha fugado durante la noche. Nadie se dio cuenta de su marcha hasta que fui esta mañana a arrestarlo.

—¿Arrestarlo? —se sorprendió Trixie. Miró al sargento, a Mart y a Brian, tan perpleja que no pudo hacer ninguna otra pregunta.

—¿Podría contarnos qué ha pasado? —preguntó Brian—. Vamos adentro.

Los Belden volvieron a sentarse alrededor de la mesa del comedor. El sargento Molinson tomó la palabra.

—El informe del FBI llegó esta mañana a primera hora. El nombre de la víctima es Henry Meiser. La semana pasada se fugó de una cárcel del Estado, en la que cumplía una condena de seis meses por asalto a mano armada —el sargento calló para ver el efecto que causaban sus palabras.

Trixie dijo:

—¿Y su nombre es Miser (avaro)? Entonces, al ser atropellado por la furgoneta, ¿hablaba de que se buscase a sí mismo?

—Eso no lo sé. Su nombre se escribe «Meiser», pero se pronuncia lo mismo que Miser y puede estar relacionado. Parece que el tal Meiser es el clásico inventor excéntrico, uno de esos que trabajan en cosas raras. De todos modos, siempre fue inofensivo, hasta hace un par de años. En aquella época aseguró que le habían robado un invento, y desde entonces se fue volviendo cada vez menos comunicativo. No confiaba en nadie, excepto en su secretaria, una joven viuda que ha trabajado con él un montón de años. Ni siquiera ha querido patentar sus inventos, porque está seguro de que los funcionarios de la oficina de patentes son ladrones de ideas ajenas.

—¡Eso lo explica todo! —dijo Trixie.

—¿Qué es lo que explica? —preguntó Molinson, asombrado.

—Cuando lo visité ayer en el hospital, me habló de los hermanos Stanley… los inventores del Stanley Steamer. Me dijo que habían sido timados, perdiendo los derechos que tenían sobre sus coches. En aquel momento pensé que lo contaba como si le hubiese ocurrido a él mismo. Y así era… al menos en parte.

—Pero ¿cómo se explica el asalto? —preguntó Brian.

—Meiser acabó perdiendo la razón —siguió Molinson—. Tal como ya he dicho, la única persona en la que confiaba era su secretaria. Tenía también un conserje, que limpiaba su cuarto de trabajo y le ayudaba a mover los objetos pesados. Una noche, el conserje estaba barriendo, cuando Meiser sufrió un acceso de rabia, apuntó al hombre con una escopeta y le acusó de haberle robado su último invento.

—¿Y cuál era ese invento? —preguntó Trixie.

El sargento se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe. Y, desde luego, el conserje no tiene ni idea. Meiser guardaba todo en su memoria, sin decir nada a nadie. El conserje testificó en el juicio que no sabía en qué estaba trabajando Meiser, ni le importaba. Se limitaba a limpiar y a cobrar su sueldo todas las semanas.

—¿Disparó Meiser sobre el conserje? —preguntó Trixie.

—No. Como ya he dicho, sólo le amenazó. El conserje dijo en el juicio que dejó caer la bayeta y levantó las manos. Se volvió para marcharse y Meiser lo golpeó por detrás con la culata de la escopeta. Cuando volvió en sí, estaba tirado en el paseo, detrás del taller. Las luces de éste estaban apagadas y la puerta, cerrada —terminó Molinson.

—Nos ha hablado del testimonio del conserje en el juicio —puntualizó Trixie—, pero ¿admitió Meiser que las cosas habían ocurrido así?

—Naturalmente que no —dijo el sargento—. Meiser volvía una y otra vez a su teoría de que el conserje estaba robándole sus inventos. Incluso afirmó que fue el conserje quien le apuntó con la escopeta, y que había conseguido golpearle con un tubo de plomo, quitarle la escopeta y llevarlo hasta el paseo.

—¿Y no podía ser él quien estuviese diciendo la verdad, y no el conserje? —preguntó Trixie al policía de Sleepyside.

—Podría haber sido así. Pero para eso, media docena de testigos tenían que haber mentido, al afirmar que Meiser se había ido volviendo cada vez más excéntrico, convencido de que todos los habitantes del mundo intentaban aprovecharse de él. Pero no parece que fuese así en realidad —dijo Molinson.

Trixie quedó silenciosa durante un instante. Recordaba su conversación con Henry Meiser; parecía excéntrico, lo admitía. Ella misma había usado la palabra hostil para describirlo. Pero no parecía violento. Lo recordó en la cama del hospital, con la cabeza cubierta de vendas.

—¡Espere un minuto! —exclamó Trixie en voz alta—. Vimos cómo lo atropellaba una furgoneta. ¿Pudo ser un simulacro?

El sargento Molinson movió la cabeza.

—Estaba herido, sin duda. Tenía un fuerte traumatismo y dos

costillas rotas. Cada paso que dé tiene que ser para él muy doloroso.



—Entonces, ¿por qué se ha marchado del hospital? —preguntó Trixie.

—Me imagino que habrá pensando que unos días hecho polvo son preferibles a varios años de presidio —dijo el sargento—.

Porque eso es lo que le espera si lo cogemos. Habría sido puesto en libertad dentro de un par de meses, de no haberse escapado.

El sargento movió la cabeza lamentándose.

—El informe del FBI debía haber llegado unas horas antes.

Trixie se estremeció, porque de repente se dio cuenta de por qué se había escapado Henry Meiser del hospital: ella le había contado lo de las huellas dactilares. Enrojeció al ver los ojos de todos fijos en ella, y tartamudeó:

—Me… me parece que he sido yo quien le ha inducido a escapar. A toda prisa explicó lo que había hablado con Henry Meiser, añadiendo: —Usted nos dijo que probablemente no fuera un criminal. Yo sólo intentaba que se sintiese mejor, a pesar de la amnesia. ¿Me convierte eso en cómplice de la fuga?

La conexión de Glenwood Avenue • 9

El sargento Molinson movió la cabeza con disgusto.

—Me gustaría poder acusarte de algo, para que el juez te condenase a un año de silencio. Pero no te pedí que mantuvieses en secreto lo de las huellas digitales. Por lo tanto, la culpa es mía.

El alivio que se dibujó en la cara de Trixie fue sustituido pronto por una mueca de perplejidad.

—Sargento —dijo—, si el señor Meiser se siente tan mal como usted dice, ¿por qué no se ha marchado de Sleepyside a la primera de cambio, para esconderse unos cuantos días, hasta que se encontrase mejor? ¿Cómo es que ha tenido moral para venir aquí a estropear el modelo A?

—Vosotros, jovencitos, fuisteis los últimos que hablasteis con él antes del accidente. Y él no ha podido recordar lo que os dijo, aunque eso no quiere decir que padezca una amnesia total —añadió Molinson, observando un velo de duda en la cara de Trixie—. Se ve que teme haber dicho algo inconveniente. Ese estropicio es una advertencia para que no digáis lo que sabéis.

—Pero ¿qué es lo que sabemos? —preguntó Trixie.

—Mientras venía he estado pensando en vuestra declaración del atropello —le dijo el sargento—. Me parece que Glenwood Avenue es la clave. Sabemos que es allí adónde se dirigía. También sabemos que nunca había estado allí. Creo que pretendía encontrarse con alguien. He ordenado que vigilen todos los edificios públicos de Glenwood y les he dado a los agentes que patrullan aquella zona una descripción de Meiser. Tengo la impresión de que, si Meiser vuelve a Sleepyside, será allá adónde se dirija.

—Lo sé —dijo Trixie, recordando la reacción de la mujer de Glenwood Avenue. También recordó lo que había dicho Honey: que no tenían ninguna prueba de que aquella mujer estuviese

relacionada con el atropellado. Pero una visita de la policía la aterrorizaría, sin duda. Lo más seguro era que recogiese los bártulos y huyese del peligro, fuese éste cual fuese.

—Ojalá lo encuentren —deseó Trixie inocentemente.

Se marchó el sargento Molinson, y Trixie y sus hermanos se quedaron sentados.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Trixie.

—Honey y Jim tienen derecho a saber lo que ha pasado —dijo Brian—. Y Dan y Di, también. Creo que se impone una reunión de emergencia de los Bob-Whites.

Trixie asintió, se levantó y fue al teléfono. Unos instantes después estaba de vuelta.

—Honey, Jim y Dan ya van hacia el club. Di no estaba en casa. Tendremos que reunirnos con ella más tarde.

Los tres Belden le dijeron a su madre adónde iban y partieron hacia el club. Su sede era en realidad la vieja cabaña del guarda de los Wheeler. Los siete miembros del club habían compartido muchos buenos momentos allí. Pero, como Trixie se decía mientras miraba a sus hermanos, que iban con las manos en los bolsillos y las cabezas gachas, la reunión de aquella mañana no iba a ser muy feliz.

Honey y Jim estaban esperándolos. Dan llegó a toda prisa un minuto después.

Aunque Trixie y Jim eran los copresidentes del club, fue Brian Belden el encargado de presidir esta reunión.

—¿Qué os ha dicho Trixie por teléfono? —preguntó.

—Nada —repuso Honey con los ojos muy abiertos—. Se limitó a pedirnos que viniésemos enseguida. ¡Oh, Brian!, ¿qué pasa?

Con la mayor brevedad posible, Brian les relató lo que había sucedido aquella noche con el modelo A y su conversación con el sargento Molinson.

Cuando habló de la opinión del sargento, sobre la importancia de Glenwood Avenue como pieza clave del rompecabezas, Honey echó una mirada furtiva a su mejor amiga. Ésta movió ligeramente la cabeza de derecha a izquierda, indicándole que guardase silencio. Después se puso a mirar la superficie de la mesa, al descubrir que Jim había observado aquel mudo intercambio de gestos.

—De todos modos —continuó Brian— lo que más nos preocupa

no es el señor Meiser, sino el modelo A. He querido que tuviésemos esta reunión para decidir qué hacemos con el coche.

—En la caja del club no hay bastante dinero para arreglarlo —dijo Dan Mangan.

—La paupérrima situación pecuniaria de nuestra tesorería es ya proverbial —comentó Mart.

—En nuestra hucha nunca hay dinero para nada —se quejó Trixie—. No comprendo cómo pasa eso, porque todos contribuimos con el dinero de que podemos disponer: yo aporto el que saco cuidando niños, Honey el que su madre le da y…

—Todos sabemos de dónde proviene el dinero —atajó impaciente Brian—. También sabemos adónde va. Ya teníamos casi cuarenta dólares, antes de decidir hacer el rastrillo. Pero hubo que publicar anuncios y encargar a una imprenta las hojas de propaganda. Creo que nos quedan unos quince dólares. Pero cuarenta o quince no bastan para cubrir el importe de los cuatro neumáticos nuevos y los dos faros.

—¿Cuánto costará todo eso? —preguntó Jim.

Brian movió la cabeza.

—El mayor problema —dijo— es que no hay muchas piezas de repuesto para los coches antiguos; ni siquiera sé dónde buscarlas.

—Tendremos que ir a contarle al señor Burnside lo ocurrido —dijo Jim.

—¡Ay! —exclamó Trixie—. ¿Es necesario?

—El modelo A es responsabilidad nuestra, pero hasta que se venda sigue siendo suyo. Tenemos que cargar con las consecuencias —respondió Jim con firmeza.

—Pero… —dijo Trixie— podría retirarnos el coche, o rehusar prestarnos el almacén para guardar los donativos, o incluso suspender la exposición de coches antiguos. Y entonces, todos los que vayan al rastrillo quedarán defraudados.

—Creo que te estás pasando —le dijo Jim—. Es cierto que podría hacer todas esas cosas, pero no creo que las haga. Como mucho, recogería el coche, y no podríamos reprocharle nada.

—Completamente de acuerdo —asintió Brian—. Pero creo que el mejor modo de evitar que sucedan las demás cosas es pensar un plan para pagar los daños. Podríamos volver al tema, si os parece.

—¿Y si por una vez pedimos dinero prestado a nuestros padres?

—gimió Honey.

Jim movió la cabeza.

—Sabes que eso va contra los estatutos del club, Honey. Decidimos desde el principio que en nuestro club nos las arreglaríamos nosotros solos.

Trixie arrugó la nariz.

—A veces me gustaría que no fueses tan honrado, Jim Frayne —dijo.

—No creo que lo digas en serio —repuso Jim con suavidad.

Trixie suspiró.

—Tienes razón, yo tampoco. Resulta maravilloso que hayas dejado la fortuna que heredaste de tu tío para crear una escuela de niños desvalidos, que dirigirás cuando hayas terminado la carrera. Y también es estupendo que hayas enseñado a Honey a valerse por sí misma, en lugar de apoyarse siempre en el dinero de su padre. Y es maravilloso que el premio por haber conseguido más donativos para la venta del rastrillo sea un trabajo, en lugar de una parte de los beneficios. Pero…

—¡Eureka! —exclamó Mart—. El intelecto, de ordinario inválido, de mi sibila, ha encontrado, si bien inadvertidamente, una deliciosa solución a este dilema.

—¿He dicho algo que solucione…? —preguntó Trixie, parpadeando asombrada.

Brian asintió.

—Me parece que sé lo que quiere decir Mart. Y es una idea estupenda.

—Seguro —dijo muy convencido Dan.

—También yo lo creo así, pues he pensado en ello —dijo Trixie—, pero ¿hay alguien que me explique de qué se trata?

—Cuando le contemos al señor Burnside lo que le han hecho al coche, le diremos al mismo tiempo que estamos dispuestos a trabajar para él hasta pagar el importe de la reparación —le aclaró Brian con una sonrisa.

—¡Oh! Es una buena idea. Me alegro de haberla tenido.

Brian le dio una palmada cariñosa.

—El cerebro de la familia Belden —bromeó.

Trixie se reía, igual que sus amigos. Realmente, parecía resuelto el problema.

—Hay otra cosa en la que tenemos que pensar —dijo Jim, ya más serio—. Los daños infligidos al coche no han sido accidentales, sino provocados. ¿Debemos seguir guardándolo hasta la venta? ¿Debemos exhibirlo junto a los otros, que pueden ser bastante más valiosos que él, incluso, y correr el riesgo de que también ésos los estropeen?

—A mí no me parece que eso sea un problema —dijo Brian—. El autor ha sido Henry Meiser. Él ya no molestará. Lo más seguro es que esté muy lejos de aquí. No se arriesgará a volver, sobre todo ahora que le buscan.

—Creo que tienes razón en lo que se refiere a la seguridad de los coches —dijo Trixie—. Pero no estoy segura de que el señor Meiser sea el vándalo.

—El sargento Molinson sí. Y debemos fiarnos de sus palabras, a menos que descubras un sospechoso mejor —le dijo Brian.

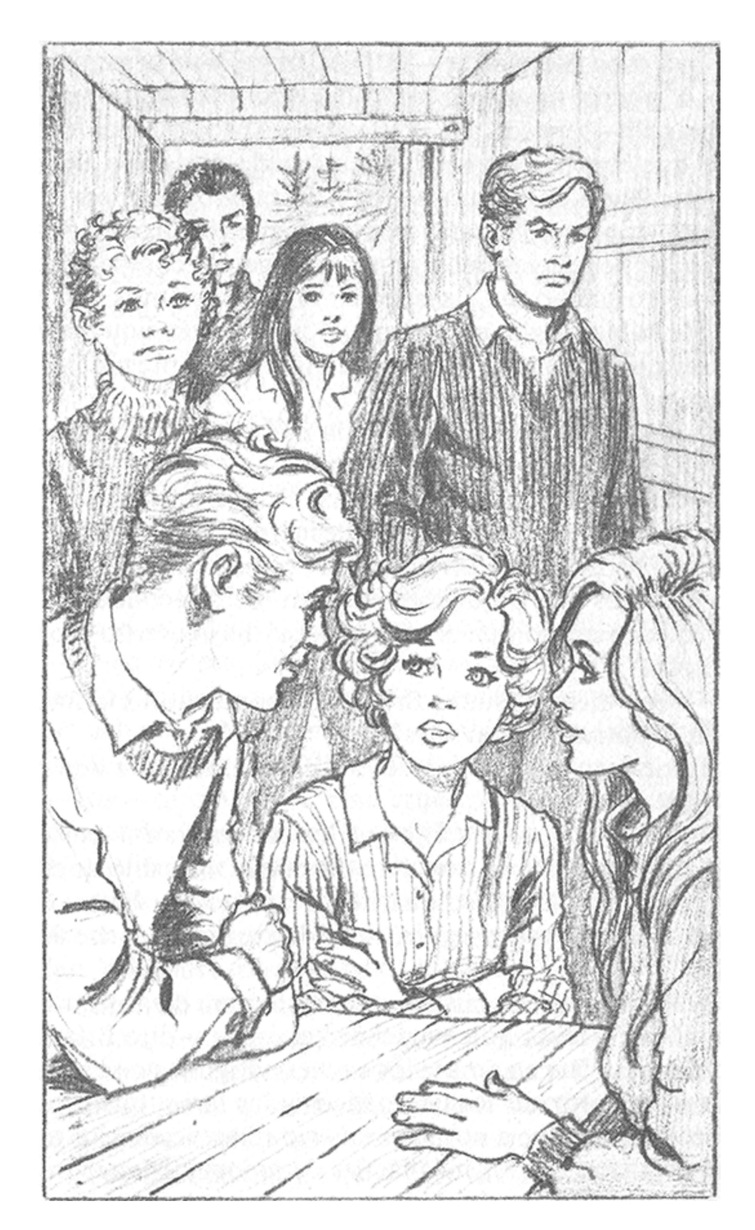
—Os puedo dar tres razones por las que el señor Meiser no me parece sospechoso —arguyó Trixie.

—Adelante —invitó Brian, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Bueno —empezó Trixie despacio, intentando ordenar sus pensamientos—. En primer lugar, está la nota que dejaron en el coche: «Dejad al avaro en paz». Si hubiese sido el señor Meiser quien puso la nota, ¿por qué no escribió bien su apellido (Meiser, en lugar de Miser)?

—Tal vez para despistar —dijo Mart— o una pequeña sutileza.

—O podría existir un miser, con minúscula, al que Henry Meiser, con mayúscula, está buscando —dijo Brian—. Ése fue nuestro primer pensamiento la noche del accidente. Tal vez haya un avaro (miser) en Glenwood Avenue, en el fondo de este tinglado.



—Pero ninguno de nosotros ha oído hablar nunca de un avaro en Sleepyside —le dijo Trixie a su hermano.

—Y podría no ser un avaro del tipo que hemos estado hablando —repuso Dan—. El sargento Molinson os ha dicho que el señor Meiser había acusado a alguien de haberle robado un invento suyo. A lo mejor desde ese momento empezó a llamarlo avaro, porque el

ladrón se guardaba los beneficios del invento, en lugar de compartirlos.

—Pero ¿cómo iba a sospechar él que sabíamos el mote que le había puesto al ladrón? ¿Cómo podría siquiera suponer que sabíamos que había un ladrón? —preguntó Trixie.

—Recuerda que él no recuerda nada de lo que dijo antes del accidente —observó Brian.

—Recuerdo que él no recuerda. Estaba allí cuando me dijo que no recordaba nada. ¿Recuerdas? —contestó Trixie a su hermano, devolviéndole la broma—. Sea como sea, no sabemos qué o quién es el avaro. Pero reconoced que carece de sentido que el señor Meiser haya escrito eso en la nota.

—Muy bien —asintió Brian—. Apúntate uno. ¿Cuáles eran las otras dos razones?

Trixie hizo chascar los dedos, porque acababa de ocurrírsele otra cosa.

—Henry Meiser nos dijo que los coches eran su pasión. Y pude comprobarlo por el modo en que me habló de ellos en el hospital. De haber querido asustarnos, lo último que se le ocurriría, estoy segura, sería destrozar un coche antiguo.

—Puedo usar ese mismo argumento para demostrar que fue Henry Meiser quien machacó el coche —dijo Brian—. Cualquiera que no amase los coches antiguos no se habría parado a destrozar los neumáticos y los faros, que probablemente, aunque a nosotros nos parezcan accesorios muy importantes, son los más fáciles de reponer. Meiser pudo ser el culpable, precisamente porque pensaba que no sospecharíamos de él. Pero no lo estropeó mucho por el coche en sí, no por nosotros.

—¿Y cuál es tu tercera razón? —preguntó Dan.

—El hombre con el que hablé ayer en el hospital no es en modo alguno un tipo violento —afirmó Trixie.

—Ha estado en prisión por haber agredido a un hombre —puntualizó Brian—. Eso es ser violento.

—Fin del tercer asalto —dijo Jim—. Temo que no has conseguido convencernos a ninguno, Trix.

—Sea como sea, yo estoy convencida —repuso Trixie—. Y estoy más segura que nunca de otra cosa.

—¿Cuál? —preguntó Jim.

—El accidente en el que fue atropellado Henry Meiser no fue casual: alguien lo atropelló intencionadamente.

—¡Otra vez esa teoría, no! —exclamó Brian.

—Escucha. Si no fue Meiser quien causó los desperfectos en el coche, tuvo que ser alguien relacionado con él, ya que él está relacionado con el coche —dijo Trixie.

—Y eso te lleva, lógicamente, a la conclusión de que alguien lo atropelló a propósito —concluyó Brian, moviendo la cabeza—. Me gustaría que impartiesen Lógica en el colegio de Sleepyside. Te obligaría a asistir.

—No —dijo Mart—. Una crueldad tan supina no tendría sentido. Nuestra sibila sería incapaz de alcanzar una nota que le permitiese pasar el curso. Se convertiría pronto en la decana de nuestra *alma mater*.

Trixie se puso roja y abrió la boca para responder, pero Brian le impuso silencio con un gesto.

—Lamento de veras mi intervención, Trixie. Puede que tengas razón y alguien atropellara al señor Meiser intencionadamente. Pero no podemos probarlo. En cambio, sí podemos llamar al señor Burnside o visitarlo y contarle lo del coche. Opino que lo mejor es que vayamos.

—Se levanta la sesión —dijo Jim, incorporándose—. Vamos a Manor House a llamar. Es el teléfono más cercano. Y os puedo asegurar que no me gusta nada tener que dar la cara.

Los cuatro muchachos se levantaron y se encaminaron a la puerta. Trixie permaneció sentada, con la barbilla apoyada en la palma de la mano. Honey, al otro lado de la mesa, la miraba.

—¿Venís? —preguntó Jim mirando por encima del hombro.

Honey hizo un gesto a su hermano, para que se fuese. Jim asintió, comprendiendo.

—Han sido muy duros contigo, Trixie —le dijo Honey en voz baja, cuando estuvieron solas.

—Eso es lo que consigo al contarles mis teorías. El sargento Molinson me ha dicho que le gustaría condenarme a un año de silencio. ¡Habráse visto! —dijo Trixie acalorada.

—Bueno, a mí me has convencido —dijo Honey—. Yo tampoco creo que el señor Meiser haya sido el vándalo.

—Lo dices para darme ánimos, ¿verdad?

Honey negó con la cabeza.

—Por lo menos me has convencido de que el caso no es tan simple como le parece al sargento. Si los chicos conociesen la existencia de la mujer de Glenwood Avenue…

—Habrían dicho que tiene miedo de Henry Meiser o de otra cosa que no tuviese nada que ver —aventuró Trixie—. Estuve tentada de decírselo, pero sabía que Brian y Mart me iban a echar una bronca por no haber comentado nada al sargento Molinson cuando estuvo en casa.

—¡Tienes razón! —exclamó Honey—. ¡Ay, Trixie! ¡Deberías habérselo dicho!

—Probablemente —admitió Trixie—. Ya te he dicho que estuve a punto de hacerlo, pero recordé lo que tú dijiste. No quiero asustar a aquella mujer más de lo que está.

—Trixie Belden, cuando dije aquello, Henry Meiser no se había escapado del hospital —dijo Honey—. Sea o no él quien rajó las ruedas del coche, todo es distinto ahora.

—Nada es distinto —protestó Trixie—. Seguimos sin tener ninguna razón convincente para asegurar que esa mujer está relacionada con Henry Meiser.

—No tenemos ninguna razón, pero tú lo crees, ¿verdad? —adivinó Honey.

Trixie gimió.

—Siempre adivinas mis pensamientos, Honey. Sí, creo que existe relación. Por eso quiero volver a aquella casa, ¡ahora!

—¡Volver! —se sorprendió Honey—. Pero, Trixie, ¡no podemos hacerlo! ¿Cómo se lo explicaríamos a los chicos?

—No tenemos que hacerlo. Ellos están muy ocupados con el asunto del coche, les llevará toda la tarde. Sólo diremos en casa que tenemos que hacer un recado en la ciudad.

—¿Y qué esperas encontrar en la casa?

—No lo sé —confesó Trixie—, pero es la única forma de comprobar si la mujer está relacionada con Henry Meiser. Si es así, iremos a la policía. Lo prometo.

Honey suspiró.

—No hay nada que te haga desistir. Eres una cabeza dura.

Media hora después, las dos chicas paseaban despacio en bici a lo largo de Glenwood Avenue, con aire despistado. Sólo la cara

sofocada de Trixie delataba lo deprisa que había pedaleado para llegar allí.

—Mira —susurró Trixie—. Hay dos pequeñajos jugando al castro delante de la casa. Y uno de ellos es la niña que vimos el otro día.

Trixie detuvo la bici frente a la casa, manteniéndose con un pie apoyado en el bordillo.

—¡Hola! —llamó—. Hace un buen día para jugar al castro, ¿no?

La niña se paró, haciendo equilibrios sobre un pie. Se inclinó para recoger su piedra y la tiró hacia el final del dibujo trazado con tiza en la acera.

—Es bonito jugar fuera —dijo, andando hacia Trixie y Honey.

—Es verdad, pero creía que no os dejaban.

—Eso era antes —dijo la niña—. Siempre jugábamos fuera hasta que vinimos aquí. Luego ya no podíamos salir, y ahora podemos otra vez.

—Me alegro —dijo Trixie—. No es nada divertido tener que estar siempre metida en casa.

La niña movió su cabecita despacio.

—Ya lo sé. Tengo la sensación de que he pasado meses y meses sin salir.

—¿Estabas enferma? —preguntó Trixie—. ¿Por eso no podías salir?

—No —aseguró la niña—. Pero parecía que mamá sí lo estaba. Lloraba todo el tiempo. Y a veces gritaba. Normalmente no grita. Pero ahora es feliz, porque vino el tío Hank a visitarnos.

Trixie sintió un escalofrío repentino al escuchar las palabras de la niña. El tío Hank había venido… Hank era un diminutivo cariñoso de Henry.

—¿Cuánto hace que vino el tío Hank? —preguntó Trixie sin darle importancia.

—¡Oh!, hace… —la respuesta de la pequeña fue interrumpida por su madre.

—¡Melissa, ven inmediatamente! ¿Es que no me puedo fiar de ti? ¡Entra! ¡Y tú también, Davey! —gritó la mujer.

—¡Oh, mamá está enferma otra vez! ¡Me voy!

La niña se volvió y corrió hacia la casa, llevando a su hermano menor con ella.

Trixie y Honey contemplaron a los dos niños mientras entraban

en la casa.

—Bueno —dijo Trixie—, ya tenemos la conexión.

¡Dos rehenes! • 10

Honey fue la primera en moverse, empezando a pedalear despacio Glenwood Avenue abajo. Trixie se quedó mirando la casa un momento. Luego siguió a su amiga.

—Me parece que ya es hora de que vayamos a ver al sargento Molinson, ¿no? —preguntó Honey en voz baja. Esperó la respuesta de Trixie y, en vista de que no recibía ninguna, repitió más fuerte—: ¿No te parece?

—No sé —repuso Trixie.

—¡Trixie! —la voz de Honey surgió furiosa—. Habías dicho que no podíamos decirle nada al sargento sobre esa mujer, porque no teníamos pruebas de su relación con Henry Meiser. El tío Hank es la conexión. ¿Qué tramas ahora?

—Debemos esperar más, precisamente porque ya hemos esperado demasiado —contestó Trixie.

—Eso carece de sentido —repuso Honey.

—Creerías que lo tiene si hubieses visto esta mañana al sargento Molinson, más colorado que un langostino, cuando se enteró de que le había dicho al señor Meiser lo de las huellas digitales —explicó Trixie temerosa.

—Pues a mí me parece que ésa es una razón más para ir inmediatamente y contarle lo de la casa —dijo Honey—. Dejará de estar enfadado en cuanto vuelva a tener a Henry Meiser a buen recaudo.

—Y volverá a enfadarse en cuanto se dé cuenta de que sabíamos que había algo extraño en aquella casa, y no le dijimos nada en absoluto —arguyó Trixie.

Honey reflexionó.

—Tienes razón. Nos preguntará por qué no dejamos que fuese él quien decidiese qué había de sospechoso, en lugar de intentar

averiguarlo nosotras.

—Esta mañana me dijo que le encantaría poder acusarme de algo —dijo Trixie—. Si se lo cuento es capaz de buscar en todos los libros de leyes hasta encontrar un artículo que le permita encerrarme para toda la vida.

Honey sonrió ante la exageración de su amiga.

—De veras, no creo que la cosa sea para tanto, Trix. Ya sé que no resultará nada divertido ver la cara que va a poner, pero no veo qué otra cosa podemos hacer.

—Podemos esperar un día o dos, para ver si la policía atrapa al señor Meiser —dijo esperanzada Trixie—. El sargento sospecha que está en Glenwood Avenue. Tal vez sea sólo cuestión de horas.

Honey meneó la cabeza.

—No creo que sea eso lo mejor que podemos hacer —dijo—. En primer lugar, sabemos que Meiser está herido. Estaría mejor cuidado en el hospital. Y, en segundo lugar, ¿qué pasará con la mujer y los niños? No me agradaría verlos heridos, y podría suceder si la policía llega a la casa a buscar a Henry Meiser y éste intenta defenderse a la desesperada.

—¡Basta, basta! —exclamó Trixie—. Tienes razón en todo, Honey.

—Entonces, vamos a la policía —dijo ésta con firmeza. Hizo describir un amplio arco a la bici y se dirigió hacia la parte baja de Sleepyside.

Trixie giró despacio para seguirla. Poco después pedaleó rápidamente para alcanzar a Honey.

—¡Tengo una idea! —le dijo.

—¡Oh, no!

—Espera, espera… escucha lo que voy a decirte —le suplicó Trixie—. Supongamos que Henry Meiser decide entregarse. Si se presenta en la comisaría, la mujer y los niños no se verán mezclados en ningún lío. Y nunca sabrá nadie que nosotras conocíamos su paradero.

—Es una idea perfecta —dijo Honey—. En cuanto llegue a casa sacaré la patita del conejo de la suerte, y si veo que se pone negra pediré a la primera estrella que se entregue el señor Meiser.

—No —explicó Trixie—. No he querido decir que el señor Meiser se entregue por sí mismo, sino que podríamos pedirle que lo

hiciese.

Honey dejó de pedalear, paró y apoyó un pie en el bordillo. Después miró a su amiga, pensando que estaba completamente loca.

—¡Es tan sencillo! —exclamó Trixie—. Volveremos esta noche, después de cenar. Le diremos a la mujer que sabemos que el señor Meiser está con ella, pero que no se lo hemos dicho a la policía. De ese modo confiará en nosotras. Después le pediremos que nos deje hablar con él.

—Y él nos dará en la cabeza con algo y volverá a escapar. ¿Cómo se lo explicaremos después al sargento?

—No creo que nos ataque, Honey.

Se tapó los oídos, al ver que Honey empezaba a protestar.

—Ya sé, ya sé. Está condenado por agresión, y eso demuestra que es peligroso. Pero no lo es. Eso para mí no demuestra nada, quiero decir. He hablado con él bastante tiempo en el hospital y sé que no es una persona violenta.

—Y si te digo que no pienso volver aquí esta noche, ¿qué harás? —preguntó Honey.

—Venir yo sola —afirmó Trixie.

—Y si llamo esta tarde al sargento Molinson y le cuento que hemos encontrado a Henry Meiser, ¿me lo perdonarás alguna vez? —volvió a preguntar a Trixie.

Ésta no contestó.

—Bueno —suspiró Honey—. Volveremos esta noche, después de cenar.

A las seis y media, las dos chicas recorrían otra vez Glenwood Avenue, hacia la misteriosa casa en la que —estaban seguras— se ocultaba Henry Meiser.

—¿Crees que Brian y Mart te han creído cuando les has dicho que queríamos recorrer otra vez la zona esta noche en busca de donativos para el rastrillo, con el fin de compensar el trabajo que ellos hicieron con el modelo A? —preguntó Honey.

—Me parece que sí. Brian se ofreció a traernos a Sleepyside y recogernos después, ¿no? Creo que estaban tan contentos porque el señor Burnside no se había enfadado, que no eran capaces de pensar en otra cosa —repuso Trixie.

—Ha sido un detalle perfectamente perfecto, por parte del señor Burnside, ayudarles a encontrar los repuestos y dejarles el coche

otra vez, como si no hubiese pasado nada —alabó Honey.

—Y es una suerte que la póliza del seguro del coche sólo tuviese una deducción de cincuenta dólares, o como se diga —añadió Trixie —. Conseguiremos resolverlo en una tarde —comentó, y se detuvo para coger aliento. La casa a la que se dirigían estaba solo media manzana más allá—. Ojalá Brian nos hubiese dado un poco más de tiempo.



—Tenemos tiempo de sobra —contestó Honey—. Si no podemos convencer a Henry Meiser en una hora, no lo conseguiremos jamás.

Las dos chicas se detuvieron frente a la casa.

—Bueno, pues ya estamos aquí —dijo Trixie. Se dirigió a la casa, pero se detuvo al oír el grito ahogado de Honey.

Y entonces, una mano le tapó la boca al mismo tiempo que decía una voz:

—Un solo ruido, muchachas, y será lo último que hagáis en vuestra vida.

Trixie apretó los dientes para impedir el grito que le subía por la

garganta. Se sintió medio arrastrada por la hierba. Por encima de la mano que aún seguía tapándole la boca, Trixie vio un vehículo aparcado junto al bordillo. Observó que su raptor las empujaba hacia las puertas abiertas de… ¡una furgoneta verde!

Las dos amigas fueron lanzadas sin ninguna consideración al suelo de la furgoneta, cuyas puertas se cerraron, mientras ellas trataban de incorporarse.

Trixie se irguió, aspirando profundamente una bocanada de aire, feliz de que, al fin, la mano que la ahogaba hubiese desaparecido. Sintió la helada mano de Honey clavada en su brazo, y la apretó, dándole ánimos.

Su raptor se acomodó en el asiento del conductor y puso la furgoneta en marcha.

—Sé quién es usted —dijo Trixie—: el hombre que atropelló a Henry Meiser.

El conductor se encogió de hombros.

—Yo no soy ése, jovencita. Soy Andy Kowalski —se volvió y miró a las dos chicas con una sonrisa desagradable—. Atropellé al viejo Hank la otra noche, en efecto. Pero no hice más que devolverle un favor, por así decirlo.

Esa afirmación hizo iluminarse la mente de Trixie.

—Usted es el hombre que solía trabajar para el señor Meiser…, el que él atacó.

—Os lo ha contado, ¿eh? —dio por supuesto Andy Kowalski—. Sabía que estabais en buenas relaciones con el viejo pájaro, pero no podía suponer que fuesen tan íntimas.

—Él no nos ha contado nada —protestó Honey.

—Seguro. Lo habéis adivinado vosotras solitas —se burló Kowalski.

—Entiendo que quiera tomarse la revancha de Henry Meiser, después de lo que le hizo —comentó Trixie intentando parecer tranquila—, pero ¿qué tenemos que ver nosotras?

Andy Kowalski se rió entre dientes.

—No es revancha lo que busco, jovencita —dijo—. La revancha y cincuenta céntimos sólo sirven hoy en día para que te den un paquetito de chicle. No. Lo que busco es dinero. Y os utilizaré a vosotras para hacerme con el avaro.

—¡Otra vez el avaro! —exclamó Trixie—. ¿Quién es ese avaro?

—¿Estáis bromeando? —preguntó, extrañado de veras—. No. Veo que no. El viejo Hank tendría que ser amigo íntimo de alguien para contarle que es el autor del invento más revolucionario de los últimos cien años.

Honey y Trixie intercambiaron miradas de asombro.

El hombre volvió a reírse entre dientes.

—Bueno. Me parece que estoy de suerte. La notita que os dejé no parece haber significado nada para vosotras. Me alegro de no haberla enviado por correo, me he ahorrado el dinero del sello.

—Entonces, ¿fue usted quién destrozó el modelo A? —preguntó Trixie.

—¿Quién creías que fue, Santa Claus? Vi que estabais con Meiser la noche que lo atropellé. Os he visto visitar a su secretaria, Eileen. Te vi salir de su habitación en el hospital. Por eso descubrí que erais amigos del viejo. Él siempre ha sentido mucho afecto por los niños de Eileen, y les compraba juguetes en Navidades, y todo. Me figuraba que los jóvenes serían los únicos en quienes confiaría. Y también me imaginé que podía confiar en vosotras para ocultar el avaro en alguna parte, una vez convencido de que lo había seguido hasta Sleepyside y conocía el escondite de Eileen.

Andy Kowalski acercó el coche al bordillo. Metió la mano bajo la camisa y sacó una pistola.

—Voy a salir un minuto. Y no iré tan lejos como para que alguna de las balas no os alcance si intentáis escapar —dijo apuntándolas con el arma—. Estaos quietecitas —salió de la furgoneta muy tranquilo.

Trixie se apoyó en el asiento delantero y miró por la ventanilla.

—Va hacia una cabina telefónica —dijo a Honey—. ¿A quién llamará?

—¡Quién sabe! —musitó Honey—. La cuestión es que no podemos salir de aquí. No me gusta nada ese hombre.

Trixie sintió un escalofrío y se frotó vigorosamente los brazos; tenía la carne de gallina.

—Tampoco a mí me gusta —afirmó—. Odio a los graciosos que hacen chistes malos y se ríen de ellos. Es como si no se diese cuenta de que está haciendo una barbaridad.

—Lo sé —dijo Honey—. Imagínate, ¡llamar al atropello la devolución de un favor…! Me parece que es un tipo realmente

peligroso, Trixie.

Ésta le dio unas palmadas en el hombro.

—Saldremos de ésta de un modo u otro. No te apures.

Andy Kowalski regresó a la furgoneta, volvió a ponerla en marcha y volvió a la casa en la que se ocultaba Henry Meiser. No dijo nada, pero iba canturreando algo entre dientes, marcando el ritmo con los dedos en el volante.

Se arrimó al bordillo, al otro lado de la calle, y aparcó, pero dejando el motor en marcha.

—Preparados. Cuando quieras, Hank —murmuró.

—¿Va a salir Henry Meiser? —preguntó Trixie.

—Lo hará, porque sabe lo que os espera. Vosotras, jovencitas, deberíais sentiros orgullosas. Hank tiene que apreciaros mucho si os cambia por el avaro.

—Ésta no es la primera vez que intenta quitarle el avaro, ¿verdad? —preguntó Trixie.

Andy Kowalski se burló.

—Debe de haberos contado toda la historia, entonces. Bueno. Pensad lo que queráis. Yo conseguí que el jurado me creyese. Sí, señor, está muy mal eso de no dar recompensas a los ladrones. Me llevaría el primer premio. Seguro. Tendríais que haberme visto cuando trabajaba para el viejo Hank. Actué como si no tuviese ni siquiera la inteligencia suficiente para echar arena en una ratonera. Me pasaba el rato limpiando alrededor de su mesa de trabajo, pero haciendo como que no oía al viejo Hank murmurar para sí, concentrado en el avaro. Levantaba las piezas para limpiar debajo de ellas y las volvía a dejar como si no me interesara qué eran. Pero observaba y escuchaba todo.

—Estuve esperando hasta un día en que Meiser dijo: «Y ahora, mi pequeño amigo, ya estás listo para probarte»; lo dijo dirigiéndose al chisme de metal, como si se tratase de una persona. De todos modos, supe entonces que ya podía llevármelo y patentarlo, guardándome los beneficios para mí solo. Hank era tan perfeccionista que nunca habría dicho que algo estaba listo para ser probado a menos que fuese casi perfecto. Era un pájaro tan desconfiado que nunca lo habría patentado hasta recibir el dinero de los derechos.

—En fin, aquella noche fui al taller. Hank se había dormido en

una silla en el cuarto de atrás. Me oyó merodear y entró gritando. Le apunté con mi pistola, pero ni se enteró. Lo único que quería era impedir que le robase el avaro. Cogió un trozo de tubo de plomo y me lo tiró con tal rapidez que ni siquiera tuve tiempo de esquivarlo. Y entonces fue cuando cometió su gran error. No quiso llamar a los polis, porque temía que alguien se enterase de su invento. Se contentó con dejarme tirado en la calle y quitarme la pistola. Como dejó sus huellas en ella, eso reforzó mi historia ante el jurado — terminó Kowalski.

—Entonces el señor Meiser declaró la verdad en el juicio —dijo Trixie, sintiéndose aliviada al ver confirmadas sus sospechas.

—Casi toda. Pero mintió en lo más importante: al decir en qué estaba trabajando. Ya veis. Ni siquiera cuando intuyó que podía acabar en la cárcel se preocupó de otra cosa que no fuese proteger el avaro. Había hecho que Eileen lo ocultase lejos, y adquirió unos recortes de hojalata, afirmando que aquello era un nuevo equipo electrónico. Mi abogado montó un buen tinglado diciendo que quién iba a ser tan insensato como para intentar robar aquello, con lo que el jurado no dudó al dictar sentencia.

Trixie movió la cabeza. La desconfianza de Henry Meiser respecto a la gente había terminado por volverse contra él.

—Meiser cumplió seis meses en la cárcel —siguió Kowalski—. Supuse que ese tiempo me sería más que suficiente para encontrar el avaro. Pero no había contado con la desaparición tan repentina de Eileen. Siempre sospeché que estaba enamorada de Meiser, pero nunca llegué a pensar que estuviese tan loca como para abandonar la casa, coger a los niños y venirse hasta aquí, es decir, para desaparecer completamente. Y eso fue lo que hizo. No pude encontrar ni el más ligero rastro de ella.

—¿Y cómo consiguió encontrarla al final? —se interesó Trixie.

Andy Kowalski no contestó inmediatamente. Miró hacia la casa, que seguía sin dar señal alguna de actividad. Consultó el reloj para cerciorarse del tiempo que había transcurrido desde que llamó a Meiser.

—No la encontré. Fue Meiser quien lo hizo —dijo por fin Kowalski—. Yo ya me había figurado que ése era el único camino. Me puse de acuerdo con un amigo que tenía en la misma cárcel de Meiser para organizar una fuga. Después sólo tuve que seguirlo

hasta Sleepyside. Él no sospechó nada y se dirigió a casa de Eileen. Pero antes se alojó en un hotel barato. Debió hacerlo en uno más caro, donde las llamadas desde las habitaciones no tienen que pasar por la centralita o, por lo menos, la operadora no es tan fácilmente sobornable. Fue ella quien me dio el número al que había llamado Meiser. Después sólo tuvo que buscar en la guía a quién correspondía el número y repetirme la conversación que mantuvo.

—Podía haber ido directamente a casa de Eileen, pero decidí seguir a Hank por puro placer. Lo vi pararse junto a vosotros, jovencitos, y mientras esperaba me di cuenta de que ya no necesitaba a Hank para nada. Sabía dónde estaba el avaro y ya no me importaba que fuera la policía o el forense quien lo encontrase.

Trixie sintió un estremecimiento. Honey tenía razón: Andy Kowalski parecía no tener escrúpulos. Era como un niño que lo único que pretende a toda costa es conseguir su capricho, sin importarle el daño que pueda causar.

—Pero lo chafó todo Eileen —continuó el hombre—. Al no aparecer Hank a la hora prevista, cerró la casa como si fuese un fortín. No hubiese podido llegar a ella o a los niños a menos que hubiese derribado la puerta, y eso habría motivado la intervención de la policía. Me fui al hospital y volví otra vez, esperando una oportunidad. Me retiré una hora o así para dormir, en ese tiempo Hank se fugó del hospital y vino. Iba a raptar a los niños esta mañana, pero entonces aparecisteis vosotras y me estropeasteis el plan.

Volvió a observar el reloj.

—Creo que os debo pasar la factura por eso, ¿no? Y os la pasaré si Meiser no aparece pronto.

Como si estuviese preparado, en la puerta de la casa apareció una franja de luz, que fue haciéndose más ancha. Meiser salió.

La entrega • 11

Trixie reconoció inmediatamente a Henry Meiser, aunque ya no llevaba la venda en la cabeza. Andaba erguido, sujetándose con un brazo el estómago, tal vez para aplacar el dolor. En la otra mano llevaba una ancha bolsa de papel marrón, que iba dando en la pierna al ritmo de sus pasos.

Trixie esperaba verlo dirigirse a la furgoneta, pero siguió andando por la acera de enfrente.

—Eso es —dijo Andy Kowalski, metiendo una marcha—. Más vale así; de lo contrario, jovencitas, lo ibais a pasar muy mal.

—¿Qué pasa, Trixie? —musitó Honey al oído de su amiga.

Ésta movió la cabeza. Esa misma pregunta le rondaba por la cabeza, pero no conocía la respuesta.

Pensaba desesperadamente, intentando aclararse. «Más vale así», había dicho su raptor. Debía tratarse del avaro, ya que eso era lo que había ido a recoger a la casa. O sea, que el avaro estaba, o debería estar, en la bolsa.

Seguro que el inventor dejaría la bolsa en alguna parte. Una vez que Andy Kowalski se hubiese asegurado de que el avaro estaba realmente allí dentro, dejaría libres a las chicas, esperaba.

«Más vale así». Esas palabras se agolpaban en la mente de Trixie. Pero ¿seguro que era así? Henry Meiser había preferido ira la cárcel antes que revelar qué era el avaro. ¿Lo entregaría ahora para salvar a dos chicas a las que apenas conocía?

Recordó lo que Meiser les había dicho la noche del atropello y repitió luego en el hospital.

«No ayudéis a nadie» era el lema de Henry Meiser. «No confiéis en nadie» era la regla de conducta con que había vivido.

Ahora estamos con usted, señor Meiser —se movieron sus labios, pero no salió ningún sonido—. *¡Por favor, ayúdenos! ¡No*

nos deje solas! ¡Somos más importantes que todos los inventos! Sólo podía esperar que Henry Meiser pensase del mismo modo.

Se preguntó de repente quién dictaría las condiciones de la entrega. Había una gran diferencia. Si era idea del inventor, podría ocurrir que entregase otro montón de chatarra y se marchase, dejándolas con Kowalski. Mientras tanto, Eileen recogería a los niños, y el avaro real, y volvería a desaparecer.

También habría podido pensar Meiser que su vida no corría peligro en tanto conservara su invento en un lugar seguro.

Andy Kowalski había dicho que le habló de su invento como si se tratase de una persona real. ¿Sería capaz de arriesgar su vida por él, como tantos padres han hecho para proteger a sus hijos?

Trixie contuvo el aliento al acercar el conductor la furgoneta a la acera. Pero no ocurrió nada. Simplemente se detuvo, con el motor en marcha, unos instantes.

—Meiser se mueve tan despacio como una tortuga —murmuró—. Deben dolerle las costillas. Pero no puedo dejar que se aleje demasiado, no sea que intente escapar.

El coche quedó en punto muerto unos momentos, hasta que Meiser alcanzó la siguiente manzana; entonces volvió a ponerlo en marcha, al ralentí.

Y así siguieron, andando y parando. El hombre herido marchaba derecho. No se detuvo, ni miró atrás, ni echó una ojeada a su alrededor.

—Es un buen chico —murmuró Kowalski—. Sigue al pie de la letra mis instrucciones.

Trixie sintió un nudo en el estómago, al oír las palabras del conductor. Él le había dicho que marchase de aquel modo, eso significaba que el plan era suyo.

—Tal vez no —dijo en voz baja—. Pueden haber llegado a un compromiso al rehusar Meiser venir al coche.

—¿Qué dices, Trixie? —susurró Honey, acercándose más a ella a la tenue luz de la parte de atrás de la furgoneta.

—Necesito saber de quién ha sido la idea de que el señor Meiser salga de la casa con la bolsa —contestó Trixie, también en un susurro.

—Pero ¿por qué? —Honey se calló, al comprender de pronto por qué era importante aquella información—. ¡No creerás que Meiser

va a intentar engañar a Kowalski!

—Claro que no —se apresuró a contestar Trixie, procurando que Honey no se sintiese más alarmada.

—¿Adónde vamos? —preguntó de pronto Honey al secuestrador.

Trixie sintió un nudo en la garganta. Había procurado ignorarlo. Le daba miedo saberlo.



—Vamos tras Meiser —dijo el conductor con sorna. Arrimó otra vez el vehículo a la acera. Se volvió y miró a las chicas—. Pero eso no contesta vuestra pregunta, ¿verdad que no? Bueno, pues vamos a un par de sitios. Primero, a un cubo de basura que hay en el límite de Memorial Park. Después iremos a la comisaría de Sleepyside.

—¿A la policía? —se extrañó Trixie.

Andy Kowalski esbozó su detestable sonrisa.

—¿Os sorprende? Bueno. En realidad, yo no he tenido nunca nada contra las comisarías. Incluso encuentro que algunas de ellas son muy bonitas, sobre todo en ciudades pequeñas, como ésta. Sí, sí; resultan bonitas de ver… desde fuera, claro está.

Resopló a la vez que volvía a avanzar con la furgoneta. Frenó y murmuró algo para sí, al ver que Meiser se detenía súbitamente, apoyándose en la valla de un jardín y doblándose por la cintura.

—¿Por qué no se pone un letrero ese loco, si tiene tantas ganas de llamar la atención? —refunfuñó Kowalski.

—¡Está herido! —adujo Trixie en su defensa.

—Pues lo va a estar más si no sigue andando. Y también vosotras si no os estáis calladas —la furgoneta rugió, como confirmando la amenaza del conductor, al proseguir su marcha.

Trixie se mordió los labios y se acurrucó contra la pared de la furgoneta. Memorial Park quedaba aún a varias manzanas de distancia. Desde donde habían partido habría hasta el parque algo más de un kilómetro. Era una larga y dolorosa caminata para un hombre que tenía varias costillas rotas y otras contusiones como consecuencia del atropello. ¿Y si no conseguía llegar? ¿Y si su indeciso caminar llamaba la atención de alguien? ¿Modificaría Andy Kowalski su plan y dejaría que se marchasen las chicas? Trixie miró la nuca de su secuestrador. No estaba muy inclinada a creerlo.

—Señor Kowalski —dijo tímidamente Honey—. ¿Querría decirnos adónde vamos?

—¡Ya os lo he dicho! —gruñó el hombre, que ya empezaba a dar señales de nerviosismo ante la tensión. Hasta había desaparecido aquel grotesco sentido del humor que antes mostrara—. Ya os he dicho qué es lo que he venido a hacer a Sleepyside. Dentro de poco tendré el avaro, y el viejo Hank estará en manos de la policía.

Las piezas acabaron de encajar en la mente de Trixie.

—Su plan consiste, pues, en que el señor Meiser deje el invento

en el cubo de basura del parque y después ir a la comisaría y entregarlo a él. ¿Eso es lo que usted le ha dicho que tiene que hacer para que nos libere?

—Exactamente —dijo él, como si todo hubiese estado claro desde el principio—. ¿No creeríais que quería verme otra vez frente a Meiser? Después de lo que ocurrió en el taller, de ningún modo —sacudió la cabeza—. No confío en él, no sea que me vuelva a tirar algo. Defiende su invento como una osa a sus oseznos. Cuando haga la entrega, tendré tiempo de sobra para cerciorarme de que es el avaro, mientras él va a la comisaría. Y, una vez que se entregue, tendré tiempo para desaparecer, aunque intente convencer a la policía de que le he robado… ¡cosa que no conseguirá!

Memorial Park ya estaba a la vista, pero Henry Meiser se había apoyado en otra valla.

—¿Y qué pasará si no consigue llegar a la comisaría? —preguntó Trixie alarmada.

Kowalski se encogió de hombros.

—Si le da un colapso, alguien lo encontrará y llamará a la policía. Todos los caminos llevan al mismo sitio. Si eso sucede, tendré algo más de tiempo para huir, eso es todo.

—¿Se ha olvidado de nosotras? —preguntó Honey—. En cuanto nos suelte, podríamos llamar a la policía.

Andy Kowalski echó la cabeza atrás y se rió, dándose palmadas en los muslos para demostrar lo mucho que le había divertido la observación.

—Tienes mucha razón. Había olvidado que podéis hablar. ¡Cómo estabais tan calladitas…! —cesó de repente su risa y se volvió a mirar a las dos chicas, con ojos fríos como un trozo de hielo—. Me parece que tendré que asegurarme de que no lo haréis, ¿verdad?

Trixie tembló, y en sus ojos aparecieron lágrimas de impotencia. ¡Qué estúpida había sido al creer que el único que corría peligro era Henry Meiser! ¡Aquel hombre diabólico no tenía intención de dejarlas marchar! Por un instante casi deseó que el invento de Meiser no estuviese en la bolsa de papel. Sería una locura regalárselo por las buenas.

Y comprendió que también era una locura perder el tiempo esperando de brazos cruzados. Tenían que hacer algo… pero ¿qué?

De repente se preguntó qué hora sería. Brian sólo les permitió salir una hora. Seguro que ya había pasado. Primero, pensaba Trixie, esperaría pacientemente a que apareciesen, pero después… ¿Cuánto tiempo tendría que pasar para que se sintiese alarmado?

¿Y de qué serviría que Brian supiese que habían desaparecido? Ni siquiera sabría por dónde empezar a buscarlas.

¡Pero Jim sí! El corazón de Trixie dio un vuelco. Jim sabía el interés de Trixie por la casa de Glenwood Avenue y seguramente iría allí en cuanto supiese que habían desaparecido.

Trixie intentó adivinar qué sucedería después. Probablemente, nada, dedujo, completamente desanimada. Eileen no abriría la puerta a nadie. Si los chicos iban a la casa, creerían que allí no había nadie, y volverían al punto de partida.

Honey y ella no tenían posibilidad alguna de recibir ayuda, se convenció Trixie. Tendrían que valerse por sí mismas.

—¡Pobre Honey! —Trixie miró la especie de bulto encogido situado junto a ella—. Siento haberte metido en este lío —le susurró al oído.

—Saldremos de él —le contestó Honey en el mismo tono. No parecía enfadada ni temerosa, sino llena de determinación. Honey era más prudente que Trixie a la hora de meterse en misterios, pero estaba lejos de ser cobarde ante la adversidad.

—Tenemos que hacer algo —la animó Trixie.

Levantaron la vista, al notar que la furgoneta volvía a detenerse. Sintieron un sobresalto al darse cuenta de que estaban en Memorial Park.

Henry Meiser cruzaba la calle decididamente, por delante de la furgoneta. Pero ésta debía ser invisible, a juzgar por el caso que le hizo Meiser, que siguió mirando adelante.

Trixie se mordió el labio inferior, al ver la cara del inventor a la luz de los faros de la furgoneta: estaba blanco como la cal. Parecía veinte años más viejo que la noche en que se había parado a ayudar a los Bob-Whites a reparar la avería.

Intentó imaginarse el tormento que estaba sufriendo. El dolor físico de las costillas rotas y el golpe ya sería terrible, pero había que añadir el desgarrón moral de entregar su precioso invento o, se vio obligada a admitir, abandonar a su suerte a las dos chicas en manos de un hombre cuyas artimañas, así como su falta de

escrúpulos, él conocía perfectamente.

Trixie seguía el doliente caminar de Meiser. Sintió que se le ponía carne de gallina al ver el cubo de basura mencionado por Kowalski; allá se dirigía Meiser. El sobresalto de Honey le indicó a su amiga que ella también había descubierto el punto de la entrega.

Meiser no dio señal alguna de vacilación al acercarse al cubo, echar la bolsa en su interior, darse media vuelta y regresar por la acera.

Andy Kowalski se metió la mano bajo la camisa y sacó una pistola. Se volvió y apuntó primero a Trixie y después a Honey.

—Pensé que una de vosotras fuese a recogerlo por mí —dijo—. Pero sois demasiado listas. Ya os habríais figurado que no teníais nada que perder si salíais corriendo. Por lo tanto, os voy a dejar aquí. Pero os voy a advertir una cosa: «No intentéis huir». Antes de que abráis la puerta estaré de regreso, con este juguete —las apuntó con la pistola.

Salió del coche y corrió hacia el cubo.

Sus últimas palabras le dieron a Trixie una idea. Se inclinó sobre el asiento y bajó el seguro de la puerta.

—Rápido, Honey —le dijo—. ¡Cierra el otro lado! Y después agáchate.

Honey reaccionó al momento.

—Podría disparar a través de la carrocería —susurró.

—Sí —admitió Trixie en voz alta, sintiéndose satisfecha por la jugada—; pero no le conviene. Llamaría la atención de la policía.

—¡Eh! —Kowalski había encontrado las puertas cerradas y las aporreaba con los puños—. ¡Abrid!

Tumbada sobre el suelo metálico de la furgoneta, musitó Trixie con una risa histérica:

—Me da la sensación de que el señor Kowalski no es tan listo como se cree.

Las dos chicas enmudecieron, al oírle golpear el cristal con la culata de la pistola.

—¡Trixie, si rompe el cristal podrá abrir la puerta y entrar! ¿Qué nos hará entonces? —preguntó Honey aterrorizada.

Trixie no pudo contestar; el sonido de la sirena de la policía respondió por ella.

—¡Quieto, Kowalski! —gritó la familiar voz del sargento

Molinson—, ¡queda detenido!

Trixie se incorporó para mirar por la ventanilla.

—¡Honey! Hay por lo menos cinco coches rodeándonos y Meiser está en la acera observándolo todo.

El avaro de Meiser • 12

Durante dos días, Trixie no pudo descansar. Tuvo que prestar declaración a la policía, dar explicaciones a sus padres y hermanos, seguir buscando donativos para el rastrillo, llamar por teléfono a los donantes que aún no habían entregado la mercancía, poner el precio a los donativos y colocarlos en el gimnasio de la escuela.

La última pieza quedó etiquetada y lista para la venta sólo media hora antes de empezar ésta. Trixie y Honey se derrumbaron sobre las sillas situadas junto a la mesa de la puerta del gimnasio, lugar destinado a que los visitantes pagaran los artículos elegidos.

—Aunque sólo vendamos la mitad de lo que hay aquí, alcanzaremos nuestro objetivo —dijo Jim, a la vez que paseaba alrededor de la mesa. Había asumido la responsabilidad de centralizar las donaciones. Miró las cifras anotadas en el cuaderno que llevaba y añadió—: Y no está incluido el modelo A, ni el armario-despensa.

—¡Estupendo! —gritó Trixie, olvidando su cansancio.

—Eso no es todo —agregó Jim—. La venta del modelo A se ha convertido en una subasta. Han venido tres hombres esta mañana, dispuestos a comprarlo. Pero el señor Burnside les ha pedido que entreguen por escrito sus ofertas. Después las leeremos, junto a otras que puedan venir, y será del que haya ofrecido más. Conseguiremos bastante más de lo que esperábamos.

—Todo son buenas noticias —dijo Honey—. ¿Hay alguna mala?

Jim miró a su hermana, adivinando que se refería al concurso entre los Bob-Whites, que el señor Burnside había accedido a juzgar.

—Claro que sí hay malas noticias. Ya sabíamos que era inevitable. Pero lo que hay que preguntar es: ¿Para quiénes son las malas noticias?

—¡Oh, Jim, no te burles! —protestó Trixie—. ¿Quién ha perdido

el concurso… y quién lo ha ganado?

—Bien. A menos que alguien exija un recuento, parece ser que Mart y Di se han convertido en desdichados esclavos de… —Jim hizo una pausa y miró a Trixie y Honey— …Dan y yo.

Trixie se sintió curiosamente decepcionada.

—No hemos ganado ni hemos perdido.

—Nada. Habéis quedado en segundo puesto, y Brian con el modelo A, el tercero.

—A Mart no le será fácil digerirlo —suspiró Trixie pensativa—. Si necesitas alguien que te ayude a decidir qué trabajos le vas a ordenar, puedo confeccionar una lista.

—Estoy seguro de que sugerirías tareas desagradables y humillantes —dijo Jim con una mueca—. Voy al aparcamiento a anunciar las noticias.

—Vamos, pues —dijo Trixie, levantándose—. Llevamos aquí toda la mañana y seguiremos casi toda la tarde. Éste será el mejor momento para admirar los coches de la exposición, sin que los rodee la multitud.

En el aparcamiento, Mart, Di, Dan y Brian estaban ayudando al señor Burnside a colocar los coches. La tarea era bastante más difícil de lo que parecía, porque todos los dueños pedían que su coche estuviese en el lugar más visible.

Los que ya tenían el coche en el sitio previsto estaban allí, limpiándolos, abrillantándolos y borrando hasta las huellas dactilares y posibles motas de polvo.

—Esto se ha convertido en una exposición de primera —dijo Burnside, mirando los coches—. Están casi todos los coches antiguos imaginables.

—¡Qué coche tan bonito aquél! —señaló Honey.

Burnside asintió con la cabeza.

—Tienes buen gusto. Se trata de un Bugatti; es uno de los coches clásicos más hermosos y admirados.

—¿Piensa comprarse uno? —le preguntó Trixie.

—Los Bugatti son de los coches más admirados y bonitos, pero también son de los más difíciles de mantener. Los propietarios de un Bugatti saben que cada vez que lo sacan tienen que verse indefectiblemente manipulando las bujías o el radiador. Y eso a mí me agota.

—Por lo menos eso no le pasa al Steamer —dijo Trixie.

—Eso es lo que tú te crees —dijo Burnside—. Si hace frío, hay que vaciar el radiador y echar agua caliente. Hay que sacar el aceite del cigüeñal, calentarlo en una estufa y volver a echarlo. Hay que arrancar a mano, con la manivela, porque el arranque eléctrico no funciona. Hay que mantener el coche al ralentí unos diez minutos, pero muy revolucionado para que no se atasquen las bujías. Después ya se puede salir con él y pasear… arriesgándose a que en lo mejor del paseo se le ocurra pararse.

—¡Atiza! —exclamó Trixie—. ¿Por qué no se compra un coche mejor?



—No hay mejor coche que ése, cuando funciona bien —replicó Burnside—. Marcha como si estuviese vivo, como si poseyera un cerebro que entendiese exactamente dónde se le quiere llevar. Eso no era lo que pretendía Bugatti. Era un artista. En realidad, estudió escultura. Los apuros diarios del conductor le tenían sin cuidado. Hay un chiste a propósito de eso: Dicen que alguien fue a quejarse a

Bugatti de las dificultades que tenía para arrancar en las mañanas frías. Bugatti suspiró, levantó la nariz y respondió: Pues guarde el coche en un garaje que tenga calefacción.

—Otro inventor excéntrico —se rió Trixie. Por primera vez en todo el día se acordó de Henry Meiser.

Como si leyese sus pensamientos, Brian dijo:

—Ojalá estuviese aquí. Nos dijo que los coches eran su pasión. ¿Os dais cuenta de cómo se lo habría pasado?

Trixie asintió con la cabeza.

—¿Qué crees que le habrá sucedido?

—No sé —repuso Jim—. La aparición de Kowalski ha cambiado su situación, y más, después de lo que os contó ese delincuente la otra noche. Por eso, sin duda, se volverá a abrir el proceso. Pero, como Meiser se escapó de la cárcel, tendrá que cumplir con la ley antes de quedar libre.

—Pero arriesgó su vida por salvarnos —dijo Honey—. Eso es un atenuante.

—Seguro —terció Brian—. El hecho de llamar a la policía en cuanto Kowalski se puso en contacto con él, para decirle lo que ocurría, también está en su favor.

—Fue terrible. Cuánto dudé de él mientras Andy Kowalski nos llevaba en la furgoneta —recordó Trixie—. Casi estaba convencida de que Meiser había arreglado todo para dejar en el cubo cualquier cosa y desaparecer, dejándonos… —se detuvo. No quería pensar qué les habría ocurrido a Honey y a ella.

—El aspecto huraño encerraba un corazón tierno, después de todo —concluyó Brian.

—Espero que algún día podamos darle las gracias —dijo Honey.

Jim miró el reloj.

—Es la hora. Todos a sus puestos —dijo—. Empieza el rastrillo.

Trixie, Honey, Dan y Di corrieron adentro. Apenas tuvieron tiempo de ocupar sus lugares respectivos antes de que empezasen a llegar los clientes.

Los Bob-Whites habían decidido atender las diversas actividades propias de la venta por turno, de modo rotatorio; Trixie y Honey tenían el primer turno en la mesa situada en la entrada, con el encargo de cobrar.

Los demás se distribuían entre las mesas, respondiendo

preguntas y, en su caso, sirviendo de modelos; se probaban la ropa que se compraba para algún hijo o hija aproximadamente de su talla.

Al cabo de una hora de venta, Trixie observó divertida una pila de cosas que avanzaba hacia ella.

El montón quedó depositado en la mesa y detrás de él apareció el rostro feliz de la señora Manning.

—Hola otra vez —saludó alegre.

—¿Ha decidido llevarse sus aportaciones? —preguntó muy seria Trixie.

—¡Oh, no, yo no! —repuso la señora Manning—. Todas estas cosas son nuevas. Bueno, son usadas. Ya sabes lo que quiero decir. ¡Hay aquí tantas cosas maravillosas!

—¿Y qué es lo que ha comprado? —dijo Trixie, mirando los paquetes cuyos precios estaba sumando Honey.

—¿Trapos? —se extrañó Honey, levantando una gran bolsa de plástico llena de retazos de tela.

—¡Sí! ¿No es estupendo? —exclamó la señora Manning—. Ahí están todos los flecos necesarios para completar una alfombra trenzada. Se conoce que alguien la empezó y después se debió de cansar, una vez hechas todas las tiras. Mi abuela solía realizar este tipo de trabajo y yo siempre me quedé con las ganas de intentarlo. Ahora ya lo tengo casi acabado antes de empezar.

En su fuero interno, Trixie pensó si tal proyecto valía la pena, pero no quiso ser aguafiestas.

—Y mira esto —siguió diciendo la señora, levantando un calendario envuelto en una bolsa de plástico—. Es del año cincuenta y dos. ¡Cuándo yo me casé! ¡Imagínate, encontrar un calendario del cincuenta y dos, al cabo de tantos años!

—Es emocionante —aseguró Trixie amablemente, conteniendo la risa.

—¡Y esto! —blandía en su mano un libro de bordes amarillentos —. Es un almanaque del sesenta, o sea, del año en que nació mi hija. ¿No se alegrará de poder leer lo que sucedía en el mundo entonces?

—Estoy segura de que se alegrará mucho —afirmó Honey diplomáticamente.

—Y éstas son las cosas más útiles que he encontrado —dijo la

señora Manning, echando una mirada a sus adquisiciones—. Las demás son cosas absolutamente frívolas. Esta labor de ganchillo es tan preciosa que no he podido resistirlo y la he comprado, aunque no sé dónde podré ponerla. Y aquí hay un cenicero de la Feria Mundial de Nueva York, que algún día valdrá un montón de dinero como antigüedad, y, de todos modos, no ocupa mucho sitio. Por eso me lo llevo. ¡Oh!, querida, hay mucha gente esperando detrás de mí. Tienes que visitarme algún día, y entonces hablaremos sin prisas.

—Lo haremos con mucho gusto, señora Manning —respondió Honey por las dos.

—¿Quiere que le ayudemos a llevarlo todo al coche? —se ofreció Trixie.

—Nada de eso, querida. Puedo arreglarme sola. Adiós. Espero veros pronto —desapareció, hablando aún, tras su montaña de compras.

Trixie la observaba avanzar hacia la puerta.

—Si tenemos otro rastrillo, ya sabemos dónde ir a pedir donativos —dijo.

Honey sonrió.

—Volveremos a oír la historia de cada regalo.

La siguiente cliente fue la señora Maurer, la mujer que había contribuido con los libros de sus hijos. Hizo que Trixie cumpliese la promesa de contarle la entrevista con el autor de las aventuras de Lucy Radcliffe.

—El verdadero nombre del autor es Appleton —le dijo Trixie—. Es pelirrojo y delicado, y algo tímido. Al verlo no se imagina una cómo es capaz de escribir historias de misterio tan emocionantes.

—Pero me dijiste que habías sospechado que era un asesino —le recordó a Trixie la señora Maurer.

—Era una broma —se apresuró a responder Trixie.

—No era una broma —la corrigió Honey—. Era un maniquí. Sí. El señor Appleton terna un maniquí al que llamaba Clarence. Era uno de esos maniquís que se ven en los escaparates de los grandes almacenes; lo empleaba para elaborar algunas escenas de acción de los libros que escribe.

—¡Qué interesante! —dijo la mujer.

—Pero no nos lo confesó al principio. Nos contó que su *hobby*

era la lucha libre y que entonces usaba el nombre de Clarence. Bueno, pues el señor Appleton parecía cualquier cosa menos un luchador, por lo que empezamos a sospechar. Luego, una noche, vimos que Appleton tenía una discusión con alguien y que ese alguien, de repente, caía por un precipicio.

—¡Qué horror! —exclamó la mujer.

—Dijo que se trataba de Clarence, pero dudamos que fuese cierto —Trixie se estremeció recordando el emocionante final de la historia.

La señora Maurer asintió y pagó.

—Qué fantástico. Dos jovencitas como vosotras hablando con el autor de los libros de Lucy Radcliffe. Tuvo que ser magnífico.

—Sí —reconoció Trixie.

La mujer se despidió y se marchó. Trixie dijo a su amiga:

—Imagínate lo que diría esa buena mujer si supiese lo que sucedió realmente en la Posada del Pirata…, el galeón que sólo aparecía en la oscuridad, con la cabeza de una mujer que a veces parecía llorar…

—Es verdad. Imagínate lo que diría si supiese que hace sólo dos noches estábamos secuestradas en una furgoneta conducida por un peligroso criminal —repuso Honey—. A veces creo que llevamos una vida mucho más emocionante que la que Lucy Radcliffe podría haber soñado.

—Le regalo a Lucy Radcliffe todas mis emociones durante una temporada —dijo Trixie—. En cuanto se termine el rastrillo, quiero pasar un verano largo y tranquilo, sin hacer absolutamente nada.

—Esa actitud tuya durará sólo hasta que veas algo que te parezca remotamente sospechoso. Entonces dirás: ¡Misterio!, y volverás a la acción —dijo Honey.

Trixie se rió.

—Confieso que no espero verme arrastrada por ningún misterio mientras dure el verano. Pero, hablando de volver a la acción, me parece que ya se ha pasado la hora en que teníamos que estar aquí. Ahora nos toca atender la exposición de coches y recoger las ofertas del modelo A.

Trixie hizo señas desde lejos a Dan y a Di, para que los sustituyesen.

—Avisaremos a otros dos —prometió Honey, a la vez que

acercaba las sillas a sus amigos.

Fuera había una gran multitud arracimada en torno a un solo punto, al fondo, pero el resto de la exposición estaba desierta.

—¿Qué pasará? —preguntó Trixie, sin dirigirse a nadie en particular, al aproximarse a la gente.

—Espero que no haya dificultades —dijo Honey.

Las dos chicas se abrieron paso entre aquel barullo y enseguida descubrieron lo que había atraído la atención de todos:

—¡El señor Burnside ha puesto en marcha el Stanley Steamer! ¡Mart, Dan y Di van a poder viajar en él, después de todo! —dijo Trixie encantada—. ¡Pero no es el señor Burnside quién lo conduce! ¡Anda, parece…!

—¡El señor Meiser! —gritó Honey.

El inventor se volvió al oír la voz de Honey. Saludó, paró el coche y se bajó. Burnside ocupó su puesto al volante.

—He aquí las dos chicas que quería ver —dijo Meiser—. De todos modos, no he perdido el tiempo. No había visto un Stanley desde hace muchos años, y cualquiera resiste la tentación de dar una vuelta.

—¿Está usted… la policía…? —Trixie vacilaba, insegura de cómo terminar la pregunta. La presencia del sargento Molinson junto a Henry Meiser fue la mejor respuesta.

—Todavía no estoy libre. He pasado en el hospital los últimos días. Ahora el doctor me ha dado el alta, y el sargento se ha hecho cargo de mí.

Trixie sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Era el hombre que había salvado sus vidas y ahora tenía que volver a la cárcel.

—¿Por qué estás tan triste? —preguntó Meiser.

—Lamento muchísimo haberle metido en tantos líos —se excusó Trixie.

—Desde mi punto de vista, sois vosotras quienes me habéis sacado de los líos en que he estado metido durante tanto tiempo. Gracias a vosotras, no he tenido inconveniente alguno en que la policía haya escuchado mi versión. Ahora ya saben que Kowalski intentaba robarme mi invento, la noche del taller. Saben que lo golpeé en legítima defensa. Por lo tanto, los cargos que contra mí pesaban desaparecerán.

—Además, no tenía muchas probabilidades de escapar —añadió Molinson—. En cambio, ahora, con arreglar unos trámites, Henry Meiser estará en la calle antes de lo que pensáis.

—Y he recuperado la confianza en las personas —añadió Meiser —. Eso es más importante aún. No creer en la gente ha sido, en realidad, lo que me ha causado molestias y me ha perjudicado más, en el juicio y antes. En el mundo siempre habrá Andies Kowalskis, pero no en la proporción que yo creía. Tu hermano tenía razón: preocuparse de los demás es algo que vale la pena. Eso es todo. He venido a daros las gracias y deciros que probablemente os volveré a ver pronto —terminó el inventor.

—¿Quiere decir que volverá a Sleepyside? —preguntó Trixie.

—No tengo mucho donde elegir —dijo Meiser con un gesto ambiguo—. Eileen ha echado raíces al fin. Me ha dicho que no quiere andar ocultándose y ha decidido dejar de ser mi secretaria.

—Lo siento —dijo Trixie, incapaz de entender por qué parecía él tan feliz al anunciarlo.

—Va a buscar un trabajo. En cuanto lo encuentre, dejará de ser mi empleada… y pasará a ser mi esposa —la mueca de Meiser era como la del gato que se acaba de comer al canario.

Trixie sintió que se le volvían a saltar las lágrimas, aunque esta vez de felicidad.

—¿Podremos ir a visitarles? —preguntó.

—Contamos con ello —repuso Meiser—. He solicitado la patente de mi invento. Una vez concedida, venderé los derechos al mejor postor y luego ya veremos. Ya inventaré alguna forma de aprovechar el tiempo y disfrutarlo.

—¡El avaro! —exclamó Trixie—. Señor Meiser, no tenemos ni idea de en qué consiste su invento. ¿Podría explicárnoslo, aunque sólo sea por encima?

—Puedo hacer más que eso —dijo el inventor—. Nadie puede robármelo a estas alturas. El avaro es un carburador especial. ¿Sabéis lo que es un carburador?

—Lo que hizo que se escacharrase el modelo A —contestó Trixie, preguntándose cómo semejante chisme valía tanto dinero.

Henry Meiser se rió.

—Todos los coches tienen un carburador, que es la pieza que proporciona la mezcla del combustible al motor. En cierto modo, es

la pieza que determina la cantidad de combustible que gasta un coche. Y con mi avaro necesitarán sólo la tercera parte del que consumen ahora.

—¡Y con el precio que ahora tiene la gasolina…! —terminó Trixie.

—Exacto. La gente querrá poner el avaro en su coche. Y lo mejor de mi invento es que se puede colocar en cualquier automóvil, con lo que se amortiza en pocos kilómetros.

El inventor dejó de hablar un momento, mirando a la lejanía.

—En unos años —prosiguió con voz tenue— todos los coches que no tengan un carburador avaro tendrán que venderse como éstos.



—¿Cómo antigüedades? —preguntó Trixie.

Henry Meiser echó un vistazo a su alrededor, con un brillo especial en los ojos.

—No —repuso—. ¡Cómo chatarra!

Se despidió con la mano, y se marchó hacia el coche de policía,

que le esperaba.

Mientras las dos chicas lo veían alejarse, Honey preguntó pensativa:

—Si fueses inventora, Trix, ¿qué inventarías?

—Eso es fácil, Honey —respondió Trixie con un movimiento nervioso—: más misterios, naturalmente.